FRAY MOCHO

713
Z/ 13135 : 14, 713 (1925)

"CRISANTEMOS"

N.º 713

PIDA ESTAS MARCAS...

CON BONOS DE AHORRO

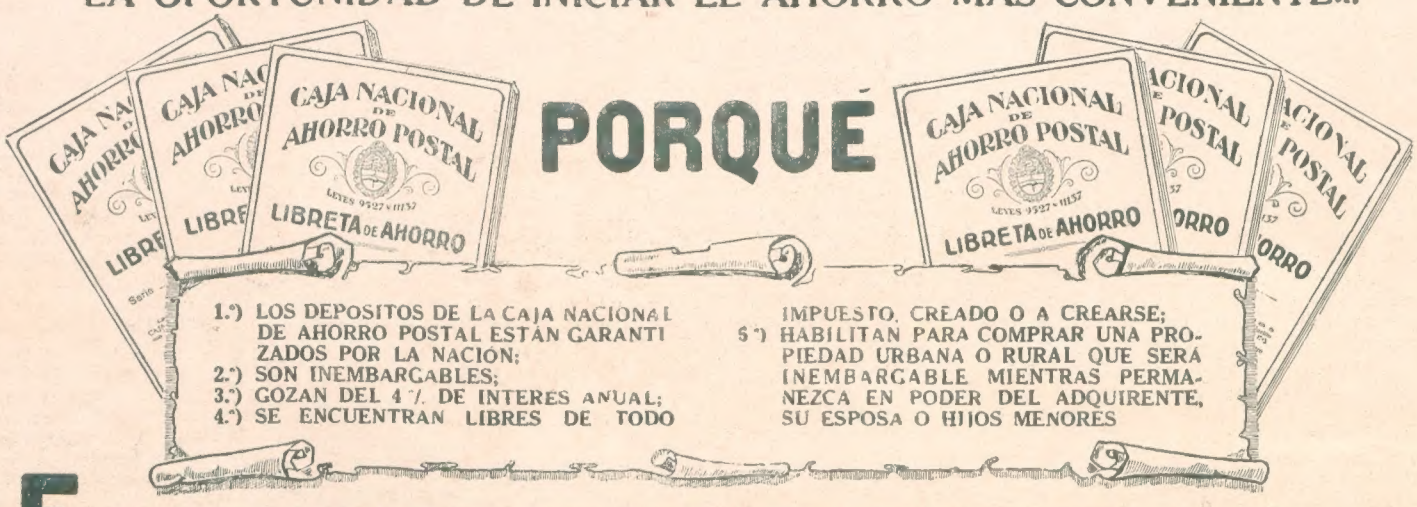
DE $ 100, 50, 10 y 5,

PARA DEPOSITAR EN LA

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL.

OBTENDRA EL MEJOR FOSFORO CON..

LA OPORTUNIDAD DE INICIAR EL AHORRO MÁS CONVENIENTE...



PORQUÉ

1.°) LOS DEPOSITOS DE LA CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL ESTÁN GARANTIZADOS POR LA NACION;
2.°) SON INEMBARGABLES;
3.°) GOZAN DEL 4 % DE INTERES ANUAL;
4.°) SE ENCUENTRAN LIBRES DE TODO IMPUESTO, CREADO O A CREARSE;
5.°) HABILITAN PARA COMPRAR UNA PROPIEDAD URBANA O RURAL QUE SERÁ INEMBARGABLE MIENTRAS PERMANEZCA EN PODER DEL ADQUIRENTE, SU ESPOSA O HIJOS MENORES

ESTE AHORRO GRATUITO Y VENTAJOSO...

YA LO HAN OBTENIDO MILES DE CONSUMIDORES...

COMO LO PRUEBA ESTE CERTIFICADO:

EN NOVIEMBRE PPDO SE HAN PAGADO:

2.794

BONOS POR

19.070

PESOS

CERTIFICADO

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

DIRECCION TELEGRAFICA "AHORROPOST" BUENOS AIRES

Certifícase que desde el 15 de diciembre de 1924 hasta la fecha, los bonos de ahorro de la "Compañía General de Fósforos", presentados a esta Caja para acreditar en libretas de ahorro, ascienden a las siguientes cantidades:

Meses	Bonos	Importe
Diciembre 1924 a Octubre 1925	16.402	$ 121.095
En Noviembre 1925	2.794	" 19.070
Totales . . .	19.196	$ 140.165

Se extiende el presente certificado a pedido de la Compañía.-

Buenos Aires, Noviembre 30/925

Caja Nacional de Ahorro Postal — Contaduría General

HASTA LA FECHA SE HAN PAGADO:

19.196

BONOS POR

140.165

PESOS.

NO CANCELE NUNCA SU LIBRETA DE AHORRO

DE LA CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

PUES REPRESENTA LA MEJOR GARANTÍA DE SU PORVENIR.

LIMA 239 **COMPAÑÍA GENERAL DE FÓSFOROS** Bs. AIRES.

FRAY MOCHO

Año XIV — Buenos Aires, 22 de diciembre de 1925 — Núm. 713

Ibero-Amerikanisches Institut Berlin Preußischer Kulturbesitz

Los cuarenta centavos del señor barón

Cuento de Nochebuen

Por FRANÇOIS COPPÉE

Con motivo de la Nochebuena, y por las circunstancias de estar el invierno muy riguroso, y de que los diarios han redoblado sus declamaciones contra los ricos, el barón Mufelbach ha regalado cien mil francos para los pobres de París.

¡Cien mil francos! Por supuesto que es una suma; y hay que tener en cuenta que el barón es el hombre más apretado de Francia. Sin embargo, no hay que exaltarse demasiado con su generosidad; porque la fortuna del barón es enorme, escandalosa, irritante. Su padre no le dejó más que una miserable cincuentena de millones, lo que hizo arrancar al viejo Rothschild este grito de su corazón: "El pobre Mufelbach! Yo lo creía más acomodado." Tenemos, además, motivos para suponer que la madre de Mufelbach había tenido durante su enfermedad una visión de la cifra 4, al consultar las tablas de Pitágoras, pues su hijo único, heredero del nombre y de la célebre casa de Banco, ha cuadruplicado rápidamente su patrimonio.

Sin embargo, la suerte del barón Mufelbach es poco envidiable.

Por de pronto, no goza de buena salud. Dueño de uno de los más ilustres castillos del Medoc, no puede tomar sino leche terciada con agua de Vichy, y si en una de sus comidas llega a tener la imprudencia de algún pescado, ya puede estar seguro de su negocio: en el acto se verá todo manchado y devorado de eczema por un mes.

Os aseguro que os inspiraría lástima, si pudierais sorprender sus miradas de envidia, cuando con la frente contra la vidriera de su magnífico gabinete, alcanza a ver enfrente, en un expendio de vinos, a los cocheros de fiacre de la estación devorar platos enteros de carne con coles y mojarlos en sus litros de vino.

El barón carece también de una existencia sentimental algo feliz. Su mujer — una inglesa, con quien se casó casi por inclinación, ¡ cinco millones de dote, apenas, una brizna! — quedó enferma desde su primer niño, y después de haber languidecido largo tiempo, reducida a su poltrona, lo ha dejado viudo a los cuarenta años, con un hijo enclenque, casi idiota, con una gran mancha color de vino en una mejilla, y que acaba de hacerse reconocer en el consejo de revisión, con gran sorpresa del inspector.

De temperamento poco libertino, no ha podido nunca volver a establecerse, como hubiera deseado, porque las mujeres más desinteresadas se convertían, por el solo hecho de que él las conociera, de una codicia repugnante. Hoy, ya envejecido, se abstiene casi en absoluto de toda tentativa, habiéndole matado el disgusto todo deseo.

No es éste un mal hombre, no; es insensible. Muy solicitado y aun muy explotado, se deja llevar. Da mucho, pero con indiferencia, sin placer, tampoco con pesar, seguro como está de no agotar jamás su caja inagotable. Judío sedentario, se parece al Judío Errante, quien siempre llevaba consigo cinco centavos, pero con esta ventaja sobre Ashaverus, que no son centavos, sino millones lo que el barón encuentra en el fondo de su bolsillo, y aun con algún excedente, cuando la liquidación ha sido buena.

El barón gana dinero incesantemente, sin ningún esfuerzo, y a pesar de él, por decirlo así, por la sola razón de que siempre ha tenido mucho, de que ahora tiene más, y de que en el porvenir tendrá aún mucho más. El halla muy natural atraer el oro, como el imán atrae el hierro, por sólo el poder de su capital. El barón ha leído a los economistas, y estos graves farsantes le han enseñado que el dinero no es sino la inteligencia y el trabajo acumulado. Modesto hasta el fondo del alma, el barón no está bien persuadido de que, porque él es uno de los más ricos personajes de Europa, debe ser también, por consecuencia, uno de los hombres más inteligentes y más laboriosos. Mas, en suma, le parece normal y legítimo que los billetes de banco y los napoleones se multipliquen y pululen como los conejos, en su madriguera. Lo sorprenderíais mucho si le dijerais que en el espectáculo de una fortuna tan monstruosa como la suya, hay algo de indecoroso y de inmoral.

Sin embargo, él no es ningún animal; sabe que existe la envidia y que hay que desconfiar.

La otra mañana, después de haber leído el periódico, con el codo sobre la almohada, esperando el efecto del vaso de Huniady-Janos, que su médico le inflige una vez por semana, y después de haber tenido a la vista tantas profecías revolucionarias, la visión de una partida de bandidos, rompiendo su caja de hierro, asaltando su casa, rompiendo espejos, desgarrando cuadros, y llevando su cabeza en la punta de una bayoneta, el barón pensó que el momento era oportuno para arrojar un pastel de dulce a la boca agallenta del socialismo; y ha remitido, como lo hace de vez en cuando — a la Dirección de los Asilos — un paquete de billetes de a mil francos, reservándose, sí, para tapar el agujero, dar un buen golpe que tenía meditado, hacía algún tiempo, sobre los Jamones de Chicago.

¡Una vez más cien mil francos! Es una suma bien gorda. M. Mufelbach no está nada descontento con el efecto producido, aunque los diarios hostiles no han chistado palabra sobre su liberalidad. Sin embargo, el hecho sí se ha registrado en los órganos oficiosos y sociales, en términos discretamente conmovidos, sin mucha *música*, cual conviene, en fin, al gusto de un lector abonado a la *Revue des Deux Mondes* y al *Journal des Débats*, que sólo busca en sus lecturas el estilo sobrio y el espíritu centro-izquierdo.

Esta mañana, víspera de Nochebuena, el barón se ha despertado algo achacoso. El hígado le pesa, siente el estómago un poco revuelto, y acaba de confirmar, al sacar la lengua delante de su espejo de afeitarse, que la tiene extremadamente pastosa. Ejecutar una buena acción para venir a estar así trabajado por la bilis... ¿No es desfallecedor?

Caricaturas de Sanguinetti

Señor Luis Colombo, que recientemente presidió el Congreso de la Industria Argentina.

Sin embargo, va a instalarse en su escritorio delante de una obra maestra de Rembrandt, que le ha costado los ojos de la cara, y que nada le interesa —porque él es incapaz de sentir la íntima y profunda poesía del retrato de esta antigua holandesa, en la cual se revela toda una existencia, toda una sociedad, todo un medio; que revela, en cierto modo, a qué horas hacía sus oraciones esta dama — cuando le anuncian al barón la presencia de un personaje de campanillas que le trae los agradecimientos de la Junta por su dádiva generosa.

El recién llegado es un anciano que tose, que lleva algunas telarañas en su barba negra, puntiaguda, la pata de gallo del sibarita en los ángulos de los ojos, y que va abotonado desde la madrugada en su rígido levitón de retrato de Bonnat.

Enfrente de este soberbio ejemplar de la especie humana, el riquísimo financista, raquítico y enclenque en su silla, con la cabeza jaquecosa, el cráneo despoblado de cabellos, la tez cerosa y sus enrarecidas patillas de portero, tiene simplemente el aspecto de un pobre viejo que acabara de presentarse en quiebra.

Una curiosidad domina en este momento el ánimo del barón. Interrumpe con humilde movimiento de la mano las felicitaciones emperejiladas del orador.

—Un dato, señor mío, si usted tiene la bondad... Cien mil francos, ¿a cuánto corresponde esta suma por cada pobre?

La pregunta turba un poco al gallardo funcionario. Se pone ligeramente colorado, sintiendo por anticipación vergüenza por su respuesta.

—Pues..., señor barón .. Nosotros tenemos en París... sí, inscritos en la oficina de beneficencia..., más o menos..., cincuenta mil indigentes... Son, por lo tanto, dos francos por cabeza, los que les hemos distribuído.

—Dos francos—repite el millonario, sin que nada en su voz ni en su fisonomía deje sospechar si él cree que esa suma sea muy poca o demasiada. Luego agrega, siempre impasible:

—Cincuenta mil indigentes conocidos y socorridos como tales... A pesar de las cajas de ahorros, la Sociedad de Socorros Mutuos y tantas instituciones de previsión... Cincuenta mil... es mucho, en realidad.

—Habéis puesto el dedo en la llaga, señor barón — dijo entonces el guapo administrador. — ¡La imprevisión! ¡El abandono incorregible del pueblo! Ahí está todo el secreto de la miseria...

Y hubiera seguido perorando, si el financista, considerando la antecámara repleta y queriendo aprovechar sus momentos, no se hubiera levantado en señal de despedida.

Según lo prescrito por su médico y en interés de su digestión, el barón de Mufelbach salía a pie todas las tardes y caminaba durante una hora.

Ese día, como de costumbre, se fué a andar calles al acaso, friolento, bajo su abrigo de pieles, a causa de la bruma de diciembre. Su habitual tristeza aumentaba *¡Dos francos!*, murmuraba a cada paso, con cierta ironía. ¡Una gota de agua en el mar! Tal era el resultado de su regia limosna. Ahora no se sorprendió de no haber experimentado placer alguno en darla. Cien mil francos para los pobres de París —sabed esto, señores filántropos, que tenéis la boca siempre rebosando de caridad;—esa suma viene a ser cuarenta centavos por cabeza, es decir, ¡nada absolutamente! ¿Qué alivio se cree que dos francos puedan dar a un desgraciado? Hay que convenir en que esto es irrisorio. Y tened en cuenta que tal vez no hay en París veinte personas que pudieran dar una suma de cien mil francos, admitiendo que estuvieran dispuestas a darlos. ¿Sería con veinte veces cuarenta centavos por indigente que se extinguiría el pauperismo, que podría cambiar en un ápice la cuestión social?

Y riendo y entre sí con amargura, el barón seguía andando entre la espesa bruma.

Llega a un barrio populoso, en donde brillan iluminadas todas las tiendas dispuestas para la Nochebuena. En las carnicerías, las lonjas de solomo adornadas con rosas artificiales, se ostentan en sus cucuruchos de papel dorado; las pulperías deslumbraban con el brillo de sus botellas y cajas de sardinas, y en los mostradores de madera blanca, de los expendedores de juguetes tendidos a lo largo de las aceras, ¡cuánto cachivache deslumbrador!, ¡cuánto oropel!

Estorbado en su higiénico paseo por la multitud, cada instante más densa, el barón Mufelbach caminaba lentamente en este momento detrás de dos pobres mujeres: la una muy vieja, haraposa y mal traída; la otra nada mejor vestida, pero más joven — la cuarentona, — todavía firme, que iba con una niña de cinco a seis años, que llevaba agarrada a su falda.

El barón, sin quererlo, oye este pedazo de conversación:

—¿Es verdad, mamá Julia, que esta mañana le dieron a usted cuarenta centavos en la casa de beneficencia?

—Es verdad, mamá Faurnier. Creo que un hombre muy caritativo... Nos dijeron su nombre, pero ya no le recuerdo... Un noble, un señor de, en fin, que ha dado cientos y miles.

—¿Y qué va a hacer usted, mamá Julia, sino es indiscreción, con sus cuarenta centavos?

—Pues qué he de hacer, voy a comprar un poco de café y azúcar, porque estoy ya cansada con la sopa de San Vicente. Y en su casa, mamá Faurnier, ¿están más tranquilos? ¿Su hombre está más razonable?

—No me hable de eso... El último sábado de pagos se alzó, y apenas logré cogerle una tercera parte de la quincena... Sin el Monte de Piedad y el crédito donde el panadero, yo no sé cómo me las arreglaría hasta el fin del mes.

El barón va oyendo distraído esta conversación. En suma, es muy banal. ¿La miseria? Sí, es cosa muy triste; ¿pero qué hacer? Podrían arrojarse millones, sin llenarlo, a este pozo de Danaides. En fin, con esos dos francos, la vieja podrá tomar su café por algunos días. ¡Siempre es algo!

En ese momento la muchachita tira a la mamá por la falda y la detiene delante de una tienda de juguetes.

—¡Oh, qué muñecas tan lindas!

La madre trata de arrastrar a la niña, y finge ponerse brava.

—¡Vamos, vamos, Margarita!... Bien sabes que este año no puedo darte nada para tu Nochebuena.

Pero mamá Julia se ha detenido también, y mira alternativamente los provocados ojos de la muchachita y la triste mirada de la madre, y con bondadosa y humilde sonrisa, que retoza en su boca desdentada, dice con voz casi temerosa:

—Mire usted, mamá Faurnier... Vea qué linda ésta de traje amarillo. Vale, precisamente, cuarenta centavos. Déjeme ofrecérsela a Margarita... Usted ha sido tan buena conmigo... Desde el principio del invierno, ¿quién me ha dado brasas para mi calentador... Me privaré de algunas golleerías, esto será todo..., o más bien no. Usted me convidará a tomar el café cuando pueda...

¡Ah! Eso es ya demasiado, y el barón se queda sorprendido. ¡Ahí está, bien se ve, la loca imprevisión de los miserables, de que hablaba hace un momento el guapo sujeto de la Junta de Beneficencia. ¡Le parece a M. de Mufelbach que él acaba de comprar cien mil francos de muñecas!...

Pero cuando las dos mujeres se hubieron perdido entre la multitud, yendo delante la niña, que estrechaba en sus brazos la bella dama de cartón vestida de amarillo, el hombre de los millones, que en definitiva no es ni malo ni estúpido, reflexiona un instante y cae en un abismo de melancolía. Se le presenta el aire encantado de la vieja cuando compró la muñeca; comprende que debe haber sentido gran placer en gastar su moneda de plata, cuando él no ha experimentado placer ninguno en dar su gran paquete de billetes azules. Su rica limosna, secamente hecha, dada por ostentación, por un bajo sentimiento del deber, algo también por temor, le parece ahora bien mezquina; y en el cerebro embrollado de cifras del mercader de oro, se destaca confusamente la verdad de que un beneficio es poca cosa cuando no cuesta un sacrificio y de que — por la ley misteriosa de las compensaciones, que hace tolerar la miseria humana — es solamente para el pobre para quien la caridad es un placer.

Abanico de novia

TU CABELLERA

Rubia, ondulante: rara maravilla
Primaveral de encajes se dijera
En su copiosidad tu cabellera
Que así huele a heliotropo y a vainilla.

Recogida en medio haz de rizos de oro
Y formando a la vez una cascada,
El ocio y el deleite y la alborada
Le son propicios porque yo la adoro.

¡Oh, virgen cabellera que provoca
Por su brillo magnífico una loca
Ansia de besos, mas sin fiebre alguna;

Y que como un tributo de belleza,
Le consagro mi vida donde empieza
Toda ilusión a conquistar fortuna!

TUS SENOS

Senos: palomas de piquito rosa,
Blancos en la existencia de los sueños;
Castidad: esperanza luminosa;
Como copos de nieve de pequeños.

Mórbidos, impecables — floreciente
Milagro de inquietudes en la aurora —
Se dijeran brindarse plenamente
En su real desnudez perturbadora...

Capullos de magnolias, codiciados
Sólo por los sentidos enervados
Del sibarita, del complejo amante...

Y que, por su fragancia y lozanía,
Tendrán para mí siempre la poesía
De lo que ha sido fiesta de un instante!

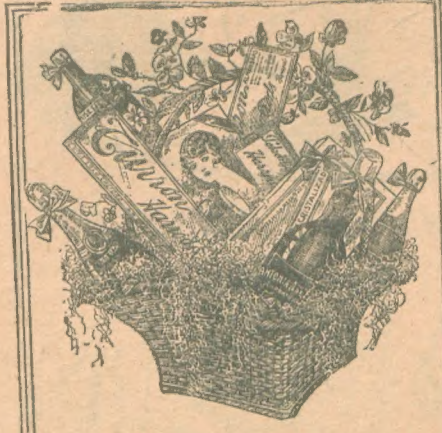
Santos Aguilera

Primavera, 1925.

CANASTAS, CAJONES Y PRODUCTOS

Harrods

Para NAVIDAD, AÑO NUEVO y REYES SON LOS MEJORES!



HERMOSA CANASTA

CONTIENE: 1 botella Champagnizado "Royal Provence".
1 botella Champagnizado "Veuve Amiot".
1 botella Oporto Ferrerinha "Reserva".
½ botella Licor Marie Brizard & Roger Bordeaux.
1 caja turrón almendras "Harrods".
1 " " avellanas "Harrods".
1 " de 1 kilo con frutas abrillantadas.
1 caja de 1 kilo Mendiants, mezcla de frutas.
1 caja bombones surtidos "Harrods".
1 caja peladillas "Harrods".
1 frasco de frutas en almíbar . . . . . $ 35.80

Para la provincia de Buenos Aires, corresponde $ 1.50 de estampillado.

PAN DULCE "HARRODS"

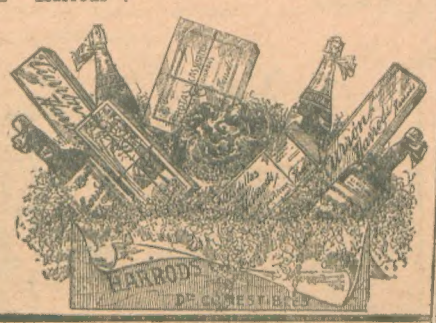
Fabricado en nuestras modernas instalaciones, altamente higiénicas y con ingredientes seleccionados.

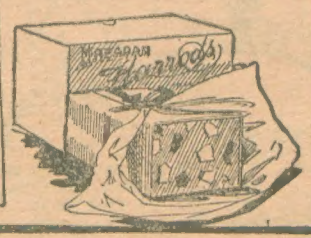
ESPECIALIDAD "HARRODS". — A la genovesa o a la milanesa. El kilo . . . $ 3.--

CAJON —

CONTIENE: 2 botellas de sidra española "Harrods".
1 botella de Vino Marsala "Harrods".
½ botella Licor Marie Brizard & Roger Bordeaux.
1 caja Turrón de almendras "Harrods".
1 caja íd. de avellanas.
1 caja Peladillas "Harrods".
1 caja de Bombones surtidos "Harrods".
1 caja de 1 kilo Mendiants (mezcla de frutas).
1 Pan dulce 1 k., a la milanesa "Harrods", $ 21.50

Para la provincia de Buenos Aires, corresponde $ 0.40 de estampillado.





TURRON DE YEMA, elaborado con materias primas seleccionadas. El pan de ½ kilo . . . . . $ 2.10
TURRON de FRUTA (MAZAPAN), elaborado a base de almendras finas y azúcar, con mucha fruta de la mejor calidad. El pan de ½ kilo. $ 2.40
TURRON de ALMENDRAS La caja de ½ kilo neto . . $ 2.40
MAZAPAN de CHOCOLATE y pistaches especialidad "Harrods". El pan de ½ kilo . . . . . $ 2.60

PRACTICAS CANASTAS, importadas de la China, pintadas al óleo y oro, de muy vistosa presentación. De 29 cm. de diámetro por 13 de alto, conteniendo 3 kilos 200 gramos neto de bombones Grand Choix,

$ 38.50

OTRAS:

Diámetro	Contenido	
De 25 cm. por 11 de alto.	2 kilos 350 gramos neto.	$ 28.--
De 21 cm. por 8 ½ de alto.	1 kilo 250 gramos neto.	$ 16.50
De 18 cm. por 6 ½ de alto.	600 gramos neto.	$ 10.60
De 13 cm. por 5 ½ de alto.	280 gramos neto.	$ 6.20

HARRODS — Buenos Aires — Calle Florida, 877

¿Dormimos más de lo necesario?

Sin duda que el dormir es de lo más agradable de la vida. Por algo exclamaba el moro expósito del duque de Rivas:

—*¿Quién mi sueño interrumpe? ¡El grato sueño, dulce consolador de las desgracias!*

Pero se preguntan ahora los hombres de ciencia:

¿El sueño en grandes dosis es una droga que entorpece el entendimiento y llena de venenos el cuerpo?

El doctor Federico A. Moss, profesor de psicología en la Universidad George Wáshington, cree que a esa conclusión se puede llegar con los datos que él y ocho estudiantes obtuvieron por medio de la prueba a que se sometieron durante sesenta horas sin dormir. Todos esos estudiantes, cuatro hombres y cuatro mujeres, en perfectas condiciones físicas, salieron de la prueba tan bien como entraron.

Luego, añade el profesor Moss:

"Se necesitaba decisión y tenacidad para rechazar las persistentes exigencias de Morfeo; pero, después de la primera noche de insomnio, ya no fué la cosa tan dura. Una vez vencido, el sueño no se deja venir con la misma persistencia. Al final de aquella vigilia, cuando los estudiantes podían irse a sus camas, no mostró ninguno de ellos la más pequeña tendencia a un sueño prolongado."

El doctor Moss cree que se repetirá esa prueba, y que de esa manera se abrirá un campo para las más importantes investigaciones de los médicos y de los psicólogos, que darán por resultado la prolongación de la vida.

Dice que aunque es prematuro el hacer aseveraciones definitivas sobre el particular, todo parece indicar que el sueño es de poco beneficio para la inteligencia, y que los efectos del poco dormir, si afectan en parte el cuerpo, no causan daño alguno a la mente.

Se pudo notar que la presión de la sangre en los ocho estudiantes había ido bajando cada hora en las primeras veinticuatro horas, y en progresión con la duración de la vigilia.

Que el sueño es esencial para el cuerpo, no lo niega ni un momento el doctor Moss; pero no está convencido de que sea provechoso el dormir ocho horas diarias.

Comentando estas opiniones, dice el "Record", de Filadelfia, que es de esperar que el público no se inspirará en ellas para hacer iguales experimentos con el propósito de alargar la vida, robándole horas que la naturaleza ha destinado para restaurarla en una cama confortable, porque si es verdad que algunos de nosotros dormimos mucho, también es cierto que muchos dormimos demasiado poco, y que es un hecho deplorable que los americanos, en lo general, se mantengan tan despiertos, lo que los pone más nerviosos de lo que debían ser.

Y otro periódico, el "Register", de New Haven, hace la siguiente observación:

"Se sabe que los escritores y compositores han tenido sus más grandes inspiraciones en los momentos de vigilia o de tensión, y si el experimento de la Universidad George Wáshington prueba la conclusión parcial de que el cuerpo y no la mente sufre con la pérdida de sueño, se acomodaría esa misma conclusión a la más moderna teoría psicológica de que la mayor altura de la inteligencia sólo se alcanza con la debilitación del cuerpo."

EL LOBO ARREPENTIDO

(Fábula)

Un lobo ladrón y asesino de cuanto cordero y cabrito encontraba al alcance de sus garras, tanto comió y tragó que se enfermó del estómago. Entonces, arrepintiéndose de sus fechorías, empezó a predicar la abstinencia y el horror a la sangre y al robo. Lo decía él que había sido un gran pecador y lo llegó a sostener con tanto entusiasmo que él mismo se convenció de que tenía buen corazón (ya que no buen estómago).

Sus hermanos lobos le trataron de loco y hasta riñeron con él, que siempre más flaco por las forzadas vigilias, tanto se amansó que hasta pudo pasar por perro. Un buen perro pastor...

Y así fué poco a poco inspirando confianza y metiéndose entre los rebaños por aquello de que de los arrepentidos es el reino de Dios. *Lo malo fué que con la abstinencia, el lobo llegó a curarse del estómago y un buen día cediendo a sus instintos, se dió un atracón de carne de oveja, eligiendo al efecto como víctima la más tierna, gorda y apetitosa del corral...*

Reflexionó después durante su laboriosa digestión, que el hecho cometido era altamente censurable, *y encontró una nueva satisfacción de su conciencia en la confesión de la falta cometida que reconoció lealmente, afeándose él mismo su mala acción.* ¡Mea culpa! ¡Miserere mihi!

Pero nadie ya le creyó. ¿Por qué? ¡Porque había curado del estómago!

Arturo Lasso

HABLANDO DE LA GRANDE, *por Rojas*

—Si la suerte me diera la grande, sería feliz.
—Pues yo me contentaba con la chica.

—Tengo una gran esperanza de que me caiga este año la lotería. Juego con Pepito, y siempre que he jugado con él, me ha tocado algo.

—Si me cayeran los dos millones, no me compraba traje, ni botines, ni camisas, ni nada. Todo me lo gastaba en bifes a caballo.

—Usted va a estar muy cerca de los dos millones.
—¿Por qué lo dice usted, morocha?
—Porque se aproxima usted demasiado.

De buena gana le jugaba a ese atorrante. Fíjate que termina en siete.

—El año pasado no me tocó la grande por un número.
—¡Qué mala suerte!
—Sí; yo vivo en la calle Jujuy 1525 y cayó en el 1526.

El mamífero terrestre más grande de los conocidos hasta el día

Un acontecimiento de verdadera importancia, es el reciente descubrimiento de una osamenta fósil perteneciente a un mamífero terrestre, cuya talla sobrepasa a la de los más grandes elefantes conocidos, incluso los mamuts, mastodontes y demás extinguidas especies, es decir, del más grande mamífero terrestre que haya vivido sobre nuestro planeta.

Antes de exponer los detalles, remontémonos al año 1911, para hacer un poco de historia sobre el mismo.

Un profesor de la Universidad de Cambridge (Inglaterra), Mr. Olive Foster Cooper, antiguo estudiante del "American Museum", de Nueva York, se hallaba por aquel año, explorando los montes Bugtis, en el Beluchistán oriental, cerca de la frontera india.

Entre los fósiles que ese profesor encontró figuraban los fragmentos de un esqueleto (vértebras cervicales, huesos de los pies y de las piernas) perteneciente, al parecer, a una especie gigantesca que tuviese afinidades con el rinoceronte.

Pero como el cráneo faltaba, el sabio inglés tardó mucho tiempo en identificar y describir el animal. Logró esto en febrero de 1923, bautizándole con el nombre de "Baluchitherium Osborni", que recordase el sitio del hallazgo (Beluchistán) y a su antiguo maestro H. F. Osborn, célebre paleontólogo americano.

Sobre la misma época, un sabio ruso, Borissiak, descubría en Turgai, norte de Turquestán, algunos fósiles provinentes de una especie idéntica, según se supo después que los dos sabios se hubieron comunicado sus observaciones.

Como les faltaban los huesos craneanos de los fósiles descubiertos, uno y otro se contentaron prudentemente con afirmar que se trataba de un animal perteneciente al género de los rinocerontes.

Pero el misterio iba a ser bien pronto aclarado. El 21 de abril de 1922 una expedición científica, organizada conjuntamente por el "American Museum" y la revista "Asia", para la exploración de Mongolia, descubrió, por un azar, varios huesos, que uno de los expedicionarios reconoció comparables, por sus dimensiones, a los del gigantesco "baluchitherium".

Algunos meses más tarde, el 5 de agosto de 1922, de entre los aluviones de la misma región, Mr. Granger, uno de los paleontólogos de la expedición, extraía un cráneo bastante bien conservado, un trozo de mandíbula, un fragmento de clavícula y dos húmeros. Muy cerca del terreno donde se hicieron estos descubrimientos aparecían los restos de otro esqueleto perteneciente a la misma especie.

Ese cráneo colosal presentaba varias secciones intactas y 360 fragmentos de huesos de dientes, que (no hace falta decirlo) fueron cuidadosamente guardados.

Embalado todo, como preciado tesoro, fué transportado a través del desierto de Gobi. Después de numerosas vicisitudes, el pesado y voluminoso paquete llegaba a Nueva York el 19 de diciembre de 1922.

Al cabo de tres meses de abrumador trabajo para reconstituir el cráneo, los especialistas del "American Museum" declararon que Foster Cooper no estaba equivocado al afirmar que el "baluchitherium Grangeri" era el mayor mamífero terrestre conocido hasta el día.

卐 卐 卐 卐 卐 卐 卐 卐 卐 卐

Palabras del corazón

¡Llevas en ti el tesoro de un ensueño,
y temes a la insidia de los hombres!
Tienes el don de hacer un cofre de oro
con el hilo sutil de tus canciones;
y te exaspera lo que el vulgo dice
porque a tu alma lírica no escondes,
y la dejas vibrar en los poemas,
tal como vibra el viento allá en la noche!
Date más, cada día, libremente,
cual el pájaro da dulces acordes
sin importarle qué dirán los ríos
que también cantan libres, en el orbe,
ni qué dirán los locos huracanes
que deshojan su música en los bosques!
¡Date más, cada día! ¡Que tu alma
henchida de idea!, serena, aborde
el misterio profundo de las cosas...,
el eterno reinado de los soles,
que Dios puso en la senda del artista
donde le dan su beso los amores,
para alzar más en alto sus dos alas,
para hacer más sentidas sus canciones,
la insidia, que no hiere y que no mancha
el lino de las almas superiores!

Félix D. Villalba

卐 卐 卐 卐 卐 卐 卐 卐 卐 卐

"SAPITO"

Por NITOUCHE

(Cuento de Navidad)

Esa noche, cuando Sapito colocó su linda cabecita sobre la almohada, en medio de puntillas, y como su mamá se inclinara hacia ella, le pasó sus bracitos alrededor del cuello y le preguntó bajito:

—¡Mamá!, ¿está usted segura que es para esta noche?

—¡Sí, preciosa, te lo he dicho más de diez veces! Pero, si no te duermes, el niñito Jesús se va a enojar y no te traerá nada.

—¡Sí, mamá, voy a dormir en seguidita para que llegue pronto mañana!

Después de un último beso la mamá cerró con cuidado las cortinas blancas de la camita, apagó el gas, dejando el cuarto de Sapito alumbrado sólo por la pequeña luz que daba la lamparita de aceite colocada encima del velador.

Sola en su camita, Sapito pensaba con alegría en los regalos que recibiría para Navidad y se preguntaba con inquietud, si no había olvidado nada:

"Puse en la chimenea de la sala mis zapatitos y adentro una larga carta que le hice escribir a mamá, donde pedía todo lo que deseaba: una muñeca grande, para reemplazar a Matilde, que se rompió una pierna; una caja de costura, con agujas y tijeras; un cartucho grande de "marrons-glacés", y muchos bombones.

En el cuarto de Carlos María encontraré una cómoda con toda la ropa que necesita mi nueva hija. En el cuarto de Luisito, en el cuarto de Luisito..."

Y los ojos negros se cerraron y su monólogo terminó en un sueño maravilloso, donde ve unos zapatos inmensos, tan llenos de juguetes, que es preciso subirse en una escalera para poderlos tomar.

De pronto, el gran reloj del vestíbulo hace oír su campana de medianoche. Sapito, que acaba de despertarse, cuenta:

—...nueve, diez, once, doce. ¡Son las doce!

Es la hora en que nació el niño Jesús, hace muchos años, en Bethleem, y es también la hora en que baja por la chimenea con sus angelitos para poner juguetes en los zapatos de los niños buenos. ¡Cómo me gustaría poderlo ver!...

En el cuarto de al lado, por la puerta entreabierta, Sapito oye la respiración suave y tranquila de mamá. Pero, de pronto, percibe un ruido lejano, como si alguien hubiera tropezado con un mueble. El ruido parece venir de abajo.

—Es él—murmuró Sapito—. Es el niño Jesús.

No puede resistir a la tentación. Se baja de su cama y abre con cuidado la puerta de su cuarto. No se equivoca, el ruido viene de abajo: ahora se oye con más claridad. Su manita se toma del pasamano de la escalera; sus piececitos, descalzos, se apoyan silenciosamente en la espesa alfombra; baja la escalera, feliz, pensando que va a sorprender al niño Jesús en su tarea. Ninguna de sus hermanitas ni de de su amiguitas lo han visto. Ella les podrá contar lo lindo que es. El corazón de Sapito hace tic-tac bajo la manito que lo comprime, y los ojos, grandes, abiertos, tratan de sondar la obscuridad. La puerta de la sala está entreabierta; una raya de luz atraviesa el vestíbulo. Su carita traviesa se acerca, mira...

¡Oh, qué lindo! Una linterna está colocada sobre una mesa, hace brillar los innumerables juguetitos de vidrio de un inmenso árbol de Navidad, lleno de cintas y de velitas de todos los colores. Dentro de la chimenea hay también varios objetos envueltos en papel blanco y atados con cartoncitos dorados, y por la gran portada que separa la sala del comedor, ve alguien que se mueve cerca del aparador.

Olvidando toda prudencia, Sapito empuja la puerta y entra. Quiere darle las gracias al niño Dios por todos los regalos que le ha traído a ella y a sus hermanitas. Atraviesa la sala, se acerca al comedor... y ve con extrañeza que un hombre barbudo está ahí sacando del aparador todos los estuches donde su mamá hace guardar los cubiertos lindos. ¡Qué cosa más rara, no hay ningún angelito! Lo que más le extraña es que el hombre está vestido con un saco raído y una gorra vieja. ¿Estará enfermo el niño Jesús y los angelitos se habrán quedado cuidándolo y ha tenido que mandar a este hombre para reemplazarlo?

—¡Qué lástima!—piensa Sapito.—¡Me hubiera gustado tanto ver al niño Jesús con sus angelitos, traerme todas esas lindas cosas!

El hombre se dió vuelta al sentirla entrar, y considera con aire estupefacto a la chiquilla. Su mano empuña con presteza un objeto brillante, parecido a un cuchillo, que se encuentra a su alcance.

Sapito no se preocupa por eso, y le dice:

—Ya que no puede venir y lo manda a usted en su lugar, quiera darle las gracias por todo lo que me ha mandado. ¿Es linda mi muñeca? ¿Es grande el cartucho de "marrons-glacés"? En cuanto al árbol, es una verdadera sorpresa; ni yo ni mis hermanitas lo habíamos pedido. ¡Es precioso! ¡Cómo brilla! ¡Cuántas cosas bonitas tiene colgadas!

El enviado del niño Dios no tiene buena cara; sus facciones son duras, sus ojos malos. Cerca de él se encuentra una bolsa de la Refinería Argentina llena hasta el tope y otra media deja ver la estatua de bronce que estaba colocada en un columna junto al piano.

—¿Estás enojado, señor, que te haya visto? ¿Por qué me miras así? ¿Es para castigarme de mi curiosidad, que te llevas todos mis juguetes y también los estuches de mamá y la estatua bonita de la sala? Pero entonces papá me va a encerrar mañana.

Y la pequeña imprudente se acerca al hombre con los ojos llenos de lágrimas y sus manitas cruzadas. Un rayo de luz de la linterna cae sobre ella y sus rizos enredados ponen una aureola alrededor de su carita triste.

A su vista las facciones del ladrón se van suavizando; poco a poco su mirada se hace dulce, y cuando Sapito le pasa cariñosamente la mano por la barba, su mano deja caer sobre la mesa el largo cuchillo que tenía entre sus dedos crispados. Una lágrima se desprende lentamente de sus párpados y rueda por su mejilla, hundida y pálida, perdiéndose en su barba enmarañada. Un profundo suspiro sale del pecho, y los mismos ojos que hace un momento amenazaban reflejan ahora suma bondad.

Toma en sus brazos a la niñita y la aprieta sobre su corazón:

—¡Calla!—le dice;— hablemos muy bajo. No, no estoy enojado con vos. No le diré al niño Jesús que me has visto. No te tomaré tus juguetes y pondré en su lugar los estuches de tu mamita.

Y sentando con cuidado a Sapito en un sillón, envolvió sus piececitos fríos con la carpeta de la mesa que estaba doblada en el suelo, vació apresuradamente las bolsas, puso las cajas en el aparador y volvió a colocar la estatuita encima de la columna.

—Ves que no llevo nada—dijo, besando una última vez a la niñita—, y ahora andá a acostarte sin hacer ruido.

Al otro día, cuando Sapito entró en el escritorio de su papá, que le había hecho llamar, vió al presunto enviado del niño Jesús sentado en una silla y ocultando sus lágrimas entre sus manos.

El papá de Sapito la interrogó, y ella contó todo lo que había visto.

El papá de Sapito le dijo al hombre, poniéndole una mano en el hombro:

—Quiero creer, ya que ha venido usted mismo a denunciarse, que sólo la miseria lo había empujado a cometer un robo. Como su arrepentimiento me parece sincero, lo emplearé desde mañana en mis talleres de construcción. Y espero ponga en adelante todo su empeño en volverse un hombre de honor.

DE MIRABEAU

Aunque una triste experiencia me haya convencido de que hay en el mundo muy poca honradez y me haya hecho concebir una malísima opinión de la humanidad, yo no sé aplicar—o si lo sé es demasiado tarde—esta mala opinión a alguno en particular.

Yo exceptúo de la regla general, con la mejor buena fe, a todos aquellos en quienes observo alguna apariencia de virtud; y me siento, si no sorprendido, afligido, cuando menos, al notar que hice mal en exceptuarlos.

La virtud verdadera no depende en modo alguno del capricho de los mortales, de las ilusiones, de los tiempos, de los lugares; consiste, sí, en un corazón recto y sincero, incapaz de ninguna bajeza.

Hallar ese corazón, saberlo descubrir en medio de las sombras que nos rodean, elevarlo hacia el nuestro: he aquí la horrible dificultad con que se lucha.

Muchos lo encuentran al principio del camino; otros, al fin de la jornada, cuando ya la muerte nos acecha.

Y es preferible no encontrarlo a encontrarlo ya tarde y saber que se tiene que perder.

El sargento Miquilo

Episodio de la batalla de Vargas

Por CARLOS B. GÓMEZ.

Para FRAY MOCHO.

Don Romualdo Guerra, simbólico ejemplar de una pasada generación, pertenece a esa rara especie de hombres que los sucesos de una azarosa vida ponen cien veces a las puertas de la muerte y que, por astucia o providencia, no caen nunca en sus redes. Catorce indelebles cicatrices cuenta su todavía fuerte envoltura física, cicatrices que provienen de otras tantas jornadas más o menos gloriosas.

Difícil es recordar un acontecimiento histórico de sesenta años atrás, acaecido en las provincias del norte, y especialmente en Santiago del Estero, que don Romualdo no lo conozca en todos sus detalles por haber actuado en él o por referencias de presenciales testigos. Su girovaga existencia dilúyese en una larga serie de hechos de armas, allá por los duros tiempos de las montoneras y los nunca bien ponderados de los Taboadas.

Su presencia en el baile que la vieja Estorófila organizara con motivo del cumpleaños de una de sus hijas, significaba, para muchos, el número principal de la tertulia. . . . . .

. . . . . .

Cuando la zamba finalizó entre ruidosas manifestaciones de regocijo, don Romualdo, colando densos chorros de humo por sus bigotes hirsutos, exclamó:

—¡Ah, zamba de mis buenos tiempos, cuántos recuerdos me traes!

—¿Cómo fué eso, tatita? ¿Se relaciona este baile con algún acontecimiento importante de su vida?

—¡Como que casi dejé la osamenta en aquel entrevero! Soy de los pocos, por no decir el único de los choyanos que tomamos parte en aquella refriega, que aún le gambetea a la muerte!...

—Cuéntenos, cuéntenos — exclamamos a coro, mientras procurábamos tomar cómoda ubicación al torno del anciano, deseosos de no perder palabra del relato que iba a comenzar.

El octogenario montonero holgóse lo mejor que pudo en un sillón de mimbre que la dueña de casa se apresuró a ofrecerle, y después de quemarse los dedos y los labios al dar las últimas succiones a la minúscula colilla del cigarro de chala, empezó su narración tirando fuerte el humo hacia afuera con un hondo suspiro:

—Nuestro ejército—dijo—se componía de unos dos mil hombres de las tres armas, y estaba mandado por los generales Manuel y Antonio Taboada.

Era a fines del verano del año 67, si mal no recuerdo, cuando, a marcha forzada por tierras de La Rioja, llegamos al lugar denominado Pozo de Vargas. El día fué de los más calientes que he soportado en mi vida. Locos de sed y de fatiga nos tiramos al suelo a descansar un rato, después de haber tomado un poco de agua mezclada con aguardiente para no encharcarnos. En seguida empezamos a alistarnos para formar luego no más, un gran triángulo, teniendo el pozo en el centro. No habiendo otro a varias leguas a la redonda, nuestros enemigos vendrían más sedientes que matungos algarroberos. ¡Qué chasco cuando vieron el pozo ocupado!

La base del triángulo daba espaldas a un altísimo cerco de brea fresca, tan bien hecho, que ni la luz se veía. Este lado lo formaba la infantería, el de la izquierda la caballería y el de la derecha la artillería. Nuestro batallón, formado casi todo por choyanos, era de infantería. Lo mandaba el capitán Infante... ¿Mandaba, digo? ¡Qué iba a mandar, cuando apenas se podía sostener sobre el caballo de miedo. La cara tenía más amarilla que flor de quella. ¡Qué diferente al sargento Miquilo! ¡Ese hombre sí que merecía ser jefe! No hablaba, pero había un no sé qué en todo su continente, que nos infundía ánimo, respeto y autoridad. Alto, flaco, de manos huesudas y largas, cara chica, nariz y mirada de buitre, apoyado en su fusil, sonreía con un dejo de amargura y desprecio...

De pronto, vimos llegar al general Antonio Taboada, montado en una rica mula tordilla, con su infaltable poncho flameante como una bandera. Luego de pararse, nos habló así: "Muchachos: dentro de una hora a lo sumo entraremos en batalla. Hace un momento me han traído la noticia de que Varela y sus malhechores están saqueando la ciudad; de modo que pronto estarán aquí. No se intimiden porque nuestros enemigos sean más numerosos; si es cierto que son cinco mil, es también cierto que son cinco mil bandoleros indisciplinados, que no saben manejar un fusil, pues, si apuntan al norte, disparan al sud". Y, dirigiéndose a Infante: "¡Capitán, le noto un poco indeciso. No es ésta la actitud que debe asumir en momentos tan graves: lo que le corresponde es dar valor a su gente con el ejemplo!" Luego, picando espuelas a su cabalgadura, partió a toda marcha.

En efecto, un rato después, miles de lanzas que brillaban al sol como espigas de trigo maduro, se acercaban en tropel. Como a cien metros de donde nosotros estábamos, se detuvieron y nos empezaron, muy tranquilamente, a rodear como a suris. Al pasar enseñándonos las lanzas y los cuchillos, nos decían riendo: "Eso es; ¡quédense quietitos ahí no más; luego vendremos a degollarlos como a cabras! ¡Ni uno solo se va a salvar! ¡Pueden ir estirando los cogotes ahora, para estirar la pata más tarde! ¡Estos santiagueños dicen que son cuerudos; veremos cuando prueben las puntas de nuestras lanzas...!"

Mientras tanto, nuestro capitán tiritaba como perro con frío. A nosotros, muchachos pichones la mayor parte, nos empezó a contagiar..., hasta que el sargento Miquilo, mirándonos con ese aire dominador tan de él, después de salir unos pasos de la fila, nos dijo: "¿Qué es esto, muchachos? ¿Ustedes con miedo? ¡Uno de ustedes vale por cinco de esos forajidos! ¿No ven acaso que van todos borrachos?" Luego, dirigiéndose a ellos: "¡Eh, bandoleros engreídos; no se les haga tarea fácil la de sobar la chuspa antes de bolear el machazo! ¡Ahora van a saber, canejo, qué clase de hombres son los santiagueños!"

Vean..., si no hubieran sido las palabras de ese hombre, ¡quién sabe cuántos..., porque, a decir verdad, ya ninguno sentíamos calor, y eso que el sol nos derretería! Ganas nos dieron de abrazarle. Para nosotros, en ese momento, era nuestro único jefe.

A todo esto, el enemigo proseguía en su movimiento envolvente. Allá, en un círculo, se destaca la silueta arrogante del famoso montonero Felipe Varela, llamado, por aquel entonces, no sé por qué, "jefe de la cruzada libertadora". Sin duda que las provincias de Jujuy, Salta, San Juan, Catamarca, La Rioja, etc., donde había dejado las huellas de su bárbara planta de salvaje, estaban muy distantes de coincidir con tan honroso calificativo. Montado en un brioso caballo alazán, escarceador y vivaracho, de nombre en los entreveros y en las fugas críticas, daba órdenes acompañadas de groseros insultos. Tan cerca estaba de nosotros, que no sólo oímos todas sus palabras, sino que distinguíamos hasta su menor ademán.

A pesar de las críticas circunstancias porque atravesábamos, a ratos nos reíamos de la estrafalaria facha de los gauchos del general Varela. En el saqueo de las tiendas de la ciudad, con la mamúa que traían, habían levantado cuanta prenda de vestir encontraron a mano y se las pusieron, sin preocuparse un bledo si les quedaba bien o mal.

El asesinato de un novelista pornográfico

En la audiencia de Viena ha terminado la vista de la causa instruída contra un joven de veintiún años, llamado Otto Rothstock, quien, erigido en campeón de la moral, asesinó en el mes de marzo último al novelista Hugo Bettauer, director de la revista "Staats Zeitung", dedicada a publicar cuentos y grabados alegres.

Otto Rothstock había en diferentes ocasiones conminado al escritor con severas sanciones si continuaba su "tarea de envenenar a la juventud vienesa con sus cuentos y grabados obscenos". Pero el novelista no hizo caso de semejantes apercibimientos, porque precisamente había fundado a su regreso de Norte América aquel periódico para dedicarlo a esa clase de literatura, que contaba con muchas simpatías en esa capital.

Un día, Otto Rothstock se encaminó, provisto de un revólver, a las oficinas de la revista y solicitó hablar con el director. Apenas estuvo en su presencia, le descerrajó varios tiros, que le ocasionaron la muerte quince días después.

La agresión produjo gran revuelo en Viena, porque fué interpretada como una venganza del partido nacionalista antisemita. Pero de las diligencias practicadas no se ha deducido que existiera complot alguno contra los judíos, y menos contra el novelista Hugo Bettauer.

La prensa pangermana excitó durante mucho tiempo a las autoridades para que expulsaran a Bettauer de Austria, considerando peligrosa su permanencia en este país. Luego señaló con insistencia la campaña contraria a las buenas costumbres que había emprendido el escritor judío, diciendo que la codicia llevábale hasta el extremo de explotar el vicio y pervertir a la juventud vienesa.

La atmósfera hostil que se había formado contra el escritor fué el principal estímulo que impulsó el brazo del joven Otto a cometer el crimen que le ha traído al banquillo.

Durante las sesiones, la sala estuvo completamente invadida por una enorme muchedumbre de muchachas pertenecientes a todas las clases sociales y jóvenes de vida alegre. Junto a la nueva rica y la aristócrata se veían "demimondaines" de alta y baja estofa.

Este público tan heterogéneo mostraba con frecuencia su enemiga al acusado, y hubo momentos en que casi llegó a pedir su cabeza.

El procesado relató las particularidades de su delito, y añadió que después de disparar contra el novelista había permanecido en su despacho desgarrando todos los escritos inmorales que allí se almacenaban.

Añadió que, hace dos mil años, Dios vino al mundo para combatir las enseñanzas judaicas, hijas de Satanás, y que él (Otto), había venido también al mundo con idéntica misión para proseguir la lucha. "No quise asesinar a ese hombre—añadió, —sino despertar al dormido pueblo, para que aniquile a los judíos antes de que sea demasiado tarde."

El Tribunal ha considerado al asesino como loco, y le condenó a la reclusión en un manicomio.

Pasaban por delante de nosotros, unos con pavitas, otros con esos sacos largos con faldones partidos como los de los gobernadores cuando van a misa; otros con esos sombreros largos como tubo y algunos hasta con pantalones como la gente decente. Ni uno siquiera llevaba quepi como para hacer creer que era soldado. Sólo los oficiales iban vestidos como era debido: de chiripá. En conjunto parecía una comparsa de mascaritas..., pero mascaritas que nos helaron el sebo, como van a ver.

Cuando terminaron de envolvernos a gusto y antojo, Varela ordenó a sus músicos: —¡Toquen una chacarera!

¡Como para baile estábamos! No bien terminaron, el general Taboada ordenó a su vez: — ¡Toquen la zamba!

Y esa zamba que sonó en ese llano de La Rioja, junto al Pozo de Vargas, hace más de medio siglo, es la misma que acabo de oír. ¡Cómo no ensanchárseme el corazón cada vez que la escucho...! No recuerdo cómo se llamaba antes; lo cierto es que, desde entonces, no tuvo otro nombre que la de Vargas.

—¿Y...?

—Bueno; tocaron la zamba, y fué el acabóse. Junto con el tronar de los cañones sentimos el silbido de las balas acollaradas que nos mandaron esos bárbaros, los que, golpeándose la boca, cargaron como manga de demonios...

Para qué voy a mentir. Yo no me acuerdo más; quedé zonzo y ciego. Cuando me di cuenta me hallaba dentro del cerco. ¡Cómo y por dónde entré es algo que jamás lo supe! No crean que era yo solo; había once más, todos encogidos como pollos mojados.

Afuera la carnicería debía ser terrible. Se oía el chocar de los sables, el reventar de los fusiles, las voces de mando mezcladas con carcajadas, palabrotas insolentes y obscenas: el maten y maten!, ¡tomá, caray!, ¡eh, santiagueño, puerco, has errao...!, ¡así se pega, maula!

De pronto oímos una voz de todos conocida: "¡No se apuren, hijitos...! ¡Nunca es tarde cuando la dicha es buena! ¡Por grande que sea la tranca, los vamos a refrescar a todos! ¡No se vayan tan lejos... para torcer la cola; es lo mismo aquí que más allá! ¡Qué comilona van a tener los cuervos con los cuerpos de estos perros!"

No cabía duda, era el sargento Miquilo. Nos miramos sin decirnos palabra, pero en todos había un pensamiento que se adivinaba: está peleando y debemos acompañarlo.

Cuando menos lo esperábamos apareció dentro del cerco un muchacho jovencito, sin un pelo de barba, en un caballo tobiano que echaba espuma por las narices de brioso y de malo: era un oficial de los nuestros. Entró por un pequeño portillo que había como a cincuenta metros a la derecha de nosotros. "¿Qué hacen, cobardes, ahí? —nos dijo—. Muy acurrucados mientras sus compañeros pelean. ¡Fórmense inmediatamente de dos en fondo! Los seis de delante serán el número uno, los de atrás el dos. Si nos atacan ordenaré: fuego el uno. Hecho el disparo saltarán a un costado para cargar, mientras avanza el dos. ¿Entendido?"

En el mismo instante que enfrentábamos el portillo, vimos que se nos venían como a comernos varios gauchos de Varela, a galope tendido. Los encabezaba uno que parecía oficial, a juzgar por el lujo de su ropa y la plata que adornaba los arneses de su caballo negro. Cuando los teníamos como a veinticinco metros, nuestro oficialito ordenó: —Listo el uno, ¡fuego!

Los caballos, encabritados por la descarga, volvieron grupas, pero no anduvieron mucho, porque, sofrenándolos, cargaron de nuevo, esta vez con más ímpetu.

—Rodilla en tierra el dos, y apunten—fué la otra orden.

Yo estaba en el dos, y con alma y vida le hice puntería al delantero. Los dejamos llegar como a quince metros, para no desperdiciar cartuchos, y apretamos los gatillos. El del caballo negro cayó como pasa de higuera. Los otros no dieron más cara y se agacharon a disparar mordiendo el polvo de la derrota, mientras nosotros nos precipitamos sobre el caído. Inútiles fueron los gritos, amenazas y planazos que nos propinaba el militarcito: antes que se reza el bendito, al oficial de Varela sólo le dejamos los calzoncillos. Uno se apoderó de las botas, otro de las espuelas, otro del chiripá, otro del poncho y del cinto; en fin, al pobre lo desnudamos. (Así se hacía la guerra en aquellos tiempos. Muchos iban a ella con ese solo objeto.) Lo que sentíamos era que el caballo se nos hubiese escapado. ¡Tan lindo el mancarrón y con tanta plata que iba enjaezado!

Lo recio del combate se efectuaba como a quinientos metros a la izquierda, y hacia allí nos dirigimos costeando el cerco. A un lado y otro había cadáveres y heridos de uno y otro bando, aunque, justo es decirlo, más de nuestros enemigos y todos despojados de sus mejores prendas... De repente, nos quedamos fríos... y, como movidos por un resorte, con los ojos turbios por las lágrimas, nos descubrimos ante el sargento Miquilo, que estaba muerto, en medio de tres hombres de Varela, muertos también. Tenía el finao Miquilo una espada de oficial en la mano derecha—quitada sin duda; — su fusil, quebrado por la mitad, se hallaba a un lado. Estaba el cadáver casi parado sobre las ramas, con los ojos abiertos como si estuviera vivo. El eterno gesto de desprecio y amargura que le caracterizaba parecía retozar aún en sus labios resecos, un poco desfigurados por el balazo que le quitó la vida. La imagen de aquel hombre, tan valiente y tan sereno, nunca jamás se me olvida.

. . . . . .

Hubo un silencio embarazoso y doliente. Don Romualdo parecía trasladado al sitio y hora de su narración.

—Continúe, don Romualdo—interrumpimos su meditación.

—¿Para qué?—nos respondió suspirando. — Lo demás no tiene importancia.

—Por fin, ¿cuáles ganaron la batalla?

—¿Cómo, ustedes que andan en la escuela no lo saben?

—En nuestros libros no figura ese episodio.

—Bien. La batalla la ganamos nosotros, y Varela se nos escapó con la vida en los tientos...

—¿Y el capitán Infante?

El rostro del viejo guerrillero iluminóse en mueca de graciosa recordación para culminar su sonrisa preñada de ironía. Luego, poniéndose de pie, estirando cuanto pudo los brazos para desperezarse y con un hondo bostezo:

—El ca... pi... tán In... fan... te. ¡Tres días después lo encontramos metido en un profundo barranco sin salida! ¡Casi se muere el pobre... y sin pelear!

Choya, Sgo. del Estero, diciembre 1925.

En una Copa de Agua puede Ud. hallar la Muerte

Tenga cuidado con el agua que usted consume; cerciórese si es buena. Sepa que el AGUA es el vehículo de muchas enfermedades peligrosas.

NO OLVIDE QUE PREVER ES CURAR

No consuma AGUA alguna que NO SEA PURA.
EN SU CASA PUEDE UD. PURIFICARLA CON

El Botellón Esterilizador del Prof. Dr. HOTTINGER

que en el corto tiempo de una hora, esteriliza el agua más contaminada.

Hoy mismo debe adquirir uno para su tranquilidad y la de los suyos.

En venta en las principales Farmacias, Droguerías y Negocios de Sanidad de la Capital y del Interior.

SOLICITE UN PROSPECTO EXPLICATIVO A SU UNICO CONCESIONARIO:

EDUARDO RETIENNE

SARMIENTO, 1131 BUENOS AIRES

EL MUCHACHO

Allí está el muchacho solo, completamente solo, en la fría buhardilla que apenas pudo hallar un día en una modesta casa de pensión.

Inclinado sobre una mesa, escribe. Escribe versos... Lo de siempre. Pero..., de improviso, deja la pluma y piensa. Recuerda... En su imaginación se ve llegar, una mañana de sol, a la ciudad, ilusionado, joven, fuerte de alma, dispuesto a conquistar un nombre, un poco de gloria que llevará a los suyos, a los padres, a la novia, blanca y sencilla, a todos aquellos que quedaron llorando en silencio, en el rincón de provincia que le vió nacer, ansiando siempre el prometido regreso. ¿Cómo regresar? Imposible pensar en ello, porque a pesar del tiempo transcurrido, aún está muy lejos el triunfo; tan lejos que ya no lo ven sus ojos... Y lo peor, para su desgracia, es que comienza a sentirse un poco cansado. Cansado de luchar, cansado de estar solo... Se diría que siente necesidad de cariño, cariño de madre y de novia, todo aquello que ayer tuvo y que hoy recuerda con pena. Por eso, de repente, toma la pluma, deja a un lado los pensamientos esos, y sigue escribiendo. ¡Pero no! ¡No puede! ¡Oh!, ahora recuerda algo... Sí, por la mañana, en un hospital, lo revisó un médico amigo y le aseguró que estaba enfermo. Enfermo, sí, ¿pero de qué? El lo sabía. Sin embargo, su orgullo le obligaba a callar...

Estaba enfermo de... hambre. Las fatigas, las privaciones, todo el pequeño calvario de sus veintisiete años juntábanse ahora en una sola palabra: debilidad. Se puso de pie. Al hacerlo, sintió una ligera vacilación en las piernas, como si ellas se negaran a sostener el peso de su cuerpo, y entonces se dejó caer sobre el lecho miserable...

Tenía miedo. Un miedo infantil. Un miedo de niño grande, de enfermarse allí, tan solo, en la fría casa de pensión, donde todos parecían viajeros que, al pasar por la vida, se detuvieran un momento para continuar luego su marcha. Además, nadie subía hasta su buhardilla. El muchacho lo comprendía: fatigaba enormemente la escalera de caracol que llevaba hasta ella, pero su dinero, siempre tan escaso, prohibía mayores comodidades.

De improviso, un ruido que venía de abajo le llamó, una vez más, a la realidad. Escuchó... No había duda. Eran manifestaciones de alegría, alocadas, vibrantes... Entonces, él, en medio de su aturdimiento pensó en una fecha: ¡Año nuevo! Y al recordarla, un mundo de tristeza se apoderó de él. A esa misma hora, a las doce de la noche, allá lejos, también los suyos brindarían por su pronto regreso; allá lejos, sí, su madrecita y su novia llorarían, juntas, por él, creyéndole feliz, persiguiendo el triunfo, tal vez, alcanzándole ya... ¡Año nuevo! ¡Magnífico triunfo el suyo! Solo. Enfermo. Con... hambre. Sintió deseos de echarse a la calle, pero no podía; estaba ahora como atado a esos hierros que formaban su cama y en la cual se revolvía.

. . . . . .

Después, el muchacho, quiso burlarse de sus propias amarguras y se echó a reír... Sí, todos reían esa noche en la fría casa de pensión y él, también, hizo lo mismo...

Julio FRANZOSO.

LA VUELTA

Un cuento de

HORACIO MARTÍNEZ FERRER

No desconfíe usted

de poder librarse de sus

HEMORROIDES

hasta que no haya utilizado el

NORIDAL

Con este notable medicamento extirpará rápidamente la cruel dolencia y evitará el peligro de graves complicaciones.

Es de noche y el pampero aúlla como lobo hambriento en el desierto campo. La luz de la luna cubre con su blancura la tierra dormida. Sólo el aullido lejano de un perro se une a las notas del viento ululante.

A lo lejos surge una sombra: es el pobre Graciano que vuelve triste y enfermo, después de dos años de reclusión en la cárcel. Para que regresara a su pago habíanle dado un poco de dinero que bien ganado tenía, unas pilchas que no eran ni sombra de las que llevara, y un caballo derrengado, so pretexto de que el de su propiedad, su overo de ley, aquel que nunca perdió una carrera, había muerto.

Mientras avanzaba, al paso, pensaba en la causa maldita que lo llevara a la perdición; haber despenado un hombre en defensa propia, con salvaje y ancestral bravura, con esa bravura que era la única herencia de sus abuelos.

Pensando, siempre pensando, se puso a cantar; una voz potente, clara y triste se hizo sentir y el eco contestóle en el infinito de la pampa. Volvía Graciano a su rancho, en busca de la mujer amada, la única ilusión que le quedaba en la vida. ¡Qué de durezas había tenido para con él la suerte! Sin embargo, mientras en la soledad de los campos se perdía el musical lamento de su alma dolorida, en la multitud de ideas trágicas, de presentimiento y de dudas que se revolvían en su cerebro, nacía la luz de una esperanza.

¡La duda! ¡Terrible palabra! Noches de fiebre había pasado en la celda estrecha y húmeda, alimentando terribles ideas que le asaltaban y que él se empeñaba en no desechar porque eran su única compañía.

Su mujer, la Julia, ¿le habría sido fiel durante su ausencia?... ¿Habría olvidado sus juramentos yéndose con otro a algún pago lejano?... ¡Andaban tantos arrastrándole el ala cuando pasó la desgracia! Sobre todo, Arsenio, aquel matrero...

La última vez que Julia fué a verle a la cárcel, ¡cuántas cosas le prometió con sus labios sensuales y amorosos! Aún recordaba la suprema exaltación que le producía su carne morena, y el diálogo que, con la voz temblante de amor, sostuvieron en esa ocasión, como reviviendo el tiempo en que fueron novios.

—Aquí me tenés, siempre pensando en vos, triste como un cardo reseco, lo que me paso semanas sin verte...

—¡Graciano, no tenés que afligirte! —le decía ella con voz pausada y melodiosa. — Pronto ti han de largar y, entonces, yo te pagaré todas estas penas que estás pasando.

—¡Negra..., no me vas a engañar! —le interrumpía él, con el ceño contraído. — No me vas a engañar... ¿Me oís?...

—Todos los días le prendo una vela a la virgencita negra, pa que nos traiga suerte; pa que te suelten pronto. ¿Sabes una cosa? Ayer le vendí la vaca overa a don Luis, porque yo me había quedao sin plata otra vez.

—¿No me vas a engañar?... — repetía Graciano como en un susurro, obstinado por su idea.

Seguían así conversando hasta que el guardián hacía retirar a Julia, pasado el tiempo concedido para la visita.

Otras veces, cuando él se sentía optimista, las entrevistas habían sido más expresivas. Pero nunca, sin embargo...

Faltaba mucho entonces para que se cumpliera la condena, pero Graciano, por su comportamiento, tenía la promesa de salir antes y dar una sorpresa a su mujer. Esa esperanza se había convertido en realidad, y ahora estaba libre, respirando ansiosamente el aire puro del campo.

La mala idea le estrujó otra vez el cerebro e instintivamente acarició el mango del puñal, un puñal de gaucho pobre que adquiriera al emprender el camino.

De pronto, divisó, a lo lejos, una lucecita como una estrella que se hubiera posado sobre la línea del horizonte. ¡No podía equivocarse: ahí estaba, ¡por fin!, su rancho, como aplastado por un enorme ombú!

Pero..., ¿qué hacía la Julia a esa hora, con luz? Serían ya las once de la noche y la luna se ocultaba poco a poco tras un monte de eucaliptos que aparecía al fondo, dando una pincelada retinta entre cielo y tierra. Los primeros vientos del otoño se adelantaban y comenzaban a silbar siniestramente.

Una lechuza cruzó por delante de Graciano, chillando, y esto, que era de mal agüero, le causó una dolorosa sensación. Una fría caricia le corrió por la espina dorsal y se estremeció, mientras sus labios pronunciaban con apuro la frase conjurante: "Cruz diablo... Mandinga te lleve!" El no era un gaucho ignorante, pero nunca entró a analizar esta frase. Sin embargo, cuando oía o veía una lechuza tenía que pronunciarla para quedarse tranquilo; una fuerza ignorada le impulsaba a ello.

A poco andar, Graciano detuvo su caballo y se puso a cantar. Su voz parecía perforar la obscuridad, como si sus palabras fuesen saetas de vibrante cristal; y la letra del cantar era un aleteo de recónditos temores:

"Hubo allá en la pampa un nido
y en ese nido un cantor,
que una tarde, conmovido,
forjó su sueño querido
de bella esperanza en flor."

"Pero crueles desengaños
golpearon sobre su puerta,
y una tarde, entristecido,
halló dentro de ese nido
su dulce esperanza... muerta."

"Desde entonces se alejaron
los sueños y la alegría;
silencioso y solitario
junto a un ombú centenario
yace el rancho en el olvido."

Estaba trémulo. Después de las penas sufridas en el largo cautiverio todo su ser parecía negarse, en un encogimiento del alma, a aceptar la dicha que tenía ahí, tan cerca suyo... Sentía miedo de perderla de nuevo, al mismo tiempo que la impaciencia de la carne agitábase en un temblor voluptuoso y su espíritu se predisponía a la más grande ternura.

Decidióse, por fin, a dar el paso final. La Julia no le esperaba, seguramente, y sería para ellos como una segunda noche de bodas ese súbito encuentro... El — pensaba — trabajaría para rehacer la pequeña hacienda vendida y diezmada por la falta de cuidados...

Desde lo más profundo de su ser, elevaba también un ruego a Dios para que le concediese un hijo; a la sola idea de tenerlo, sus manos sintieron la necesidad de acariciar y sus brazos extendiéronse hacia adelante.

El movimiento que involuntariamente había hecho dejó las riendas flojas y el caballo apuró el paso, lo que le hizo volver de su distracción. A poco andar, llegó al rancho. Los dos perros, "Turco" y "Leal", conociéronle y se lanzaron a su encuentro haciendo demostraciones de alegría. Ese primer recibimiento le fué grato y cobró ánimo, desechando todas sus aprensiones. Aseguró el caballo en el palenque y se encaminó a la vivienda, cuya luz había dejado de brillar poco antes.

Caminaba el gaucho con paso sigiloso, y cuando estaba a unos metros de la puerta e iba ya a pronunciar el "Ave María" de costumbre, algo insólito le dejó como petrificado en el sitio, atónito, lleno de trágicos pensamientos. Claramente, acababa de oír el llanto inconfundible de un niño de meses y una voz de mujer, la mismísima voz de la Julia, que cantaba monótonamente para hacer dormir al pequeño.

Mil ideas justificativas se agolparon en su mente. Necesitaba engañarse para no morir ahí mismo, de rabia y de dolor, ante la cruel transformación de sus sospechas en realidad...

¿Sería el chico de la comadre Carmen? ¿Estaría ella de visita? A veces, su hombre se emborrachaba y le pegaba y ella, cuando lo preveía, refugiábase en el rancho de Graciano. Su hermana, Encarnación, también podía estar de visita, pero él no sabía que hubiese dado a luz otro chico. La mala idea clavósele otra vez en el cerebro e instintivamente se llevó la mano a la empuñadura de la daga. No, no podía ser, pero..., ¿si fuese?

Era necesario no ser cobarde, no "achicarse". Avanzó hasta tocar la puerta y dió en ella unos golpecitos, mientras decía, temblorosamente, la frase consagrada: "¡Ave María purísima!" Una voz varonil contestó de adentro: "¡Sin pecado concebida!" Y al mismo tiempo que la voz del matrero aquel — bien la conocía Graciano, — la Julia exclamaba, con voz contenida y trémula:

—¡Graciano!... ¡Es Graciano!... ¡Teni cuidado, Arsenio!

No pudo más. La sangre se le agolpó en el cerebro y un velo rojo le cubrió los ojos. Le entraron unas ansias inconcebibles de matar, de destruir, de aniquilarse a sí mismo también.

—¡Canallas! ¡Canallas!...—rugió.

Y de un golpe abrió la endeble puerta del rancho y se abalanzó como un tigre, en la obscuridad, con el puñal en la diestra, envuelto el poncho en la otra mano... El choque fué brutal y rápido. La vida de ambos hombres estaba librada a la suerte, desde que no podían verse ni esquivar los golpes. Graciano se acordó de la lechuza que se le había cruzado en el camino y lanzó un juramento.

Después, el cuchillo del adversario, penetrando levemente en su brazo le guió y su arma fué a hundirse rápida y certeramente en el pecho de Arsenio, el matrero, que cayó pesadamente lanzando un quejido agónico.

—¡Perra! ¡Mala mujer!... — seguía rugiendo Graciano, mientras dirigía su arma, a diestra y siniestra, en un vértigo de destrucción; otro grito resonó aún en la soledad de los campos, confundiéndose su eco con el silbido trágico del viento.

Momentos más tarde, a la luz vivísima del rancho en llamas, destacóse la silueta de un hombre a caballo. Jinete y caballo eran una sombra trágica y escuálida deslizándose en la pradera sin fin. Ya muy lejos, Graciano detuvo su cabalgadura y volvió la cabeza para contemplar la columna de humo y de chispas del incendio, mientras echaba a rodar de un golpe por los campos una carcajada satánica...

Luego volvió a la realidad, al oír el lloro del niño que llevaba envuelto entre su poncho y mientras le acariciaba regándole con sus lágrimas, emprendió de nuevo la marcha.

Los ángeles de la Nochebuena italiana

En algunos pueblos de Italia, especialmente en los pueblos de la alta Lombardia, es costumbre celebrar la Nochebuena con fiestas populares, que redundan en beneficio de los pobres. Generalmente se busca la manera de que las familias pudientes ayuden con sus donativos a las que no lo son, a fin de que éstas puedan permitirse, en los días de Pascua, algunos extraordinarios.

Grupos de músicos tocando flautas y acordeones recorren las calles, acompañados por algunos chicos disfrazados de ángeles y llevando además alguna imagen que representa con más o menos propiedad (casi siempre con menos) al niño Dios. Los ángeles son los encargados de pedir limosnas para los pobres, y la noche antes de Navidad se encargan ellos mismos de ir a distribuir los donativos recibidos.

Muchos de los chiquillos que desempeñan tan simpático papel en la fiesta, pertenecen a las mejores familias de las poblaciones en que se sigue esta costumbre.

El ídolo de los ojos luminosos

Si al siglo pasado le llamaron el siglo de las luces, ¿qué nombre será apropiado para el en que vivimos, en el cual se derrocha luz, y por ende, millones y millones en anuncios luminosos, en alumbrado público, en los edificios del Estado y particulares?

En los Estados Unidos ha entrado como una locura por los alardes de luz. El año pasado se calcula que en Norte América se han gastado más de veinte millones de dólares solamente en instalaciones de alumbrado.

En millones también se calcula el dinero gastado por las empresas cinematográficas. Una de ellas, para impresionar una película, ha construído un gigantesco ídolo de cerca de veinte metros de altura, el cual despide por los ojos unos haces de luz tan potentes que se pueden ver a una distancia de 60 kilómetros.

Lo que en esta estatua se ha gastado en la instalación para su iluminación, y el gasto que representa el consumo de energía en ensayos e impresiones, bastaría para que una familia viviese cómodamente con sus rentas.

En el hueco que forman los apoyos de los pies del ídolo puede cobijarse una compañía de los guerreros que toman parte en la película.

Un automóvil de mano

Es paradojal el hecho de que en el siglo XX, siglo de la electricidad, veamos todavía por las calles de las grandes ciudades carretillas y carros de mano. Sin embargo, se explica esta supervivencia: numerosos pequeños comerciantes e industriales, que carecen de recursos para sostener un "auto", o una caballería, emplean económicamente la tracción manual.

Pero si esta última representa una fuerte economía, ofrece dos serias desventajas: por una parte, la conducción de un carruaje de dos ruedas pesadamente cargado exige un esfuerzo muscular grande, penoso, que es inhumano pedir a individuos que generalmente están bien lejos de ser atletas; por otra parte, la lentitud de este sistema de tracción es perjudicial para los intereses del propietario del carruaje, y estorba a la circulación de los vehículos más rápidos.

Por todas estas razones es lógico creer que la invención de un hábil técnico, Mr. Ort, está llamada a alcanzar el mayor suceso. La invención de Mr. Ort consiste en un vehículo de tracción mecánica y, a la vez, manual.

Este vehículo lleva un motorcito de esencia, de caballo y medio, de fácil manejo, y alcanza una velocidad de cinco kilómetros y medio por hora.

El castaño del Brasil

Con las denominaciones de *castaño de Pará* y *castaño del Brasil*, se conoce vulgarmente la especie *Berthelosia excelsa*, correspondiente a la familia botánica de las mirtáceas.

Es un árbol gigantesco y majestuoso, que alcanza 35 metros de altura, lo cual dificulta alcanzar sus frutos en el árbol, debiendo esperarse para la recolección a su caída natural, que tiene lugar después de la maduración. El fruto tiene la apariencia de un coco, recubierto por una envoltura leñosa, en cuyo interior están simétricamente dispuestas las simientes, que tienen una gran dureza. Su recolección es peligrosa y da lugar a accidentes desgraciados, por cuanto no se puede penetrar en los bosques poblados de estos árboles sin peligro de que caiga sobre el transeúnte alguno de los frutos, que pesan unos tres kilogramos. Los indios dedicados a la recolección suelen construir chozas cuya techumbre inclinada y sólida les da un abrigo contra esos accidentes.

Los terrenos elevados que circundan las orillas del Tocantin, Maru, Caraipé y Arateri, están cubiertos de inmensos castañares, siendo este árbol tal vez uno de los más útiles del Brasil. El fruto es objeto de exportación y es susceptible de iguales aplicaciones que las avellanas, teniendo gran empleo para la fabricación de jabones finos de perfumería, así como el aceite es muy apreciado para condimento de manjares. La corteza del tronco suministra una estopa excelente para el carenado de los buques, y la madera es de las más reputadas en construcción naval.

SUPER LIQUIDACION DEL AL CELESTE IMPERIO

司公利宏

Durante el mes de Diciembre, renovación total de las existencias

JARRONES en porcelanas de china, de 45 ctms. Gran variedad de dibujos y formas. VALIAN $ 90, 80, 75 y vendemos al único precio de . $ 39.—

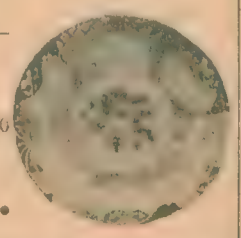
SEDAS

Rayada especial para camisas. Liquido a : : : : : $ 5.90
Blanca especial para forros, 92 ctms. ancho, $ 2.60 y $ 2.20
" para confección de ropa de señora, 92 centímetros ancho, $ 3.95 y . . . . . $ 3.20
" para camisas de caballeros, 92 centímetros ancho, $ 5.60 y . . . . . $ 4.80
" para pañuelo, calidad extra $ 7.60 y . : . $ 6.40

PLATO porcelana japonesa, hermosos dibujos en colores surtidos, de 30 centímetros, a . . . . . $ 9.50
EL ADORNO OBLIGADO DEL COMEDOR CHIC

BUDA sahumador en metal, con 24 pastillas de diferentes perfumes, a . . . . . $ 2.—

PERFUME SU HABITACIÓN con nuestros pebeteros en rosa, violeta, rosa estro, lulú violeta, wisteria. La caja $ 0.70 y . . . . . $ 0.60



WONG, LEE y Cía.

U ión Telef. Mayo 0539 - CARLOS PELLEGRINI 500

La súplica del indio

Vámonos a vagar. La selva, muda,
se ha llenado de espanto a mi querella.
Como una virgen pálida y desnuda,
tiembla en el cielo la primera estrella.

A mi mandato, pararán los ríos
la salvaje inquietud que los devor
Todo dirá de los amores míos:
de ellos la noche le hablará a la aurora.

La piel hirsuta como el tigre en celo
se contrae en espasmos de fiereza.
Siento en mi pecho que levanta el vuelo
mi pecado de amor, por tu belleza.

En el viento se ahonda mi latido.
Me parece que el viento te llamara.
Con el viento me acerco hasta tu oído:
mis labios lleva a acariciar tu cara.

¿No sientes cuando trémulo te nombra?
¿No se entra a tus entrañas si suspiras?
En él voy yo, como en la luz, la sombra,
hecho un solo clamor, cuando me miras.

Soy un punto, un minuto de la tierra
donde nací para ensanchar la vida.
En mi ansiedad atávica se encierra
una fuerza de luz desconocida.

Tú brillarás bajo el astral sosiego,
gloriosa, a mi contacto, en la espesura.
Confundidos los dos, un solo ruego
seremos, un lamento de locura.

Vámonos a vagar. La selva, muda,
se ha llenado de espanto a mi querella.
Si no te rindes a mi amor, desnuda,
para mis bodas raptaré una estrella.

Godofredo Lazcano COLODRERO.

La sustitución del caballo como elemento de gimnasia

La más noble conquista del hombre es, por ahora, el automóvil. Apenas se ve un jinete o una amazona por los paseos públicos. Nuestros o nuestras elegantes montan ahora un 5 CV., por lo menos. Pero si la moda ha olvidado a la equitación, no hay que deducir de ello que la equitación, como deporte, haya de olvidarse. El trabajo de la silla constituye, por el contrario, una gimnasia muy saludable, una verdadera mecanoterapia de los miembros inferiores y de los músculos abdominales. Es el adversario del vientre, ese espectro de la cuarentena.

Ahora bien: no todos podemos poseer una caballeriza, ni aun el más modesto trotón. Felizmente, el progreso ha inventado una silla de caballo eléctrica, que viene a substituir maravillosamente al caballo.

En la sala de gimnasia donde se instalen estos sillines puede cualquiera, por una modesta cuota, proporcionarse el lujo y la ilusión de un paseo a caballo. No tiene que hacer más que montarse y dar una, dos, tres vueltas a la manivela para poner el "caballo' al paso, al trote o al galope... sin riesgo de que salga por las orejas del animal por muy mal jinete que sea.

Lo que debe hacerse inmediatamente en caso de envenenamiento

Contra el sublimado corrosivo: leche en bastante cantidad, clara de huevo batida en agua, cocimiento de cebada.

Contra el arsénico: vomitivo (una buena cucharada de sal común en un vaso de agua tibia).

Contra el cloral y el éter: paños calientes, flagelación del tronco y de la cara con una servilleta mojada, sinapismos en las piernas, respiración artificial.

Contra el cardenillo y el yodo: tisana de cebada, cataplasmas de linaza sobre el vientre, vomitivo.

Contra el láudano, morfina y opio: vomitivo, duchas frías, lavados de café cargado, flagelación, respiración artificial.

Contra las setas venenosas: vomitivos, 20 gramos de aceite de ricino, calentar los pies y las piernas.

LA NAVIDAD DE JUANCITO

Por MIGUEL GALLUZZO

I

Por ser niño, Juancito era feliz. En sus ojazos azules que sombreaban las aterciopeladas pestañas, reflejábase la candidez innata de la infancia, abiertos inconmensurablemente ante el arcano de la existencia.

Juancito comía con sus padres alrededor de una mesa desvencijada, y estudiaba la cartilla por la noche al resplandor mortecino de una lámpara de luz oscilante. Tenía un solo par de botincitos, de suelas desgastadas y el cuero resquebrajado, como el cutis de un viejo, y su ropita añoraba, como su calzado, tiempos mejores.

Vivía en una habitación de un conventillo, hasta la cual el sol negábase a llegar. No tenía juguete alguno con que distraer sus ocios, y contentábase con corretear por el amplio patio del conventillo, en unión de los demás pequeños desarropados y sucios.

Pero Juancito era feliz, a pesar de todo. Era un capullo perfumado, a quien los cierzos no lograban marchitar. Además, tenía el regazo de su madre y las caricias del padre, tosco y bueno.

II

Acercábase Navidad. Todos aprestábanse a festejarla en la forma más en concordancia con sus medios.

A Juancito habíanle dicho que ese día era de regocijo para todos, porque nacía el hijo de Dios, y que en su casa, como en la de todos, habría fiesta celebrando el advenimiento.

Saltó y rió de alegría el pequeño, y corrió hacia su madre para confirmar tan fausta noticia.

—¿Verdad, mamita, que el día de Navidad comeremos dulces y masitas y que yo tendré juguetes?

La pobre mujer—¡oh, santa mártir, que en la miseria del conventillo lloras silenciosamente por los siglos de los siglos!—temió decir a su hijito la verdad, y su gesto de pesadumbre trocóse en una dulce sonrisa, y contestóle:

—Sí, Juancito, es verdad; pero tienes que ser bueno y querer mucho a Dios.

El niño estalló de alegría.

—¡Oh, sí, mamita! ¡Seré bueno, y todas las noches le rezaré a Dios para que esté contento de mí.—Y se alejó brincando, haciendo sonar sus botincitos desclavados.

En la puerta de la pieza quedó la madre con una mueca de dolor en los labios.

III

Aquel día regresó el padre de Juancito cariacontecido. Besó, con desaliento, a su hijo, y entró a la pieza. Un vaho de ropa vieja y humedad hirió su olfato. Se dejó caer pesadamente sobre una silla, que se quejó lastimeramente.

—¿Qué tienes? ¿Estás enfermo?

—No.

Un silencio embarazoso, precursor de sinsabores, sucedió a este cambio de palabras.

El obrero se pasó la mano por la frente, y dijo al fin:

—¡Me han rebajado el sueldo!

La mujer quedó alelada; fijos sus ojos en su marido, en una muda interrogación con una expresión mezcla de dolor y asombro.

—No hay trabajo—prosiguió él con sordo acento—y el patrón no se resigna a disminuír sus ganancias y apela al descuento de nuestros salarios.

—Y... ¿mucho?—preguntó ella tenuemente, como temerosa.

—¡El veinte por ciento!—contestó el obrero con rabia.

Ella no comprendió.

—¿Cuánto es eso?

El se impacientó.

—¡Nada, mujer, una bagatela! Que en vez de cobrar ciento veinte pesos, sólo percibiré cien.

La madre de Juancito quedó anonadada. En el patio los niños correteaban jugando a la mancha. La voz de su hijo sobresalía, llena de felicidad y regocijo.

En la habitación reinó un silencio de sepulcro.

IV

Y llegó la Navidad en un día esplendoroso, uno de esos días en que la naturaleza despliega sus más hermosas galas.

Cuando Juancito despertó, su primer pensamiento fué para la fiesta de aquel día.

La madre tenía los ojos irritados y profundas ojeras denunciaban su dolor. El padre se fué desde temprano, aunque no trabajaba, para no asistir a la desilusión de su hijo.

Transcurrió el día, y Juancito jugó como siempre con sus compañeros del conventillo.

Al atardecer notó que su padre no había regresado aún. Inquirió a su madre por él.

—Está trabajando, ya vendrá...

El niño olvidó su preocupación del momento.

—Y traerá los dulces, las masitas y los juguetes, ¿verdad, mamita?

La pobre mujer lo alzó en sus brazos y lo besó en la frente, conteniendo los sollozos, que pugnaban por destrozar su garganta.

Durante todo el día, estuvo Juancito levantando en su imaginación los eternos castillos de naipes de la infancia, que oscilan y caen al más tenue soplo. Su candidez de seis años, dió vuelo a su fantasía y vislumbraba ya los exquisitos manjares que su padre le traería por la noche, conjuntamente con los hermosos juguetes, cuando regresara de su trabajo. El había elevado a Dios sus preces todas las noches antes de entregarse al reposo, y seguro estaba de que ese señor le oiría, y dada su grandiosa benevolencia, le satisfacería sus deseos. Habíale pedido que le enviara por intermedio de su papaito, las más ricas golosinas y los juguetes más preciables, y lo hacía fervorosamente, poniendo toda su almita en las oraciones.

Y a medida que transcurrían las horas, crecía la alegría del pequeño; sus ansias de gustar lo no gustado acrecentábase, y la convicción de que su padre regresaría del trabajo cargado de obsequios para él, robustecíase con ese optimismo propio de la niñez, que fluye como desbordante manantial cristalino de lo profundo de las peñas, sin que enturbien sus aguas el cieno depositado en su curso.

.. ..

Llegó la hora de la cena.

La luz oscilante alumbró la mesa desvencijada. Sobre el hule manchado había sólo un mendrugo. Las sobras del almuerzo completaban la comida.

Juancito entró corriendo. Aquel espectáculo, a pesar de cotidiano, lo impresionó. Quedó en suspenso, mirando alternativamente a su madre y a la mesa.

El resplandor de la lámpara dibujaba en los muros sombras fantásticas.

La madre no pudo contenerse. Tomó con ímpetu entre sus brazos al niño, y recostando su cabecita en sus senos flácidos, rompió en llanto, que convulsionó su cuerpo descarnado por el hambre.

.. ..

¡Cuántos Juancitos que hay en el mundo!

DOLOR

Mi Dios: quiero reposo para este sueño largo
de fuego y de tormenta... ¿Cómo no ves, Señor?
Si te vistes de Sombras, en el camino amargo,
si te vuelves Silencio, ¿quién da fe del Amor?

Onduló entre mis flores la maldita serpiente...,
el alma en que confiaba, se plegó a la Traición.
La mano más querida, me latigueó la frente
y ¡escondiste tu rostro, mi Viernes de Pasión!

Todo se me hace sombras, el camino que un día
brotó un bosque de rosas, como una Anunciación
y ando sobre cenizas y vuela mi agonía
sobre las alas rojas de mi roja canción.

Mi Noche es como un campo de monstruos; como un valle
de nieblas, bajo el monte de la Desolación...
Y ¿es fuerza que sonría y es fuerza que me calle
y que florezca en lirios mi desesperación?

En tinieblas me acechan y en desconfianza muero.
¿Dónde busco reposo, si Tú sabes, Señor,
que la primera víbora que pisé en mi sendero
enturbió el agua limpia de mi fe en el Amor?

Me curva el Desencanto, pero la torre blanca
de mi Orgullo de raza, sobre el pantano alcé...
¡Rama que fué marchita, rama que el viento arranca!
Ya se queda sin hojas el árbol de mi Fe.

La angustia da sus flores negras, en este grito,
que es plegaria y es queja... Tengo por mi dolor
miedo de toda sombra, miedo de todo mito,
miedo a toda la Vida, menos a Ti, Señor.

Mírame que vacilo, rechazando los brazos
de todo ser humano, con un extraño horror
de descubrir serpientes, redes..., puñales..., lazos
y de aspirar venenos hasta en la misma flor.

Espíritu: lo mismo que una rama vencida
a tu Piedad me inclino. ¿Te llega mi clamor?
¡Que se calle la muerte, que se calle la Vida!
pero si Tú te callas..., adónde está el Amor?

No me vuelvas el rostro. En tus manos, ¿no he sido,
transparencia de fuente, simplicidad de flor,
un alma en Primavera y un corazón de nido?
La torre de mi Orgullo, sólo se abrió a tu Amor.

Vaso de todo elixir, llave de toda puerta,
lecho de mi fatiga, ritmo de mi canción.
Tú no te hagas Silencio; no te hagas niebla incierta.
Mi corazón te ha hablado... ¡Habla a mi corazón!

María Alicia DOMINGUEZ.

UN INVENTO MARAVILLOSO

Los periódicos londinenses se ocupan extensamente del maravilloso descubrimiento del joven ingeniero M. L. H. Pearson, establecido en Nottingham, el cual ha inventado un aparato extraordinario que abre a la mecánica horizontes desconocidos hasta ahora.

Dicho aparato transforma en ondas aéreas los sonidos de la voz humana, y estas ondas tienen un poder enorme.

Gracias a ellas se puede ordenar a un motor eléctrico que funcione o a una lámpara eléctrica que se encienda, y el motor y la lámpara obedecen en el acto.

En la apertura de la Exposición de Electricidad de Nottingham, Pearson hizo funcionar su aparato ante todos los invitados.

Provista de él, dirigióse a uno de los motores eléctricos allí instalados y dijo simplemente:

—En marcha.

Y el motor obedeció.

Luego se aproximó a una lámpara eléctrica de filamento metálico, apagada, y le dijo:

—Enciéndete.

Y la lámpara se encendió instantáneamente.

Los que presenciaron tan impresionante ensayo se quedaron estupefactos y aclamaron al joven ingeniero, el cual dice que su aparato es susceptible de muchos perfeccionamientos, y que en breve realizará nuevas y concluyentes experiencias.

También se ocupa la prensa inglesa que unos experimentos que han sido hechos en la noche del 9 de octubre pasado en la bahía de Heligoland, a bordo de un barco previamente preparado para el caso.

De dicho navío bajó un buzo a una profundidad de treinta metros, provisto de lámpara de gran potencia.

Tenía el encargo de describir y explicar por medio de un micrófono sus impresiones del fondo del mar. Así lo hizo, y sus palabras fueron transmitidas por cable a las estaciones emisoras radiotelefónicas de Hamburgo, de Bremen y de otras ciudades de la costa alemana. Centenares de miles de radioescuchas oyeron perfectamente las palabras del buzo, quien dijo, entre otras cosas, que los peces huían aterrorizados ante la deslumbradora luz que llevaba; pero que, sin embargo, un gigantesco cangrejo se arrojó sobre él con las pinzas abiertas y le dió un mal rato. El experimento duró más de una hora. También fueron oídas en Berlín las palabras del buzo.

LA ACTRIZ Y EL APACHE

Por PIERRE FRONDAIE

Una noche de invierno, encontrábame en un café parisién frecuentado por apaches. Era una clientela "selectísima" en traje de "soirée", pañuelos de seda roja, botines de charol, pantalones amplios. Pocos extranjeros, algunos curiosos. Yo, en un rincón.

De pronto, a mi derecha, un hombre me interpeló. Hacía rato que venía observándole. Vendría a tener cincuenta años, la barba mal cuidada, los ojos saltones, afilada la nariz, boca de sátiro.

Sonreía burlonamente. Era un tipo que atraía y repugnaba a la vez.

—¿Eh? ¿Te gusta? ¿Verdad que es linda? — me preguntó.

Y su dedo antropométrico señaló al periódico que yo tenía sobre la mesa. En la primera página estaba el último retrato de Antonia Barges, la célebre estrella de nuestro arte lírico. El día anterior había obtenido un nuevo triunfo y los críticos le rendían el homenaje de sus elogios. París entero le pertenecía durante cuarenta y ocho horas.

El hombre continuó:

—¡Y decir que la conozco desde hace diez años! La he visto muy de cerca... Y no la podré olvidar nunca. Como que a ella le debo una temporadita de seis meses allá abajo... Pero no la quiero mal... Es una mujer inteligente y valerosa... Y si no, escucha:

—En aquella época me dedicaba exclusivamente al robo... No desperdiciaba una ocasión..., pero hacía las cosas bien, sobre seguro... Nada de sangre... Tres o cuatro veces tuve que cambiar de sistema. Pero, en fin, esto no tiene importancia.

El hombre me miraba. Noté en sus ojos que decía la verdad...

—Hace diez años tenía mi campo de operaciones en Montmartre. Allí siempre se presentaban buenos golpes que dar. Entre nueve de la noche y dos de la madrugada, casi todas las casas están solas. No hablo de las casas de los burgueses, sino de las otras: de las de noctámbulos y de artistas. Y había fijado mi atención en un departamento de un piso quinto, cuyas ventanas daban a la calle Pigalle. Vivía allí una mujer sola: Antonia Barges, que entonces era casi desconocida y trabajaba en un teatro de barriada. Aunque no ganaría mucho sueldo, iba siempre adornada con joyas...

¡Ah! — pensaba yo al ver relucir sus brillantes. — Esas piedrecillas van a ser para mí...

Una noche aproveché un descuido del portero y subí hasta el departamento. Un golpe de ganzúa y adentro. No había allí gran cosa que llevar. Vestidos, sombreros... ¿Qué iba a hacer? Yo había ido en busca de diamantes y éstos la artista los llevaba siempre encima.

Conocía muy bien sus costumbres. Todas las noches, en cuanto terminaba el espectáculo, se dirigía a su casa. Nadie la acompañaba. A la una de la madrugada estaba ya durmiendo. Decidí, pues, ocultarme hasta que ella llegara. Esperaría su primer sueño... Si no despertaba, mejor para mí... Si sucedía lo contrario, hablaríamos; y en caso que se pusiese imbécil... entonces, ¡peor para ella!...

El narrador hizo una pausa. Sin duda, quería observar el efecto que me producía su relato. Yo continué impasible y esto le decidió a continuar.

—Me oculté detrás de un "portier". Oí cerrar la puerta de la calle, después un pasito menudo en la escalera, luego el chirriar de la cerradura. Una sombra. Crujió un fósforo al encenderse y la habitación quedó tenuemente iluminada. Antonia se hallaba ante la chimenea, entre el "portier" y el espejo. Entreabriendo un poquito el "portier", vi a la actriz, primero de espalda, luego de frente, reflejada sobre el espejo. Parecía muy tranquila. De pronto, su mano, que sostenía el fósforo encendido, tembló en el momento de encender la lámpara. La habitación volvió a quedar a obscuras. Antonia habló.

—¡Ah!... ¡Mi último fósforo! ¿Ahora cómo enciendo la luz? Vaya, voy a tener que bajar a la portería... ¡Qué fastidio!...

Su voz indicaba contrariedad.

Yo no pude menos de sonreír ante la sorpresa que preparaba a la joven. Oí que atravesaba la habitación, tranquila, sin apresuramiento.

¡Bueno! — pensé, — dentro de cinco minutos habrá vuelto. Entonces me presentaré yo.

A la débil luz del fósforo, había visto los dedos de la actriz llenos de brillantes. Su hermoso collar lo vi también reflejado en el espejo... Ya estaba yo haciendo cuentas de lo que podrían valerme todas aquellas joyas.

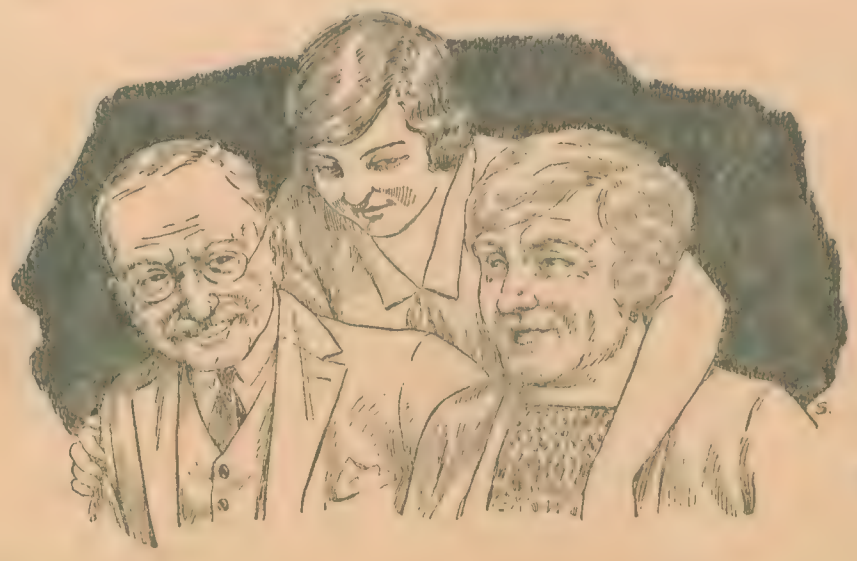
Ruido de la puerta al abrirse. Pasos precipitados en la escalera. ¿Quién ha entrado en el departamento?... ¡Ah, esa pícara de Antonia Barges con dos agentes de policía!... No tuve tiempo ni de respirar... ¡Vaya una muchachita aquella!... ¿Querrás creer que cuando iba a encender la lámpara había visto la punta de mis botines asomando por debajo del "portier"?.. Por eso su mano vaciló... Otra mujer hubiera palidecido, vuelto la cara, hubiese gritado... ¡Ella, no! ¡Impasible!... Tuvo ánimos para apagar el fósforo y hablar sin que su voz temblara... ¡Qué sangre fría! ¡Qué ingenio!... Total, seis meses de cárcel por estúpido... Pero no importa. No le tengo rencor... Tan es así, que, al salir del presidio, fuí al teatro y la aplaudí como un loco... ¡Bah! ¡Cosas de la vida!, como dijo el otro.

El hombre se calló, recobrando su sonrisa inquietante.

No estuve tranquilo hasta que le vi levantarse y, llevándose la mano al borde de su gorra, dijo:

—¡Hasta uno de estos días! Disculpa si me voy. Tengo un negocio para esta noche... ¡Ah! Si hablas con mi amiga — ya sabes, con Antonia Barges, — dale este recuerdo de mi parte.

Y arrojando sobre la mesa una caja de fósforos, salió contoneándose...



Vele por sus padres

Prodígueles el cuidado que su salud exige, pues en la ancianidad el organismo no asimila bien los alimentos y digiere con dificultad, predisponiéndolos, en consecuencia, a caer en un estado deprimente de debilidad.

Para mantener a los ancianos fuertes y animosos es indispensable procurarles una alimentación de altos valores nutritivos y de muy fácil digestión. Y estas dos valiosas características distinguen a la Malta Palermo, el reconstituyente natural, cuyos beneficios son tan sensibles en estas circunstancias, que ya no constituyen una revelación para nadie.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — Buenos Aires

Malta PALERMO

El ídolo de las bañistas

La inalterable juventud de la señorita Rockaway

En la playa norteamericana de Rockaway, frecuentadísimo balneario del Estado de Nueva York, se extiende sobre la arena una escultura de enormes proporciones. Es de piedra, y representa una figura de mujer yacente, en decúbito prono. Para que la estatua sea más fiel trasunto de realidad, tiene pintados los cabellos, las cejas, los labios, el iris, y simuladas las pestañas. Es la señorita Rockaway, apellidada así del nombre de la localidad, y está dedicada a las bellas bañistas, la buena hada de éstas, como si dijéramos, que, embelesada, las contempla mientras se dejan acariciar por las ondas suaves y vela por ellas cuando se aventuran entre las encrespadas olas.

En cambio, sus gentiles protegidas, cuando salen del baño, trepan ágiles por los miembros gigantescos de la señorita Rockaway, trepan al dorso de extraordinarias dimensiones, ganan los hombros y, con el auxilio de cuerdas enlazadas por un extremo a cualquier saliente de la pétrea cabellera, o por una escalera de mano apoyada en la amplia frente, se encaraman a la cabeza. Provistas de cubos de agua y de botes de pintura, lavan y retocan a diario al hada protectora. Mientras una de las bañistas, de pie, sobre uno de los enormes dedos de la estatua, le colorea los labios, otra, con cepillos de largos mangos, y empapados en agua, frotan el desmesurado cuerpo, y algunas proyectan el conveniente clarobscuro en la cabeza de la señorita Rockaway, para perfeccionar su tocado o prestarle distinta apariencia de la que ofrecía antes.

Llegado el invierno, la mimada escultura se ve en completo abandono, y sobre su cuerpo el viento deposita la arena, extendida luego en manchas por la lluvia, que a la vez decolora los cabellos, las cejas, las pupilas, los labios.

Hasta que, de nuevo, en la época estival retornan las gentiles bañistas y se apresuran a renovar sus solícitos cuidados hacia la escultura, que recobra su esplendor de un año antes y vuelve a ostentar su inalterable aspecto de juventud.

Cómo fabricaban el vino los antiguos

Los griegos y los romanos gustaban mucho del vino dulce. Para que no fermentase completamente, se sometía el vino que se quería conservar en este estado a una temperatura baja, sumergiendo el tonel en agua fría. El vino dulce se fabricaba también en la provincia narbonense, cuyos habitantes eran, según Plinio, muy hábiles en el arte de fabricar vinos.

Cuando se quería obtener un buen vino, se tenía cuidado de retorcer los pedúnculos de los racimos antes de su completa madurez y se los dejaba en este estado durante mucho tiempo antes de vendimiarlos.

Para hacer el vino llamado "dinchyton" se ponían los racimos a secar al sol durante siete días, y el octavo se prensaban.

Para hacer el vino de Cos se cogían los racimos un poco antes de madurar, se secaban al sol, y al cuarto día se exprimían y se dejaba fermentar el jugo, añadiéndose buena cantidad de agua de mar.

El famoso vino de Falerno tenía tanto alcohol, que se inflamaba al contacto del fuego. Para endulzarlo se le mezclaba miel de Himeto.

Los "gourmets" de Roma gustaban que sus vinos tuviesen un sabor de terebinto, y, para dárselo, en el momento de la fermentación, les añadían resina de pino.

¿En qué consiste el lanzamiento del disco?

El lanzamiento del disco es un ejercicio que exige cierta fuerza muscular, pero también una gran agilidad. El disco es una especie de lenteja de madera con rebordes de hierro, que mide 22 centímetros de diámetro y 4 centímetros de espesor en el centro, donde ofrece una cavidad destinada a contener el plomo necesario para que alcance el peso reglamentario de dos kilogramos.

El atleta se halla dentro de un círculo de dos metros y medio de diámetro, de donde no debe salir antes de que el disco haya tocado el suelo. Su acción consiste en colocarse el disco, de plano, sobre la mano derecha, abiertos los dedos. Hecho esto, pone el pie izquierdo 30 ó 40 centímetros delante del derecho. De la punta del pie izquierdo es de donde parte el ímpetu, balanceando el cuerpo. Este balanceo prepara, en efecto, el movimiento que hará que la pierna derecha pase delante de la otra, sosteniéndose el atleta en este movimiento sobre la punta del izquierdo. Al propio tiempo que se hace este avance de la pierna derecha, se arroja el disco, con el brazo tendido y el torso inclinado, hacia adelante.

Movimiento difícil y que exige un paciente entrenamiento.

Los bomberos estadounidenses

Uno de los servicios mejor montados en los Estados Unidos y del que los yanquis se muestran, con razón orgullosos, es el de incendios. Como en la América del Norte todo es grande, hasta en los incendios lo son, y también alardean los sobrinos del Tío Sam, de que cuando en su país arde algo, no hay fuego en Europa que se le pueda comparar.

Naturalmente, como lógica consecuencia, si los incendios son allí enormes, enormemente bien montado tiene que estar el servicio destinado para extinguirlos, y así es, en efecto.

Para que los bomberos no pierdan la costumbre, cuando han pasado unos días sin que hayan tenido necesidad de desplegar sus actividades, suenan de repente las cornetas, campanas, timbres y pitos de alarma, y las brigadas de bomberos de mar y tierra acuden presurosos al lugar de llamada y se ponen a maniobrar para apagar el fuego simulado.

Dientes blancos y limpios

El cuidado de los dientes, ha tomado gran importancia en nuestra época; antaño cuidarse los dientes era algo más bien reservado al sexo débil, pero hoy, como es una medida higiénica tan saludable, se pueden contar con los dedos los que no se limpian diariamente la dentadura, tanto hombres como mujeres, pues no sólo es cuestión de higiene sino también de coquetería. ¿Hay acaso algo más feo que dientes sucios y negros?

Ahora bien, ¿con qué limpiarlos?

Las aguas dentífricas tienen un pequeño poder antiséptico, pero no limpian.

Las pastas dentífricas dan la ilusión de que limpian; las que contienen jabón disuelven las grasas, pero lo que está pegado a los dientes, el sarro, sale en muy pequeña cantidad y sólo por la acción del cepillo.

Para limpiar verdaderamente, sólo existen los **Polvos dentífricos** y solamente algunos, pues hay muchos que son nocivos. Los buenos que compre Vd. en cajitas le cuestan muy caro, pues una caja que contiene de 20 a 30 gramos vale arriba de $ 1.—.

Nosotros fabricamos un rico

POLVO DENTÍFRICO ROSADO

según una fórmula que venimos perfeccionando desde hace años. Es lo mejor que hemos encontrado para limpiar bien los dientes sin estropearlos; son sumamente agradables al gusto y los vendemos sin lujo en bolsas de papel

de **1/4 kilo $ 2.40** — de **1/8 kilo $ 1.40**

Con cada paquete regalamos una cajita para usarlos. Con muy poco gasto puede pues Vd. tener los dientes blancos con el Polvo dentífrico de la

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida — **Buenos Aires**

El fallecimiento del estadista español don Antonio Maura y Montaner

Con la muerte del ex presidente del consejo de ministros de España, don Antonio Maura, acaba de desaparecer, del escenario político de la madre patria, una de las más prestigiosas figuras de los últimos tiempos. — A la izquierda: el ilustre hombre público, depositando su voto en una mesa electoral de Madrid, durante unas elecciones de diputados a Cortes. — A la derecha: uno de los más parecidos retratos del extinto.

FIESTA INFANTIL

Con motivo de recibir su primera comunión, las niñitas de Noriega y Arana, ofrecieron a un núcleo de sus amiguitas una animada fiesta que se efectuó en la residencia particular del señor José Víctor Noriega. — Una vista de los concurrentes al acto

Colación de grados en el Instituto Nacional del Profesorado

El ministro de Instrucción Pública, doctor Sagarna, pronunciando su discurso durante el acto de la colación de grados en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario. — Con esta ceremonia se conmemoró, al mismo tiempo, el vigésimo primer aniversario de la fundación del mencionado establecimiento docente.

Vista parcial del salón de actos del Instituto Nacional del Profesorado Secundario, mientras se efectuaba la entrega de sus diplomas a los alumnos graduados en los años 1923 y 1924.

Asamblea y conferencia pro mejoras urbanas en Villa Luro

Auspiciadas por el Comité Pro Abonados y por la Asociación Vecinal de Liniers, realizóse una asamblea y conferencia entre los vecinos de Villa Luro con el fin de solicitar de las autoridades el desagüe de sus zonas inundables. Durante el acto hicieron uso de la palabra los señores Luciano Schilling y Juan B. Farnolo, delegados de la Confederación de las Sociedades de Fomento de la Capital Federal. Una vista parcial del público escuchando los discursos.

VILLA DEVOTO SOCIAL Y URBANO

Casa de estilo colonial, propiedad del capitán don José Cermesoni, situada en la avenida Tres Cruces, 3602.

Señorita Edrei Francis.

"Bungalow" del señor Julio Guichet, en la avenida Nacional, número 3606.

Señorita Leoni Cora Péndola.

Chalet propiedad del señor Pedro Sitjau, situado en la calle Gutenberg numero 3793.

Señorita Florcita Moscarda

Uno de los bonitos chalets del barrio inglés, situado en la calle Navarro. 4401

Otra de las casitas del barrio inglés, en la calle Nueva York. 4594, propiedad del señor Guillermo J. Hubscher.

Señoritas Matilde y Maruja Villalobos

SPORTIVO DE ALMAGRO v. LIBERAL ARGENTINO

El team de Sportivo de Almagro, que alcanzó la victoria en el partido jugado contra Liberal Argentino, por 2 a 1 goals.

Después del segundo goal, o sea el del triunfo, el jugador de Sportivo de Almagro, recibe en el santo suelo, las felicitaciones de los colegas.

Un aspecto de la tribuna popular en el field de Sportivo de Almagro, lugar donde se realizó el match.

Una incidencia del juego.

Equipo de Liberal Argentino, vencido por Sportivo de Almagro

Fots. Giraz

LA PAGINA HUMORISTICA

—Y si no te gusta, ¿por qué tienes tanto afán por casarte?
—Porque mis padres no quieren que me corte la melena.

—Tu marido se conserva muy bien...
—¡No me hables! Me ha hecho una canallada que no tiene nombre... ¡Ha ido a ver al doctor Voronoff!

—¡Claudio, no se debe introducir el dedo índice en la nariz!
—¿Cuál es entonces el dedo que se debe emplear?

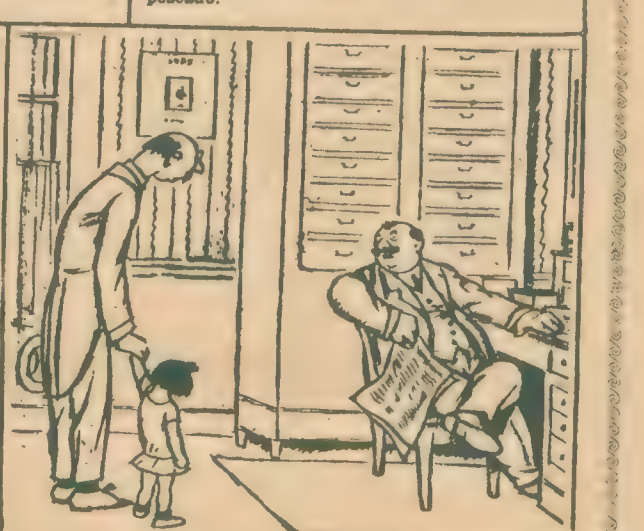
—¿Tiene usted abuela?
—No, señor.
—Entonces queda usted admitido. Al que estaba en el puesto de usted, se le murieron cuatro abuelas en un mes...

La niña a la mamá.—¿No te parece que sería mejor levantar la capota para que el viento no te moleste?...

—¡Pero, desgraciado! ¿Quería usted matarse metiéndose en el agua después de comer?
—No hay peligro, señor. Sólo he comido pescado.

—Me prometiste tomar una copa de champagne y volver a las diez...
—Entendiste mal. Te dije que tomaría diez copas y volvería a la una...

Una.—No he visto gente peor educada que los jueces.
Otra.—¿Por qué?
Una.—Lo primero que le preguntan a una, es la edad...



—Señor comisario. Acabo de encontrar en la calle a este niño...
—Bueno, déjelo y si dentro de un año y un día no lo reclama nadie, le pertenecerá.

Celos horribles.

La esposa (con ademán resuelto). —¡Quiero ver esta carta!
El marido.—¿Qué carta?
La esposa.—Esa que acabas de abrir; bien veo que es letra de mujer, y que al leerla te has puesto pálido, ¡dámela, te digo!
El marido.—Pues aquí la tienes: es la cuenta de la modista.

Ingenuidad.

El viejo.—Di, monina, ¿tienes papás?
La niña.—Sí, señor; y abuelito también.
El viejo.—Será ya muy viejo, ¿verdad?
La niña.—No sé... Pero hace mucho tiempo que le tenemos en casa.

Un músico ambulante toca el violín por la calle.
Un vigilante le interrumpe, y le dice:
—¿Tiene usted permiso?
—No, señor.
—Pues, entonces, acompáñeme usted.
—Con mucho gusto. ¿Qué va usted a cantar?

En clase.

Profesor.—¿Qué comprende usted por capital y trabajo?
Alumno.—Lo que mi padre le paga a usted por mi enseñanza, es el capital.
Profesor.—Muy bien; ¿y el trabajo?
Alumno.—El que se toma usted en suspenderme de clase todos los días.

Por el mundo de la infancia y de la instrucción pública. — La edificación escolar

Hace cuatro años se trataba de obsequiar—en Paraná—con un histórico edificio a determinada institución particular. Nos opusimos. Acabábamos de recorrer la campaña de Entre Ríos. Habíamos observado en que ínfima categoría de predios funcionaba la mayor parte de las escuelas nacionales y no pocas de aquella provincia, en algunas de las cuales sólo era factible entrar usando botas, pues el piso de barro así lo requería. Desde la tribuna—levantada en la plaza pública—hemos hablado al respecto por designación de los estudiantes. No cabía tolerar la idea de regalar edificios del Estado a corporaciones privadas cuando se carecía de locales adecuados para la enseñanza primaria y para vivienda del maestro. La tentativa despilfarradora no prosperó, aunque ya contaba con la aprobación del senado. Nuestros lectores—examinando el aspecto de una de esas escuelas—pueden comprender la razón que nos asistía. De norte a sur y de este a oeste se repite el ejemplo de las pobres casas destinadas a la educación de la infancia.

Por eso es de admirar la tesonera labor del profesor Andrés C. Campero, inspector de escuelas de la nación e impulsor de las nuevas e indispensables construcciones. Su tarea es ardua, perseverante, única. Le hemos acompañado en ocasiones. Empleando indistintamente el ferrocarril, el automóvil, el coche, la diligencia, la mula o el caballo, el señor Campero recorre—año tras año y palmo a palmo—la tierra en que nació y que tanto ama. Luego, en comunicaciones a la superioridad, en conferencias desde improvisadas tribunas y en trabajos en y con la prensa—y en las reuniones de los vecindarios que visita—alza cálida y documentadamente su voz, reclamando edificios escolares y demostrando, con argumentos sólidos y cifras de elocuencia innegable, cómo se alcanza a convertir en realidades cercanas sus anhelos de que esos edificios vayan pronto diseminándose por el país, donde él ha visto—como hemos visto nosotros—tantas escuelas instaladas en miserables casuchas por el estilo de que informan tres de los grabados que publicamos utilizando fotografías sacadas por el profesor Campero. El último de sus llamamientos lo realizó bajo los auspicios de la Liga Nacional de Educación, que preside acertadamente el doctor Carlos Vega Belgrano. Un público numeroso y entusiasta oyó la conferencia del ciudadano modesto, que lleva a cabo verdadero apostolado, digno de la causa a que lo consagra.

Escuela número 22. La Lata (Entre Ríos). — Salón para clase y vivienda para la maestra.

Escuela número 33. Puerto San Martín (Santa Fe). — Local destinado a clases; y, al fondo, la vivienda para el maestro.

Escuela número 192. La Florida (La Rioja). — (1) Salón para clase. (2) Pieza para vivienda de la maestra.

Escuela nacional número 224. Chovet (Santa Fe). — Frente del edificio construído por exclusiva cuenta del señor Alberto Chovet y donado al Consejo Nacional de Educación. Obra hecha de acuerdo con el proyecto Campero.

Posee médula esa conferencia. Según ella, no es apropiado el noventa y ocho por ciento de los edificios destinados a las escuelas creadas y organizadas en consonancia con la ley 4.874. El maestro bueno, incorruptible, alejado del fárrago caudillesco—sea cual fuere la denominación del caudillo—lleva una vida de tribulaciones. Y menudean contra él las denuncias del encargado escolar, del comisario de policía y del propietario de la casa. "Tirios y troyanos quieren disponer del maestro como de cosa suya", exclama el profesor Campero. Si consiguen dominarlo, se hacen lenguas del educador y le disculpan los defectos que tuviere. Pues bien:—colocad al meritorio preceptor en locales como los actualmente alquilados. Le falta base para la defensa de la escuela y de sí mismo. Todo es allí inadecuado e insuficiente, hasta para la seguridad y para la conservación del mobiliario; por cuyo motivo el maestro vése compelido, si tiene familia, a tener su vivienda fuera y no siempre a corta distancia del establecimiento docente, originándose mil trastornos en el regular funcionamiento de las clases. Y hoy no vale evocar—para consuelo y disculpa—a los heroicos grandes maestros que se conformaban con disponer del amparo del árbol para dictar sus lecciones. Cuando otras dependencias del Estado que revisten menor importancia—muchas de esas dependencias inútiles o perjudiciales—encuéntranse superfluamente instaladas, parece sarcástico que los predios escolares expresen la menor cantidad del interés social, del respeto humano, de las consideraciones debidas al instructor y a sus discípulos. Las escuelas han de ser desterradas de la barraca y de la caballeriza, como los castigos corporales ya lo han sido por fortuna de las aulas. La higiene y la pedagogía en íntimo consorcio imponen que—en las escuelas y en torno de ellas—haya luz a torrentes, alegría sana, limpieza estimuladora, amplitud, aire no viciado—que permita respirar a pleno pulmón—y signos de belleza que instintivamente impulsen al cultivo y al fomento del arte, dicho sea con prescindencia de la deslichada sonrisa que acaso inspiren nuestros vocablos y conceptos a quienes en los hipódromos invierten fuertes sumas.

"Locales existen, ocupados por escuelas, que son sitios de tortura para los educandos y para los maestros, representando focos perennes de miseria, de crueldad y de sufrimiento", afirma el inspector Campero; y pregunta: ¿qué producirán? He ahí un interrogante para los funcionarios escolares de alta jerarquía tan perdidos en las sinuosidades mecánicas y rutinarias de los menesteres burocráticos y para quienes carece de importancia la colaboración que profesionales del magisterio, de la prensa y del libro prestan a la obra de la instrucción pública, sacando de su inercia a los perezosos mentales y distrayendo de sus complacencias a los protectores de los contratistas de cierta edificación que constituye un atentado al buen gusto, a la técnica, a la acción escolar y hasta a la educación moral. Los niños están en locales de tal naturaleza sujetos a un régimen inferior al principio constitucional que garantiza a los supuestos delincuentes, y a los delincuentes mismos, que "las cárceles serán sanas y limpias, para seguridad y no para castigo de los detenidos en ellas". Cuando el maestro enseña este y otros preceptos de la educación cívica, ¿qué comentario mental formulará pensando que su habitación—si es que ocupa la anexa a la escuela—inviste simultáneamente la condición de sala, comedor, dormitorio, despensa y escritorio?—Para corregir tanto mal, y confiado en la ayuda del Consejo Nacional de Educación, contando con la

Interior, galerías y patio del citado establecimiento docente, cuya inauguración oficial se efectuó el 18 de julio de este año.

[illegible] vecindarios, te- [illegible] de subvenciones [illegible] Campero una razonable tabla de contribuciones. Así—escribe—si un vecindario, ansioso de dotar de edificio propio a su escuela reune con tal objeto [illegible] ochocientos cincuenta y siete pesos, corresponde al Consejo Nacional de Educación aportar la cantidad de cuatro mil doscientos ochenta y cinco pesos con cincuenta centavos, lo que arrojaría un total de [illegible] con cincuenta. Naturalmente que a ma- [illegible] el concurso mencionado.

El Consejo Nacional de Educación ha ejecutado directamente, en los últimos años, las siguientes construcciones de cuatro aulas y domicilio del director: una en San Martín de las Escobas (Santa Fe), que costó setenta y un mil cuarenta y cinco pesos y cuarenta y seis centavos; otra, en Quirquinchos, invirtiendo sesenta y seis mil cuatrocientos tres pesos con treinta y cuatro centavos; una en [illegible] por sesenta [illegible] veinta [illegible] pesos [illegible] una, en [illegible] que importó [illegible] y otra en María Grande [illegible] setenta mil tres- [illegible] pesos con cincuenta y cuatro centavos. El total de lo invertido en la construcción de esos cinco edificios acusa un promedio de pesos sesenta y siete mil ciento cuarenta y seis con cuarenta y nueve centavos. Si el Consejo [illegible] el proyecto Campero [illegible] cuatro edificios de [illegible] aulas [illegible] tos setenta y tres de tres, doscientos seis de cuatro, ciento cuarenta y siete de cinco y treinta y [illegible] de seis (en [illegible] del novecientos treinta y [illegible] necesitaría disponer alrededor de [illegible] *millones*, y, de hacer un edificio cada mes, precisaría doscientos cuarenta y cuatro años! Desde luego se pensaría en un empréstito. Y el señor Campero, rechazando "ipso facto" esta última idea, presenta los planos de sus edificios escolares y asevera que las construcciones se harían rápida y des-

Escuela nacional número 31, Rufino (Santa Fe). - Frente y costado izquierdo del edificio. En primer término: los miembros que integran la comisión pro edificio escuela nacional: señores Nicéforo L. Sosa, presidente; Juan A. Mazzanare, vicepresidente; Horacio S. Lascano, secretario; Marcos Ortiz, prosecretario; Antonio F. Cané, tesorero; J. Santiago Sosa, protesorero; Julio Borda y Pedro Crotti, vocales; Luis R. Herrera, secretario de actas; Angel Bulgheroni y Emilio Tutera, asesores.

Profesor Andrés C. Campero, que se ha dedicado y dedica, con loable espeño, a resolver el problema de la edificación escolar en campaña.

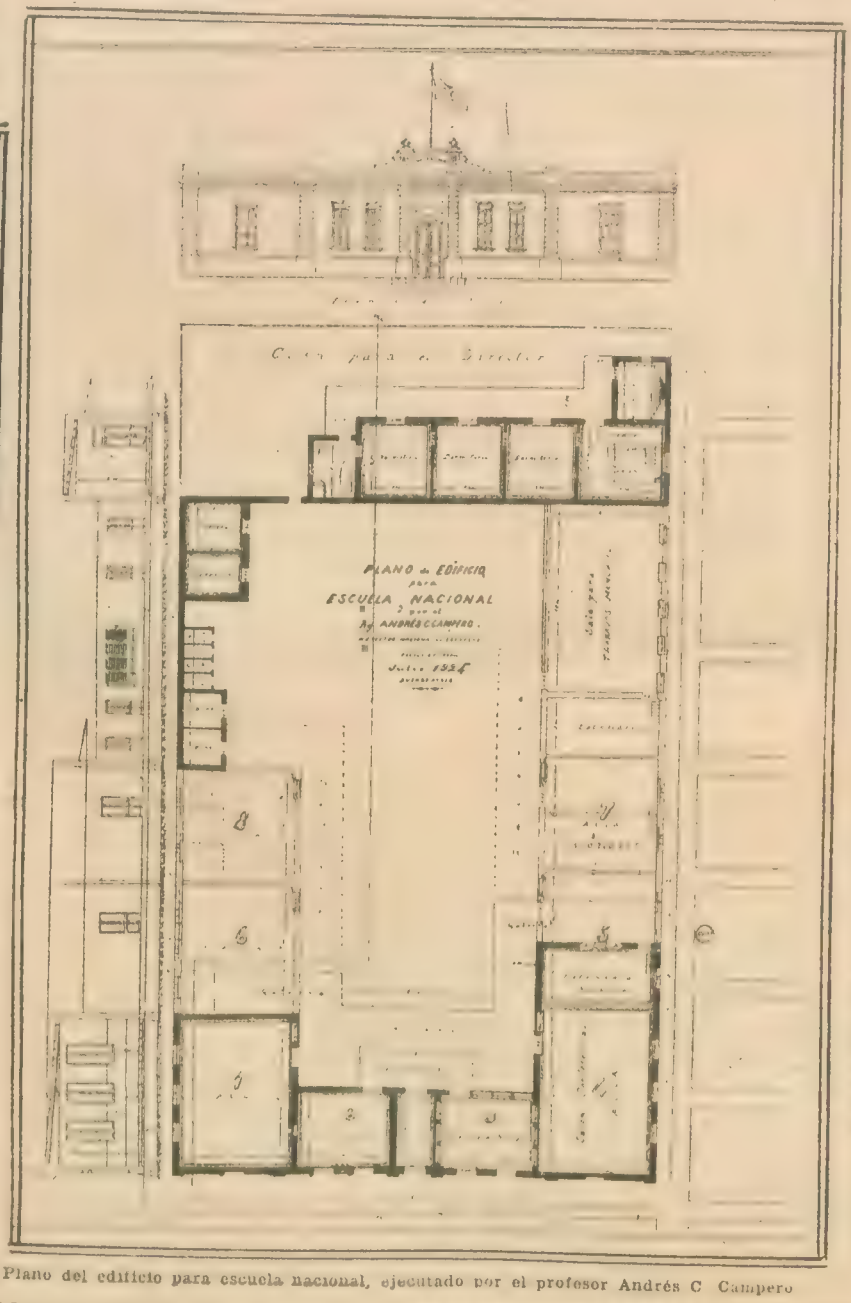
ahogadamente, bastando para ello: A) Que fuera restituida la partida de dos millones de pesos incluida a ese objeto en el presupuesto nacional durante los primeros años de creación de las escuelas Láinez y que ha quedado reducida en la actualidad a ciento treinta mil pesos. B) Que se agregase a la citada partida la de un millón doscientos mil pesos anuales aplicada al pago de alquileres. C) Que se aceptase y estimulara la cooperación de los vecindarios, que tan excelentes pruebas han dado de su inmejorable voluntad. Opina el inspector Campero que—con semejantes elementos—se tendrían, en el término de diez años, las dos mil novecientas treinta y dos escuelas instaladas en local propio, higiénico y confortable, con evidente beneficio para todos, como lo demuestran rotundamente las ventajas de las construcciones que se vienen realizando, algunas de las cuales se hallan terminadas otras para serlo y el conjunto ejecutado en el transcurso de pocos meses.

Sencillo y práctico el tipo del edificio escolar creado por el señor Campero, confiarle la vigilancia y superintendencia de la construcción—de acuerdo con él—a comisiones cuyos miembros gozan del mayor prestigio en sus respectivos centros. Los fondos, por otra parte, serían entregados por las mencionadas secciones

les—en cuotas, previa rendición de cuentas de lo gastado. En algunos vecindarios ha sido igual el [illegible] al del Consejo Nacional de Educación. No han [illegible] Cecilia Grierson y los señores Alberto Llovet y Pedro J. Torres—que han pagado la totalidad de los gastos irrogados por la construcción de [illegible] de los edificios escolares que han [illegible] generosamente. Las veintidós construcciones en marcha con arreglo al plan Campero se hallan situadas en cada uno de los siguientes núcleos de población: Lanús [illegible] en la provincia de Buenos Aires; [illegible] Villa Lila, de Entre Ríos; Colonia Porvenir e Isla de San Mateo, en Corrientes; Rufino, San Genario, Colonia [illegible] Arturo Weldermann y Puerto San Martín, en la provincia de Santa Fe; General Levalle, Isla Verde y Balnearia, en Córdoba; La Quiaca y Río Colorado, en Jujuy. [illegible] por escuela se reduce, en [illegible] fondos, a once mil pesos.

[illegible] quinientos del plan. Se [illegible] por [illegible] costo [illegible] impide que el [illegible], a pesar de su sencillez, pueda convertirse en obra grandiosa y trascendental, merced a oportunos y progresivos detalles. El inspector Campero se entusiasma hablando de las atinadas y profundas reflexiones que ha oído a los componentes de las comisiones vecinales; entonaba al cariño que esas comisiones y los vecindarios demuestran, afortunadamente, por la escuela: se muestra ufano de la manera decidida con que allanan dificultades, salvan obstáculos, derriban vallas de aspecto infranqueable. De su personal labor nada dice. Pero nosotros no nos cansaremos de aplaudir al hombre [illegible] por el correnciante. El nuevo Consejo Nacional de Educación tiene sobre sí las miradas del país. No ha sido muy feliz—si se exceptúan la opinión y el voto de la doctora Eloisa Rawson de Dellepiane—en su criterio acerca de la antipática e inhumana supresión de las colonias de vacaciones, que la comisión parlamentaria de presupuesto rectificó por fortuna. Pero se ha manifestado favorable al mejoramiento de la casa-escuela de campaña. El señor Campero así nos lo hizo saber, y nos ha comunicado que el Consejo ha propuesto, con ese fin, una partida de quinientos mil pesos. Si logra tal partida el consenso de las cámaras y se agrega a ella los ciento treinta mil antes mencionados, poseeremos la satisfacción de saber que a fin del año venidero las escuelas de la [illegible] contarán [illegible] de la en- [illegible] cómo [illegible] la [illegible] pesos. Y si se [illegible] que [illegible] las deberías a [illegible] la [illegible] que no siempre demuestran tener [illegible] no tienen [illegible] y ocupan posiciones [illegible] que [illegible] al ilustrado y tesonero inspector de escuelas nacionales que—con ánimo jamás decaído—ha luchado y lucha sin que contrariedades ni desengaños hayan logrado que aminore un ápice del amor y de la consagración con que desempeña su cargo.

ANDRÉS VÁZQUEZ GÓMEZ.



Plano del edificio para escuela nacional, ejecutado por el profesor Andrés C. Campero

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS

Un pasaje del drama "Luchó bravamente", interpretado por Clara Bow, Raymond Mackee, Margueritte Courtot y otros artistas, que la Corporación distribuye desde el sábado último.

Escena de "La carrera de las antorchas", cinedrama interpretado por Germaine Dermoz, Valabert Lorsyne y Harry Kremier, que Max Glücksmann estrenará el próximo viernes.

Un cuadro de "La llamada del amor", cinedrama interpretado por Huntley Gordon, Ruth Clifford, William Lewis, Louise Fazenda y John Roche, que la New York Film estrenará el sábado venidero.

Elaine Hamerstein y Robert Cain, en una escena de "Nuestras esposas", cinecomedia social que la Fox Film estrenará pasado mañana

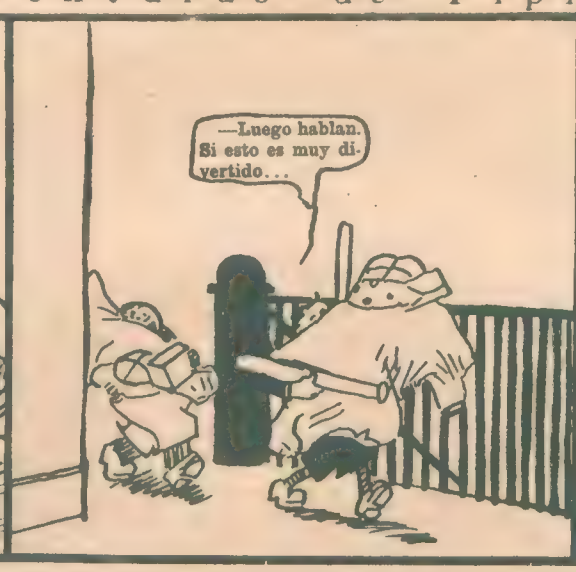
Escena de "Hombres y bestias", cinedrama que interpretan Madge Bellamy, Cullen Landis, Noah Beery y Vola Valé, que la General estrenará el próximo domingo

Pasaje del cinedrama "El caballo de raza", que interpretan Gladys Hulette y Carter de Haven, que Max Glücksmann presentará mañana miércoles.

Jack Dempsey y su esposa Estelle Taylor, en una escena del cinedrama "Las locura neoyorquinas", que la General dará a conocer el viernes venidero

PAGINA INFANTIL

Aventuras de Pipirí



UNION IBERO-ARGENTINA ARTE FILM

Vista parcial de los concurrentes que asistieron al baile organizado por la Unión Ibero Argentina Arte Film y llevado a efecto en el salón Augusteo.

EN SAN ANDRES (F. C. C. A.)

Algunas de las personas que asistieron a la recepción ofrecida en su chalet de San Andrés, por el señor Angel C. Junor y su esposa, celebrando una fecha íntima.

FIESTAS AL AIRE LIBRE

Familias que tomaron parte en el pic nic organizado por la sociedad Unión Cultural de Villamarín y realizado en las playas de San Isidro.

NECROLOGIA

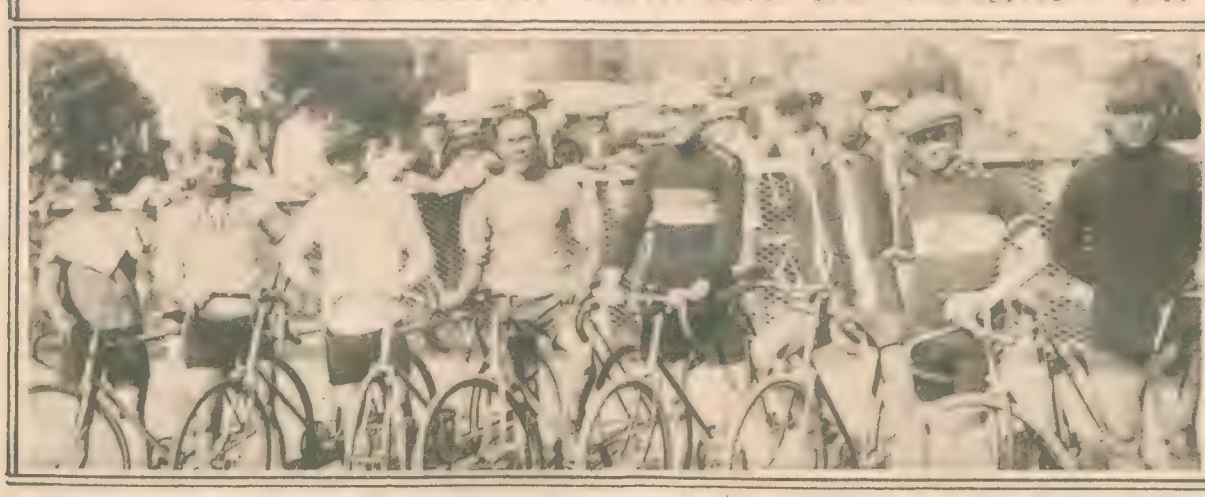
Señora María Zambonini de Griffin virtuosa dama recientemente fallecida en La Plata. La muerte de la señora de Griffin, hondamente lamentada en la sociedad platense, dió motivo a una sentida manifestación de condolencia, puesta de relieve en el acto del sepelio.

Teniente coronel Fructuoso S. Cabrera, distinguido jefe de nuestro ejército, cuyo deceso significa una sensible pérdida para la institución armada, por las relevantes dotes del extinto

Señor José Gómez Ortúzar, destacado miembro del periodismo argentino, cuya desaparición ha sido muy lamentada en los círculos políticos e intelectuales.

Señor José María Suárez, fundador de la Sociedad Científica Argentina y ex intendente municipal de Bahía Blanca y Quilmes, recientemente fallecido.

INFORMACION GRAFICA DE ROSARIO DE SANTA FE



"Crouss-country" ciclista organizado por el Club Ciclista Independiente — Los competidores momentos antes de la largada.

Uno de los ciclistas que tomaron parte en la prueba, atravesando un obstáculo

José Peralta, ganador de la carrera con bicicleta Gerbi.

Bernardo Zecler, ganador de la carrera de 15 kilómetros para menores con máquina Gerbi

Parte de la concurrencia que asistió al pic nic familiar realizado en el stand de Tiro Suizo y organizado por la asociación Juventud Evangelica Libre

Durante la fiesta infantil llevada a efecto en la casa de los esposos Torti, con motivo del cumpleaños de su hijita

Alumnos del colegio Leandro N. Alem, en la interpretación de uno de los numeros del festival realizado en el Buckingham Palace con motivo del fin de los cursos

"Tabla" yegua mendocina, ganadora del clásico Haras Las Hortigas disputado recientemente en el Hipódromo Independencia

C. Loyarte entraineur de "Tabla", y L. Calcagno, jockey que la condujo al triunfo

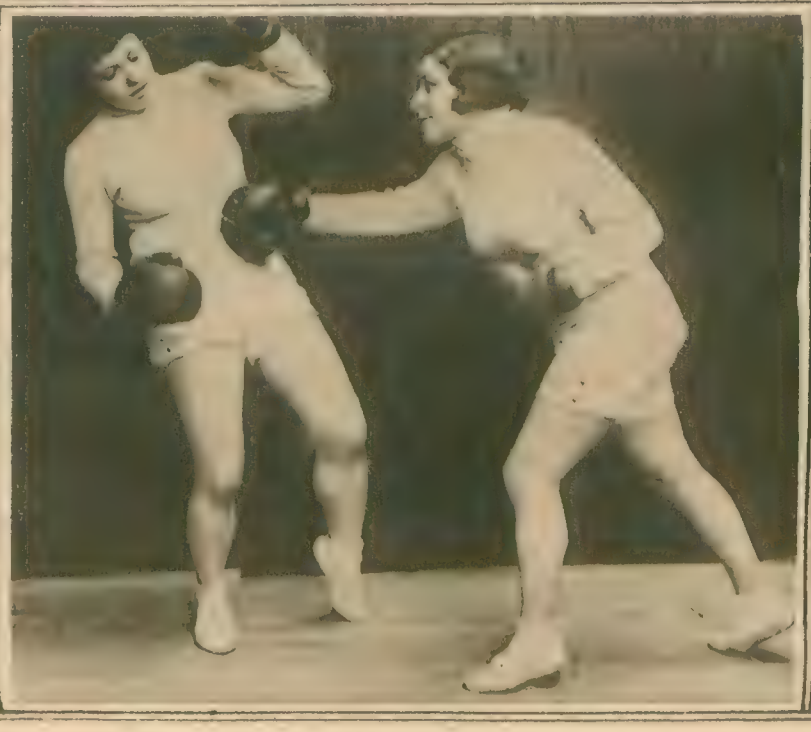
BOXEO FEMENINO

Nota gentilmente ilustrada por la primera bailarina Hortensia Arnaud y la segunda tiple Elvira Berci, del teatro Porteño

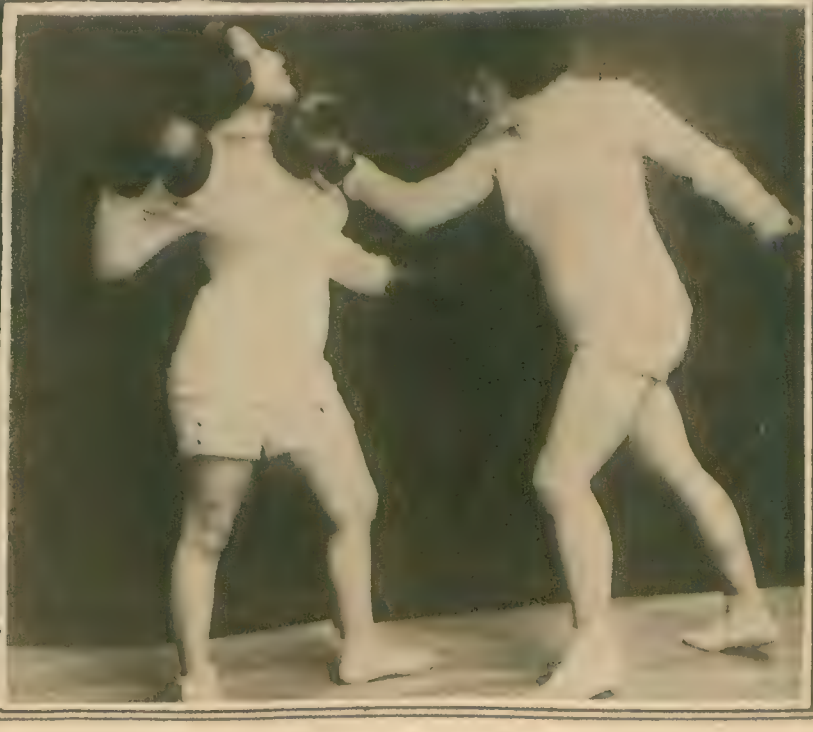
Hortensia Arnaud, en pose, antes del match.

Un clinch Berci impide toda accion a su rival.

Elvira Berci, lista para la lucha



Recio directo de derecha, al estómago



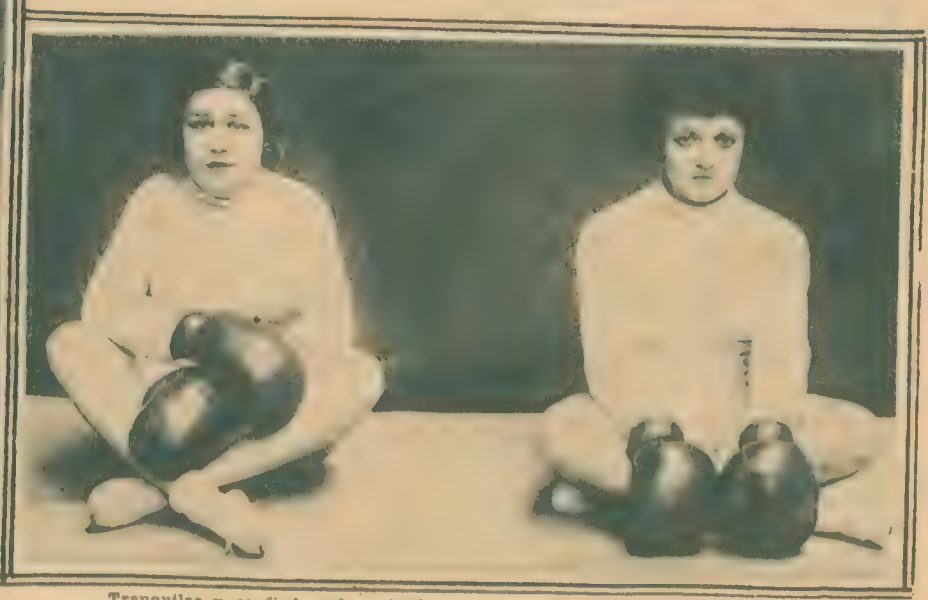
La Arnaud responde con un uppercutt

Berci logra colocar un directo de izquierda al mentón.

Ante un enérgico golpe a la nuca, Arnaud se desquita de la arremetida de su contendora

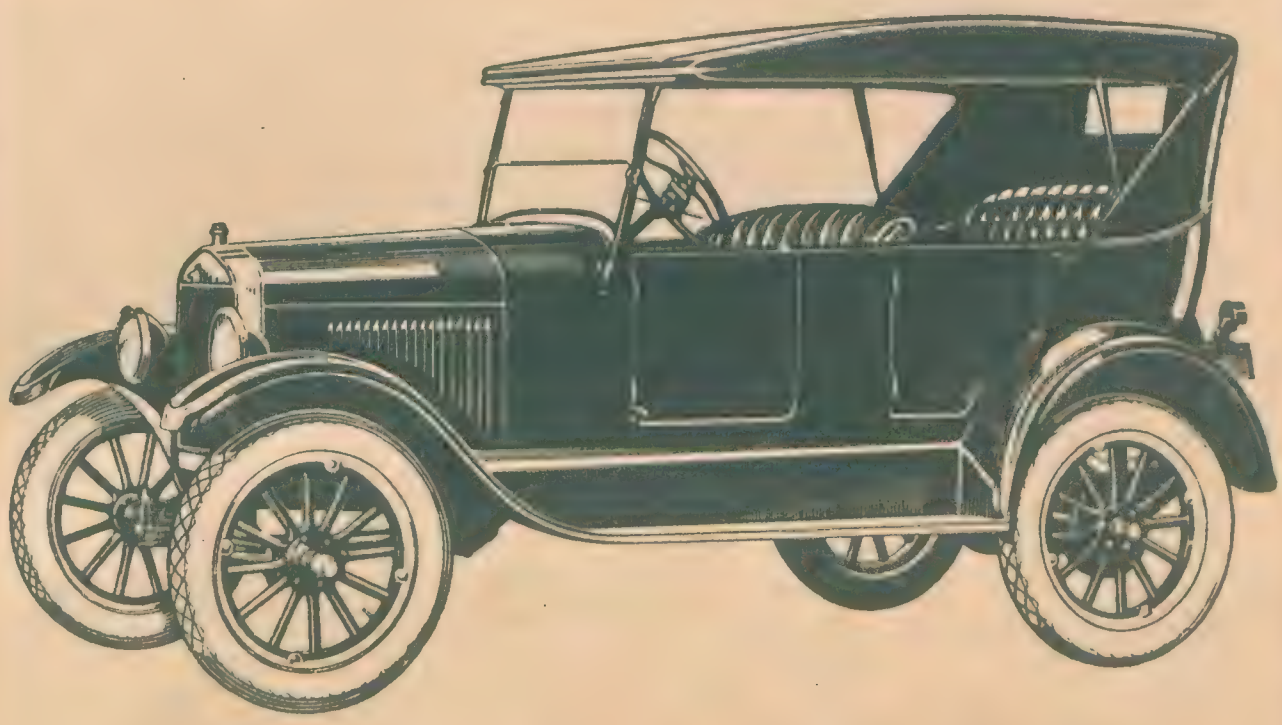
La Arnaud cae, pero se reincorpora en seguida.

Elvira Berci, a merced de una peligrosa ofensiva.



Tranquilas y confiadas, después del match que les sirve de admirable entrenamiento.

Fots. Otero.



GRANDES MEJORAS

Carrocerías Todas de Acero de Líneas Rectas. Coches en Colores. Radiador Niquelado.

Carrocerias todas de acero, de líneas "Streamline", rectas, más bajas, más largas y más cómodas; pintadas en colores; con nuevo tapizado; puertas más anchas. El Doble Faeton trae cuatro puertas, que se abren con las cortinas laterales. Asientos más bajos, más anchos, más profundos. Bastidor de chassis más bajo. Radiador "Modine", con casco niquelado. Capot más bajo, más largo y de líneas rectas, con 18 persianas laterales. Ventilador de mayor tamaño. Ruedas equipadas con neumáticos cord. Tanque de nafta de mayor capacidad, colocado debajo del torpedo. Faros de acero estampado, con aros niquelados. Parabrisa de nuevo diseño y de doble efecto. Estribos más anchos, más bajos y con zócalos cuadrados. Guardabarros de una sola pieza, tipo corona, fijos a la carroceria, más anchos, eficientes y vistosos. Volante de mayor diámetro. Frenos más eficaces con tambores de mayor diámetro, revestidos de "Raybestos", con cintas más anchas. Y muchas otras mejoras.

Ningún Recargo de Precios.

Ford

DE SANTA ROSA DE TOAY (Pampa)

La hermosa promesa del mañana — Simpatico grupo de alumnos de la escuela número 2 de Santa Rosa de Toay, celebrando la terminación del curso escolar con una fiesta cuyos numeros constituyeron todo un éxito.

Los alumnos de la escuela número 4, que también despidieron el fin del curso escolar, con una interesante fiesta

Vista parcial de la cabecera de la mesa en el banquete realizado en honor del inspector seccional de escuelas, don Leopoldo Rodríguez, y, al mismo tiempo, en celebración del buen éxito obtenido con la labor escolar del año. — El acto fué organizado por el personal de inspección, directivo y docente del magisterio de Santa Rosa.

Fots. Quiroga.

FOOTBALL. — Compañía General de Fósforos. — Sección Colón

Team Grabado, que obtuvo el triunfo sobre Imprenta, por un "score" de 4 a 2 goals.

Equipo de Imprenta, [illegible]

La santidad del maestro

Por Arturo Capdevila

(Del interesante libro titulado "Los paraísos prometidos", que este distinguido y talentoso escritor argentino acaba de publicar, entresacamos el capítulo que se transcribe a continuación)

"Cuando el discípulo esté preparado, el maestro vendrá."
(Proverbio místico de la India).

I

Aquellos tres descansados señores que caminaban dialogando a la orilla del lago grande de Palermo en la linda mañana llena de sol, iban hablando acerca de los maestros. Mas sin demora conviene advertir que los maestros de su conversación no eran los ordinarios preceptores de la enseñanza común. Tampoco hablaban de autores de libros ni de falsos apóstoles. Ni de esos hablaban ni de tantos más que en cátedra profana o sagrada detentan el nombre de "maestros", cuando apenas si podrían denominarse "maestres" o "maeses", como en tantos casos lo pide el rigor etimológico y la exactitud moral.

Hablaban de maestros espirituales, de aquellos por cuya doctrina dícese que nacemos a vida mejor.

Los tres habían leído en la lejana juventud mucha literatura del Oriente. Los tres habían recogido la misma dulce y consoladora promesa: "Cuando el discípulo esté preparado, el maestro vendrá". Cada uno se había dcho: "tendré defensa para mi debilidad; para mi corazón tendré aliado". ¡Tan acostumbrados estaban — jóvenes y felices — a creerse siempre dignos de una ventaja más!

Pero es lo cierto que eran los tres, místicos de verdad.

Uno de ellos solía decir: "¡Qué vale la ciencia del hombre al lado de la sabiduría de las cosas de Dios!... Yo daría gustoso quinientos alfabetos de esos que nos enseñan, por una sola letra de las letras eternas".

El tiempo pasó. Y los tres viajaron, cada uno por su rumbo. Y, naturalmente, los tres padecieron y gozaron, y dieron y recogieron, y se empobrecieron y se enriquecieron, y cayeron y se levantaron, y fueron poco y fueron mucho, y la luz del alma, según los vientos del "karma" (1), se agrandaba y se empequeñ cía. Y la vida los fué instruyendo de diversa manera, a cada uno por su propio camino.

Y ahora que la vida los reunía, quizás por la última vez, recayó el diálogo sobre las queridas horas de la juventud, y, recordando esperanzas y sueños, vinieron a dialogar sobre la santidad del maestro prometido en aquel aforismo de los libros místicos de la India. Querían saber los tres si para alguno de ellos se había cumplido la palabra esotérica, y el cómo y el cuándo.

Linda estaba la mañana, claro el cielo, dulce la llama solar. Con el otoño, los árboles que lo resisten habían tomado un verdor ennegrecido; los otros, los de caducas hojas, se mostraban vestidos de oro. Parecían, áureos y brillantes, los preferidos del sol.

II

Y el que primero habló, dijo melancólicamente:

—No, amigos míos. Yo no tuve la gracia de encontrar un maestro. Mis preguntas se han quedado sin respuesta; mis supuestos, sin confirmación; mis ojos, sin cosa digna de verse; mis oídos, sin palabra digna de oírse; mi alma, sola. Soñé mucho, creí mucho. Cuando llegara el maestro en la hora de una horrible ansiedad—¡y muchas horribles ansiedades he pasado!, — debía deslumbrarme con su mirada pacífica, con su frente de inmensa nobleza, con su sonrisa de incomparable amistad. Su palabra debía ser más infinita que la música. Su verdad, perpetua luz. Con sus manos paternales debía acariciarme las palpitantes, atormentadas sienes, despertándome a vida nueva. Debía quererme mucho, como nadie me quiso jamás... ¡Soñado maestro! Había de ser excelso; puro, a no poder ser más puro; dulce, a parecer rosa misma su boca y miel su enseñanza. Había de ser varón de excelsitud: ni una sombra de pasión en su alma, ni un leve tizne en la dignidad de su ser. No había de anunciarse con el trueno, ni su venida causaría de ningún modo espanto. Vendría tan naturalmente, tan naturalísimamente, como un olor de campos mojados después que pasó la lluvia. Vendría concretamente, en alma, carne y hueso, o en envoltura que lo pareciera. Vendría, ni tardío ni premioso, como un viejo amigo casi olvidado, que no trae más razón que su cariño... Y con tóda certeza, vendría en ocasión de un gran dolor, de un torvo duelo, a consolar, a acompañar, a enseñar..., a salvar. Amigos míos, el dolor vino; el maestro, no...

Tras una pausa, el noble hombre insistió:

—Nunca vino; ni cuando más lo necesité; ni cuando clamé llamándolo. Y es lo cierto que a tal punto lo imaginaba cercana y materializable, que noche hubo en que, ya en el lecho, la esperanza supersticiosa me hizo temblar un poco el corazón. No. No era él. Era el viento en la puerta. Y apagué la inútil lámpara y cerré en el sueño estos pobres ojos que nunca habían de ver la santidad del maestro.

Y no dijo más la voz confidencial del noble hombre. Ante la confesión de su frustrada esperanza, los otros dos guardaron silencio: el silencio de una emoción compartida. El alma está llena de ecos, y no hay acento profundo que no siga resonando en su hondura misteriosa.

III

A los muchos pasos, el que marchaba en medio, hombre de verdes ojos inquietos, de ancha frente y rizada barba a medio encanecer, sonrió casi burlón y, con clara y fácil palabra, comenzó diciendo:

—Yo fuí más feliz que este amigo. Yo tuve la gracia de encontrar..., de descubrir al maestro..., al maestro perfecto..., al maestro prometido... Y pude ver que la vida lo ha puesto en el camino de todos y que si todos no se aprovechan de su presencia augusta debe ser porque tienen ojos y no ven. El maestro perfecto que vino a mí, amigos míos, en la hora de la más lúgubre decepción, fué un esgrimidor de sable — ¡qué queréis, — un maestro de esgrima.

Escandalizándose estaban los amigos con este desenfadado parecer, cuando el de las barbas rizadas, levantando un poco la voz, afirmó categórico:

—No admito que haya bajo los cielos más correcto maestro que un maestro de esgrima. Por lo demás — añadió con dulzura, — ya sabéis que el otro, el de los libros sagrados de la India, no acude a nuestro llamamiento, acaso — concluyó sonriendo —porque nos dirigimos a él, que probablemente habla sánscrito, en un lenguaje occidental...

Luego, dijo:

—Dejadme ahora hacer el merecido elogio del maestro que encontré. Noble y caballeresco, lo primero que enseña es la decencia del saludo, sable en mano, al frente, a la izquierda, a la derecha: al adversario y a los testigos; alta la mirada, listo el brazo. No entra en la cuenta suponer con vileza que a la espalda quede nadie... Leal y veraz, este maestro enseña así que la vida es peligro, constante peligro. Y esta cosa profunda: que el peligro está al frente, cerrándonos el paso, y que afecta— no lo olvidemos nunca — la exacta forma de un hombre. El peligro es un hombre. El hombre es un peligro... Sobre tales duros axiomas se funda este arte sin doblez, en que cabe, como iréis viendo, una cabal filosofía de la vida. Honrado y generoso, nunca se me mostró inerme para blanco de mi sable; ni en los principios de la enseñanza. El hierro a la mano, me honraba y se honraba en no menospreciar mi escaso conocimiento, y me trataba de hombre a hombre, y hasta diré, de valiente a valiente, como si ambos debiéramos reputarnos iguales en coraje y dignidad.

Con palabra exaltada añadió:

—¡Y qué clara y qué honesta su pedagogía! Este maestro no hacía como suele hacer el destino, que nos garabatea problemas formidables en incomprensibles cifras. Este no. Este decía: Tal golpe va a la cabeza, y se para de este modo. Tal otro va al corazón, y se defiende de esta suerte. Dignísimo sobre toda ponderación, no me enseñó este maestro a desarmar a nadie, sino tan sólo a impedir, veñido el caso, que tal agravio se pueda cometer conmigo. Verdad que me instruyó también en las mañas del engaño, en el amago y en el desenganche, lo cual creyérase que deslustra la limpieza de la intención y del acero. Mas lo hizo porque consideró, como hecho cierto, que el enemigo sabe poner remedio por igual a la finta y al golpe. De nadie aprendí, como de este maestro — creédmelo, — tanta verdad buena y útil. Me enseñaba para darme el bienestar del honor vigilado. Me educó la voluntad y me instó a ser resuelto. Me persuadió de mi soledad y me ordenó que confiara tan sólo en mí mismo. La lección era una fiesta; una fiesta para ir contento a un probable combate. Supuesto

(1) Destino creado por nosotros mismos; por nuestras obras buenas y malas. Ley de retribución.

"QUILMES CRISTAL"

Es la mejor cerveza

el caso de morir, quería que muriese con valor, perdonando, porque el valor perdona siempre. Supuesto el caso de matar (¡no lo escriban para nadie los hados!), quería al menos que no asesinara. El que armado de un sable se pone frente al enemigo, ya no cuestiona por el guiñapo de la vida. Mi maestro solía con frecuencia decir: "Solamente a los cobardes se les asesina, como solamente a los avaros se les roba".

Y bien, amigos, me doy por satisfecho. "El discípulo estuvo preparado y el maestro llegó". No pido ni espero más. Por esto, tal como Manú lo prescribe, nunca pronunciaré a secas el honorable nombre de mi maestro, sino que le llamaré mi grande, mi bueno, mi generoso instructor.

Sabed finalmente — dijo el discípulo de esgrima, y se entristeció su gesto, — que mi instructor murió. La última vez que nos vimos fué en un parque. Se anunciaba como ahora el otoño. En el soto más próximo se comenzaban a marchitar los árboles. Le estoy oyendo preguntarme: "¿No ha sido bastante largo el verano? ¿No han sido suficientes las vacaciones?... ¿Nunca volveremos a la pedana?..." "Maestro querido—le respondí, señalando un árbol que se marchitaba, — cuando caigan las hojas, juntaremos las hojas..." Celebró mucho el equívoco y se alejó sonriendo. Días después murió. ¡Pobre maestro mío! ¡Qué nadie le nombre nunca sin el debido respeto!

IV

Hubo otra vez un silencio. El acento de la ironía no es más que una manera de sollozo: confesión de aguzada angustia que hace callar con tristeza a los amigos.

Habían caminado buen trecho. Los tres ahora se detuvieron a dos pasos del agua quieta. Solitario estaba el lugar. Sobre la tersura del lago caía, de tarde en tarde, una hoja seca.

Y el que de los tres nada había dicho aún, y cuya característica era sonreír a la vida con una serenísima bondad, exclamó levantando un poco los brazos, luego de haber como siempre sonreído:

—¡Qué cosa! Yo tampoco tuve la insigne dicha de encontrar al maestro. Alguna vez el discípulo se creyó preparado, pero el maestro no vino. Yo también lo necesité, di voces llamándolo y no acudió. Abrí con desesperación mi ventana en la noche. Y no había afuera más que obscuridad sobre obscuridad. Sin un sarcasmo, sin una ironía, me retraje en mí mismo, dudando si habría maestros; diciéndome luego: Seguramente he sido un materialista contumaz, bajo el velo de un vago espiritualismo. El maestro no es un hombre que llega; no es un ser que de pronto se ha de condensar frente a mí. El maestro es un arquetipo ideal. Está en todas partes y en ninguna: en la esperanza de todos los que sueñan con hacerse mejores. Que no se le vea, no importa. Se le siente. Se le tiene. El maestro es la Vida... Los hombres quieren que el hombre se haga mejor. Es un grito de los siglos. Nietzsche fué el último que potente lo lanzó. En su impaciencia, se puso a dar puñetazos. Fué un boxeador de la filosofía; pero en el fondo, un místico anunciador.

Sonrió el excelente hombre, y tras breve pausa prosiguió de esta manera:

—A veces, mi razón se volvía condescendiente y entonces razonaba diciendo: Puede ser también que haya maestros en una desconocida altura, capaces de venir a la tierra, en apariencia humana, a consolar, a acompañar, a guiar... (¡Todos los días se descubre una fuerza nueva!). Mas no basta sufrir para merecer tan elevado auxilio. Bueno es saber primero por qué se sufre. ¿Padecía yo acaso por la redención ajena? ¿Era mi dolor, acaso, dolor de mártir?... Y entonces vi que mi dolor desesperado era el de aquél que se quemó las manos porque a sabiendas las puso en el fuego. Mi dolor procedía de insustanciales codicias, de culpables caprichos, de transgresiones ciertas, de al fin castigados abusos. Mi vida había sido tan peligroso alarde de libertad, que vino a ser, entre muchas ofuscaciones, rebelión contra el deber. Sembrador de vientos, como en los adagios, recogía tempestades. En la punta desafiante de mi orgullo había caído el rayo que desafié. ¡Eso era todo! Convicto y confeso de crimen contra la vida, cuya única ley es el deber, mi dolor era tan sólo merecidísima cárcel. Como paso conmigo, pasa siempre. ¿Y obligaremos al maestro, que es todo honradez, a descender con nosotros a las mazmorras?... Nuestra vergüenza lo detiene; por lástima no baja. La amistad de los iguales es la única posible amistad. Lo demás es violencia de abajo o de arriba. Y me dije: Pedimos todo; no damos nada. Pedimos maestro y no damos discípulo... Ahora bien; este maestro que yo anhelo, no vendrá a mí sino cuando me haya hecho digno de él. Y con tal pensamiento, amigos míos, me puse a la obra de redimirme y mejorarme.

—¿Pero sabes si hay maestro? — preguntaron los compañeros a la vez.

—No sé si hay maestro — contestó el interrogado.—Esta es cosa de los cielos y no mía. Lo único mío, y de todo hombre, es preparar al discípulo.

(Y como ya se dijo, estaba linda la mañana, claro el cielo, amistoso el sol).

卐 卐 卐 卐 卐 卐 卐 卐

Páginas olvidadas

CON CALOTE

Por PONCIANO LÓPEZ

—Adiós, hermano. ¡Qué milagro por aquí!

—¿Milagro? ¿No sabés que yo siempre caigo a los bailes y que me gusta hacer trabajar las piernas sobre el encerao? ¿Qué me contás?

—Nada. Habías de ver la pelotera que tuve al entrar.

—¿Por qué?

—Un portero desgraciao me quiso atajar.

—Si no traías la invitación...

—¡Cómo no! Y especial, de diario pa mejor. Me la dió Alberto.

—¿Cuál, el rengo?

—No, hombre..., ¡qué rengo ni qué renguera!..., el tipógrafo. Pidió una entrada p'al teatro y le dieron pa un baile, y como él no tenía interés se la pedí y me la dió... Yo vine por la puesta'e la otra noche... con el "pelao"... ¿sabes?...

—Sí, me acuerdo... ¿Y qué? ¿Pensás sacarle la morocha pal primer lancero?

—¿Y antonio?... Y polkas también pa taparle la boca al otario ese que, porque anda con un funye mitrista, anda más entonao que un chafe ascendido a cabo...

—¿Qué van a tomar, caballeros?

—¿Que qué vamos a tomar?...

—¿Es obligación?

—No, señores...

—Bueno. Aura, lo que se nos dé la real gana iremos a chupar...

—Muy bien...

—¿Te has fijao la cara'e tísico que tiene?

—¡Mirála a la vieja Josefina con todita la familia!

—¿Ande?

—Allí, en el fondo'el salón...

—¡Ahijuna! Esa es de las primeritas que ha cáido a la tertulia...

—¡No la mirés así que te va a ver...

—¡Y dejála que me vea! Mirá Clorinda..., ni revoque se ha puesto. ¡Quién diría que la vieja esa me debe tres nales!

—¡Y de sonso no se los cobrás!

—Sí. Si ya sé que tiene plata.

—Esas son macanas de Boliche...

—¿Qué van a ser macanas? ¡Todito el barrio lo sabe! No sé con qué iba a poner el otro café que ha abierto en Pinzón...

—¿Ande h'abierto café?

—Me parece qu'en Pinzón...

—¡No l'he visto la pelada!...

—Verdá... te digo... Pero si yo mismo h'entrao y me ha convidao y todo... Si hasta tiene un billar. No h'estao más que una vez... y eso por casualidá porqu'entraba a tomar agua...

—¡Si es así!... Pero fijate la cantidá de liriles que han cáido...

—¡Cha digo! Si ya uno no puede ir a ningún lao sin toparse con estos fritangas y firuletes, que a lo mejor descomponen el baile...

—¿Vamos a chupar?

—Esperá a'ver si entra la morocha...

—Si tuavía..., ¿a ver qué hora es?... las... las nuevicuarto... tuavía falta una media hora larga pa empezar... Y... no sé..., pero se me antoja que "la morocha" no es de las madrugadoras...

—Toy reventao del bailable. De despedida vamos a hacerle otra visita al farruco.

—¡Ni qué hablar! Y después que le vaya a cobrar a Astorgas.

—¿Ande nos sentamos?

—Aquí mismo, en esta mesa'é mármol que está blanqueando de alegría lo que nos ve.

—¡Mozo!

—Ché, farruco, vení p'acá.

—Apuresé, hombre. ¿O qué se cré?

—¡Mozo!

—Ya va.

—¿Qué se van a servir?...

—A mí deme un cosaco.

—Y a mí otro.

—¡Oh! ¿Y áura qu'espera? ¿Por qué nos mira todo asorao?

—¿Qu'es un cosaco?

—¡Ah! Si no ha entendido, ché.

—¡Cosaco es chope, hombre!

—¡Ah! Muy bien.

—Parece una lagartija el mozo este.

—¿Vamos a rairnos d'el?

—¿Cómo decís?

—Mirá, vos me lo campancás áura lo que caiga con los cosacos, los tomaremos rápido y lo afanamos.

—Va desconfiar.

—¡Qué va desconfiar!

—Callate, que ai viene.

—Con permiso, señores...

—¿Cuánto es?

—Cuarenta centavos.

—Güeno. No se apure tanto. Aura le vamos a pagar.

—Muy bien.

—Espiálo...

—Ya se fué le...

—Güeno, salú, y acabá pronto.

—Macanudo, ché. Me ha entonao.

—Güeno, trái el vaso.

—¿Pa qué?

—No seás otario. Me los meto en el bolsillo y espiantamos.

—Vamos.

—No mirés p'atrás...

—¡Qué pucha!

—Aura ¡si t'he visto no me acuerdo!

卐 卐 卐 卐 卐 卐 卐 卐

Las viudas, las casadas y las solteras

deben saber que muchos malestares y dolencias que sufren obedecen, en la mayor parte de los casos, a la falta o insuficiencia de la higiene personal e íntima.

En efecto: basta el menor abandono en el indicado sentido, para favorecer grandemente la invasión de las bacterias y, una vez infectado el organismo, los flujos, hemorragias, congestiones, fibromas, ovaritis y hasta el cáncer pueden constituir las posibles consecuencias de la negligencia en la higiene individual de la mujer.

El empleo cotidiano de un buen bactericida como el Lysoform, entre cuyas excelentes cualidades se destacan las de ser inodoro y completamente inofensivo, es previsión suficiente para destruir en germen semejantes calamidades.

Si las señoras y las jóvenes supieran todo lo que significa para el organismo el hábito de una escrupulosa antisepsia íntima, basada en lavajes diarios con soluciones tibias de Lysoform, es seguro que habían de convertirse en esclavas de una sencilla costumbre que asegura la posesión de una perfecta salud general.

Use usted el Jabón Lysoform para tocador, fabricado a base de Lysoform. —Precio al público: $ 0,45 cada pastilla.—Pida una muestra gratis y se comprobará su excelencia.—Mendel y Cía.—Guardia Vieja 4439, Buenos Aires.

SIN PERDON...

Por VICENTE DÍEZ DE TEJADA

—¡Bueno..., bueno!... ¡Basta de discusiones y de tiquismiquis, rediez!... ¡A olvidarlo todo y a darse la mano de amigos!... Dios es Dios, y nos perdona. ¡Perdón general!

—Por mí, perdonado está todo. La cosa, al fin y al cabo, carece de importancia.

—Esta es mi mano, pedazo de bruto...

—Y estos mis brazos, loco de los demonios, que por nada te pones que parece vas a tragarte la osa... ¡Baturro habías de ser!

—¡Mira quién habló! Un riojano más picante que una guindilla...

—Pero si es que tú...

—Pero si has sido tú quien...

—¡Pero so...! ¿Vamos a volver a las andadas, pedazos de... españoles?

—¡Y a mucha honra!

—Bueno, pues... ¡A mucha honra yo también!, que también yo soy de Dios, y español neto, y puro, y rancio, y de Soria nada más; de esa tontería de tierra que tuvo una Numancia, modelo de tesón y de testarudez. Español... de ley, con todos los vicios y todas las virtudes de la raza vieja, un poco celta y un poco árabe; blando y duro, según caigan las pesas; de los que cortan el muérdago sagrado a la blanda luz del plenilunio con una hoz de plata, y de los que siegan una cabeza con un alfanje de oro, al rojo llamear del sol. ¿Creíais vosotros que iba yo a achicarme, por viejo?

—¿Y por qué nos cuenta usted tanto dinero?

—Pues..., para que veáis que aún soy rico, y para que no se os olvide que yo también sé aborrecer y sé amar; que entiendo, como el que más, de odios y de amores... El perdonar, ni es cobardía ni es deshonra. El perdón es manjar de dioses, ambrosía muy más sabrosa y exquisita que la venganza. Para vengarse, para odiar, se necesita ser muy poquita cosa: cuanto más ruín, mejor. ¡Para perdonar, es menester ser muy grande!... Dios quiso perdonarnos una vez, y tan grande necesitó ser para conseguirlo, que tuvo que sacrificarse El mismo para lograrlo. ¡Ya veis si el perdón es cosa de pelagatos!... Por eso...

—Por eso..., ¿qué?

—¡Por eso aún no he perdonado yo!

—¿Usted?... ¿Que no ha perdonado usted?

—¿Usted, que es un modelo de hombres de bien, espejo de hombres buenos?...

—Mejor sea el año...

—¡Bah!... Usted bromea...

—No bromeo, no; que hablo en serio; con toda la seriedad que informa la vida entera y un poquito más aún que quiero yo poner siempre que hablo de estas cosas.

—¿Y qué es lo que no ha perdonado usted aún, si puede saberse?...

—Puede saberse... y debe saberse. ¡Una paliza que me pegó mi padre!

—¿Injusta?...

—¡Más justa que el Tribunal Supremo!

—¡Vaya! A otro perro con ese hueso... ¡Mira que no perdonar a su padre!...

—¡Alto el carro!... Que yo no he dicho semejante cosa...

—¿Cómo que no?

—¡Como que no! Yo he dicho que no he perdonado aún la paliza que me dió mi padre. ¡Y no es lo mismo! Os aseguro que no es lo mismo.

—¡Puede que no entendamos el castellano ya!

—¡O puede que ya no sepa hablarlo yo!... A quien no he perdonado aún es al causante de aquella paliza...

—Eso es otra cosa... ¿Y quién fué el tal?...

—Un grandísimo cabezota como vosotros. ¡Yo!

—¡Es usted desconcertante!

—Soy más claro que el agua y de una sinceridad que tumba. Os referiré el hecho en dos palabras, que lo tengo vivo y patente ante mis ojos, como si ello hubiera ocurido ayer, no obstante haber transcurrido desde entonces acá muchos años, ¡muchos!, casi toda una vida... ¡Casi toda mi vida!

—¡Rediez!... ¿Y aún dura el rencor?

—¡Rediez!... ¡Aún dura!... Veréis: Era yo muy niño. ¿Qué podría yo tener en aquella fecha?... ¿Seis años?... No creo que contase más de seis años. Yo era terco, voluntarioso, díscolo; pero, sobre todo, ya lo he dicho: cabezota. Cabezota, señor aragonés. Cabezota, señor riojano. Numantino puro: "modelo de testarudez y de tesón". Morir antes que rendirse... Un día — ¡puerilidad semejante! — se me antojó realizar en la mesa, durante la cena, una inconveniencia, reñida con la buena crianza; nada, una tontería: tomar el dulce de guinda con los dedos. Mi santa madre me prohibió en absoluto—¡claro está!—llevar a cabo mis proyectos, y no sólo me lo vedó, sino que, después de agotar toda clase de razonamientos y de solicitudes cariñosas, me amenazó con una cachetina, como correctivo a mi desobediencia. ¡Como si cantara! El demonio, que, indudablemente, también tienta a las criaturas, sopló en mis oídos aires de rebeldía... ¡Infernalmente divinos aires de rebeldía!... Comencé a operar.

—Niño—decíame mi madre:— ¡no hagas eso, que te va a costar una somanta!... ¡No lo hagas..., y no lo hagas!... ¡Mira que te vas a acordar del día de hoy!... (¡Palabras proféticas las suyas!).

Yo, erre que erre; desafiando con mi terquedad los prudentes avisos de mi madre.

Mi padre, por quien deliraba yo, que no menos que mi madre me adoraba, y a quien yo tenía sorbido el seso, mirábame hosco, viendo avanzar el nublado y comprendiendo la razón que a mi madre asistía.

—¡No hagas eso, chiquillo!—me dijo también.— ¡Que te la vas a ganar por torpe!... Obedece a mamaíta y no seas terco...

¡Sí, sí! ¡Para obediencias estábamos!

Yo, confiando en la defensa de su cariño, tomándola como fuerza propia, desafié las iras de entrambos y, ¡a la una!..., ¡a las dos!..., ¡a las tres!...

Hundí en el almíbar mis deditos y así una guinda.

¡No queráis saber la cachetina que llovió sobre mí! Golpes de madre, al fin y al cabo, que no rompen costilla ni quebrantan hueso; pero entonces ocurrió lo grave y lo por mí imprevisto de la aventura.

Mi padre, que tenía malas pulgas y un genio como una pólvora, al ver que me pegaban, ¡que pegaban a su hijo!, que me pegaban con razón, que no menos que mi madre era quien lo hacía, y que yo, y sólo yo, era el causante de la tunda, montó en cólera, me tomó por su cuenta y me propinó la azotaina más formidable que recuerdan los siglos. Sí, se cegó; pues estaba verdaderamente airado...

Después he visto claro lo que en aquellos instantes pasó por la mente de aquel buen hombre. El hubiera deseado que yo no tuviese culpa alguna y que no fuese mi madre, sino el propio Holofernes quien me pegara, para haber descargado sobre el tal las iras que se desencadenaron sobre mí.

Tuvo que intervenir mi propia madre para librarme de sus manos..., me tomó en brazos, me sacó del comedor y me llevó a la cama.

Yo, con el corazón encogido, no tanto por los azotes como por el disgusto (¡no estaba en mis libros aquello!), disgusto acaso de mí mismo, no podía dormir. Los sollozos hondos, apretados, convulsivos, oprimían mi garganta y conmovían mi pecho. Pero terco aún, terco siempre, para no dar mi brazo a torcer, fingí que dormía cuando noté que mi padre entraba en la alcoba... Lo sentí acercarse de puntillas, llegar a mi camita y cuchichear con mi mamá que, sentada a mi cabecera, velaba mi sueño. ¡Dulce ángel de mi guarda!

Mi santa madre, creyéndome realmente dormido, me destapó cuidadosa, y mostrando a mi padre mis tiernas carnes flageladas, con llanto en la voz, le dijo:

—Mira, mira cómo está este ángel de Dios... ¡Como surcos tiene señalados los dedos de tu mano en sus carnecitas! Has sido cruel... Te has cegado...

Mi padre se inclinó sobre mí... Oí el estallido de su corazón... Le oí zollipar; sentí que sus lágrimas, calientes, gruesas, caían sobre mis muslos, y que, acongojado, besando mis torturadas desnudeces, musitaba:

—¡Hijo mío!... Hijito mío de mi alma!... ¿Por qué has sido tú malo, vida mía?...

¡Oh!... ¡Yo había hecho llorar a mi padre adorado!... ¡Era por mí, por mí, por quien, transido de dolor, lloraba aquel hombre de templado acero y de dura berroqueña!...

¡Nunca!... ¡No he podido perdonármelo nunca!...

AVES PEREGRINAS

Hace pocos días, los habitantes de la ciudad de Deal, sobre la Mancha, que se levantaron temprano (según dice el periódico "Manchester Guardian"), pudieron asistir a un espectáculo singular. En el horizonte, sobre el mar, apareció una nube negra, baja, larga. La nube se avecinó rápidamente a tierra, y pronto un zumbido parecido al de un aeroplano lejano fué perceptible. El anteojo reveló que la "nube" era una enorme bandada de pájaros, una especie de tromba, con un diámetro de kilómetro y medio. Cuando los alados seres estuvieron cercanos a la tierra, elevaron el vuelo un poco, después descendieron nuevamente, y por último se internaron resueltamente.

Generalmente, la inmigración de los pájaros no se efectúa en masa compacta. Las bandadas son más pequeñas. Van pasando unas después de otras durante algunas semanas. Pero, evidentemente, en estos días los pájaros que inmigraban a Inglaterra se habían detenido en las costas francesas a causa de las continuas borrascas. Apenas hubo un intervalo de buen tiempo, apenas estuvieron seguros de poder atravesar el mar sin peligro, los peregrinos se lanzaron juntos para cruzar el aire.

El "método Bayer" para cortar los resfriados,

los catarros, la grippe, etc.

consiste sencillamente en tomar al acostarse,

Abríguese bien. Pocos momentos después empieza usted a sentirse aliviado, suda copiosamente y duerme con la más exquisita tranquilidad. Mañana, ¡fresco y sano! Si algún síntoma persiste, una o dos dosis más durante el día. Eso es todo.

La influenza enseñó al mundo dos cosas: que la FENASPIRINA es un remedio de la más alta eficacia, y que el limón es un excelente auxiliar curativo.

El "Método Bayer" es el resultado científico de esa enseñanza.

No trastorna el estómago como las preparaciones laxantes anticuadas, ni atonta como las que contienen quinina.

BAYER

Las tabletas no se disuelven en la limonada, sino se toman antes con un poco de agua.

LA PRIMA ANTONIA

Por Tomás Carretero

Mi abuelo, diplomático en su juventud, conservó toda su vida el gusto al protocolo; así es que en cuanto hallaba ocasión propicia, lo más sencillo lo rodeaba de ceremonias y requilorios que nos divertían en extremo a todos sus nietos.

¡Qué fastuoso y qué solemne era mi abuelo! Tenía una hermosa figura; era alto, pausados y elegantes sus ademanes y actitudes, la voz profunda y el estilo de su hablar entonadísimo. Cuando marchaba a pie parecía que iba en procesión, rodeado de magnates que le guardaban del sol con un palio y le espantaban las moscas con abanicos de plumas de avestruz; el coche donde él se metía se trocaba en carroza al punto, y cuando se sentaba en el centro del sofá de damasco rojo del estrado de su casa parecía convertirse el humilde mueble en un trono oriental.

Si mi antecesor hubiera nacido egipcio, en los buenos tiempos de Egipto, de seguro que a estas horas reposaría su momia en alguna de las Pirámides, porque mi abuelo no hubiera podido ser otra cosa que Faraón, porque estaba hecho a medida para ejercer ese alto cargo.

Recuerdo como una de las mayores solemnidades que he presenciado en mi vida, el acto de la presentación hecha por mi abuelo de la prima Antonia a todos sus hijos, yernos, nueras y nietos una mañana de un mes de julio de un año que ya ha pasado hace, ¡ay!, muchos años. ¡La prima Antonia! ¡Qué recuerdos despierta en mi corazón! Siempre que en primavera siento en el campo el tenue perfume de las violetas, acude a mi memoria su imagen de mujercita en flor, como era entonces, y al mismo tiempo siento en mi ser una oleada de tristeza, tristeza indeleble que marca el primer fracaso de mi existencia. Las violetas, las violetas también tienen espinas, y conviene mucho, sobre todo a los temperamentos líricos, no fiarse de ellas, pues cuando más dulces se sienten y más inclinados al amor universal, la sierpe muerde en la punta del órgano olfatorio, y está ya todo el líquido vital emponzoñado. Hay que vivir alerta, y no fiarse ni de la inocencia del cordero de Dios. Lo sé por experiencia, y lo sé muy bien porque me ha costado muchos dolores de corazón.

La prima Antonia, la linda mujercita madrileña, elegante y pícara; la de ojos de azabache, donde se quebraba la luz estallando luceros, fué la causa de que la paz que reinaba entre todos los chicos de la familia quedara rota, y la guerra encendida desde el punto que hizo su aparición entre nosotros. Todos los primos nos enamoramos súbito de ella, y, naturalmente, de amigos y compinches que éramos nos trocamos en rivales.

La prima Antonia era la nueva Eva, la mujer desconocida por nosotros, que nos encantó con todos los prestigios de lo que ni siquiera se ha soñado. Nos fascinó y nos dejó a todos turulatos.

En nuestra ciudad había chicas guapas, mozas garridas que rebosaban salud... y amor. ¡Pobrecillas! Eran hermosas, mas sencillas como las ciervitas que aún no han abandonado la ubre de la madre. Guapetonas, frescas, pero pura naturaleza, antes de ser casadas, y aun antes de ser novias, ya se les está viendo rodeadas de cachorros. No sé qué tienen en su inocente mirar, en su falta de complicaciones, que antes de llegar a la boda son tan buenazas como abuelas. "Que te abrigues bien; cuidado con el frío", le dice al novio cuando se despiden, como una madre cuando envía los nenes al colegio y les sube la bufanda para taparles la boquita. Algunas, cuando más, llevan su picardía hasta el arriesgado extremo de ordenar al novio que se marche derecho a casa y esquive las malas compañías: "Sobre todo, no te reúnas con Pedrote." ¡Ese Pedrote! Un chico malfamado, un truhán, que tiene gran partido entre las mozas de cántaro, y no va nunca a los bailes del Casino porque, según dice, no es aficionado a los sábados blancos. ¡Es un tuno muy peligroso, capaz de enviciar al deán!

¡La prima Antonia! Yo pulsé la lira en honor suyo para rendirle pleitesía; ella celebró mis madrigales, y sus ojos me dieron esperanzas.. Fuí feliz el anochecer de un día en que el sol iba al ocaso entre arreboles, muy feliz; quedé en éxtasis ante su figurita de cristal, cuando, después de recitarle unos versos, "La flor de sus labios", escritos la noche antes contemplando a la luna bruja, ella me pidió el original para conservarlo.

Si mi abuelo el diplomático no se hubiera inmiscuído en aquel asunto de amor, convertido por él en trascendental negocio de familia, nadie hubiera logrado arrebatar a las musas a mi prima Antonia; pero al viejo zorro se le ocurrió casarla con Roberto, su nieto favorito, y el heredero de su título nobiliario.

¿Cómo no me ahorqué yo entonces? Sólo ella tuvo la culpa, pues aunque se lo pedí en verso, no accedió, ¡cruel!, a prestarme una trenza de sus cabellos para atármela al gaznate.

Mi abuelo se enteró de que yo quería morir, y me llamó a capítulo. Fué una escena horrible. El taimado diplomático me desahució, y me obsequió, versallesco, con una elegante ironía que todavía tengo viva en el corazón. "Eso que tú quieres no puede ser por altas conveniencias; Antonia será la esposa de Roberto, que me sucederá a mí; pero tú no quedarás desairado." Y llamando a la prima Antonia, que hablaba en un ángulo del salón, que le daban ya el título de marquesita, le dijo: "Te ruego que concedas al poeta esa rosa del color de tu rostro." Y mirándome a mí, añadió: "Has logrado en el concurso lo que te pertenece por tu inspiración, la flor natural, el más alto premio; deja, pues, magnánimo, que la flor de sus labios sea para tu primo Roberto, ya que el pobrecito nunca ha sido dilecto de las musas; concedámosle, al menos, el accésit."

Por los Países Bajos

EL COTO DE LOS CONDES

Según un dicho muy popular en Holanda: "Quien hace fortuna en Rotterdam, la consolida en Amsterdan y se la gasta en La Haya". Respecto a este tercer extremo, por lo menos, el dicho es exactísimo. La Haya es la más hermosa ciudad de Holanda; pero, al mismo tiempo, la más cara. Es a la vez el París, el Londres y el Berlín de los Países Bajos. Como París, encierra tantos tesoros históricos y artísticos, que sería necesario un grueso volumen para describirlos sin gran detalle; como Londres, es ciudad donde el bolsillo se vacía rápidamente, y donde no hay más que tener dinero para poder obtener todo género de comodidades; como Berlín, es hermosa, limpia y seria. Pero, además, La Haya tiene una cosa que no hay en Londres ni en París, y es que todos sus habitantes, como de común acuerdo, son atentos y corteses con el extranjero, y parecen tener un interés particular en hacerle su estancia en la ciudad lo más agradable posible.

Donde hoy está La Haya hubo en otro tiempo un parque de caza, propiedad de los condes de Holanda, que acostumbraban ir allí desde Haarlem para cazar ciervos. De aquí el nombre holandés: S'Graven Hage, que significa "el coto de los condes".

A mediados del siglo XIII, el bosque fué talado, y el lugar se convirtió en asiento del Gobierno, y a partir de 1593, con Mauricio de Nassau, fué residencia oficial del estatúder de la República.

Naturalmente, la principal curiosidad histórica de La Haya es el Binnenhof, un grupo de viejos edificios, donde los estatúders vivieron y trabajaron, y lucharon no pocas veces contra las conspiraciones tramadas contra su vida. Allí fué donde Guillermo II, conde de Holanda, elegido más tarde emperador de Alemania, construyó en 1250 un castillo, que cuarenta años más tarde ensanchaba y convertía en residencia permanente su hijo Floris V. En tiempo de éste fué cuando se constituyó la Sala de los Caballeros, restaurada después para emplearla como Cámara legislativa.

Del aspecto trágico de remotos tiempos conserva también La Haya numerosos recuerdos: apenas hay en la ciudad un solo edificio histórico que no pueda contarnos algún drama sangriento. Todavía se señala en el Binnenhof el sitio donde fué ejecutado—el 13 de Mayo de 1649—Juan van Oldenbarnevelt, primer ministro de la nación, acusado por Mauricio de Orange, acaso sin motivo, de haber dirigido una conspiración para desmembrar el Estado. Víctima de la misma acusación fué el famoso Grocio, a quien se condenó a cadena perpetua, aunque felizmente, y gracias al eficaz auxilio de su esposa, pudo escaparse cuando sólo llevaba un año de prisión.

Cerca del mismo Binnenhof está el Gevangenpoort, donde las personas aficionadas a las sensaciones fuertes pueden ver una rica colección de tajos, hachas para decapitar, barras para romper los huesos y otros muchos instrumentos de muerte o de tortura, que recuerdan, demasiado al vivo quizá, los días en que de ellos se hacía frecuente uso en la misma torre. El visitante puede ver también los lóbregos y húmedos calabozos que se destinaban a los presos políticos. Los nombres de muchos de ellos, escritos con su propia sangre, pueden leerse todavía en las paredes. Aquí, en 1672, Cornelio De Witt, falsamente acusado de atentar contra la vida de Guillermo III, y su hermano Juan, que imprudentemente corrió a la torre para interceder en su favor, fueron asesinados por el populacho, que, convencido de la pretendida culpabilidad de Cornelio, quiso hacer contra él una demostración hostil.

Pasando de la historia al arte, en el ángulo noroeste de la Plaza de Guillermo, en cuyo centro se yergue la estatua de bronce de Guillermo el Taciturno, encontramos el Mauritshuis, el Louvre de La Haya, antigua residencia de los gobernadores del Brasil, nombrados por la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, y hoy hermoso Museo de pinturas, donde se encierran gran número de obras maestras de Holbein, Steen, Rubens, Van Dik y Vermeer, descollando entre ellas una virgen de Murillo, algunos retratos regios de Velázquez, la admirable "Lección de anatomía", de Rembrandt, y el "Toro", de Potter. Este último cuadro, comprado en 1749 por unos 1.500 francos, fué llevado al Louvre por los franceses en 1795, y devuelto luego por Napoleón a Holanda a cambio de 125.000 francos, hecho que habla muy alto en favor de las dotes de negociante de Bonaparte.

La Haya tiene también su Museo de Arte moderno: el Museo Mesday, obsequio hecho a la nación en 1903 por el pintor holandés de este nombre. Se halla cerca de la plaza de 1813, centro de la población elegante, en la cual se eleva un monumento nacional que conmemora la expulsión de los franceses en 1813 y el regreso del príncipe desterrado, Guillermo Federico de Orange, que desembarcó en Scheveningen y subió como rey al trono de Holanda.

La residencia real es un palacio bastante modesto, que produce en el visitante la impresión de haber sido construído para comodidad antes que para ostentación.

En el patio puede verse otro documento, éste ecuestre, de Guillermo el Taciturno. De las habitaciones, ninguna merece especial mención, salvo una en que todo: techo, paredes, suelo, es de madera de teka, deliciosamente tallada. Es el regalo de boda hecho a la reina por la colonia de Java; dícese, y no hay que esforzarse para creerlo, que representa el trabajo de treinta y cinco obreros durante siete años.

Emplazado en el barrio más aristocrático de La Haya, se encuentra el Palacio de la Paz, construído no hace muchos años. Un magnate del poder, el zar de todas las Rusias, y un magnate del dinero, el multimillonario Carnegie, fueron los autores del Palacio de la Paz, de cuyo éxito habla elocuentemente la formidable guerra pasada y las actuales derivaciones que mantienen convulsionados a los pueblos de Europa...

El zar propuso la celebración de la primera conferencia de la Paz, que tuvo lugar en La Haya en 1898. Carnegie ofreció una crecida suma para una biblioteca, destinada al Tribunal de Arbitraje.

Por consejo del ministro holandés en Wáshington, el donativo aumentó hasta convertirse en tres millones setecientos mil florines, destinados a la construcción de un palacio para el mencionado Tribunal; y así nació el palacio: emplazado en sitio elegante, rodeado de jardines bien cuidados, cercano a un hermoso parque. El Palacio de la Paz bien pudiera pasar por la residencia de un poderoso de la tierra, y hasta por un establecimiento benéfico o cultural de los que abundan en las grandes ciudades.

SUNSET
LO MEJOR para teñir.
SETSUN
DESTIÑE
permitiendo teñir de claro telas oscuras.

Ochenta y tantos años hace que Fígaro contó cómo, en una tarde de sombrío aburrimiento, paseaba su capa española, su alta y luciente chistera y su melena romántica por la Plaza Mayor de Madrid, entre la animación de de los puestos de Navidad. Momentos trágicos del escéptico poeta, anunciadores de la próxima catástrofe.

Casi un siglo después, me encontraba yo en el mismo lugar por donde Larra había pasado hundido en amargas e irónicas reflexiones. El gran escritor está ya casi olvidado; las viejas costumbres se han modificado; calles y casas han desaparecido arrasadas por la picota modernizante de los municipios; Madrid se ensancha, se hermosea, se higieniza. Y sin embargo esta soberbia Plaza Mayor—arcón de leyendas y tradiciones—presenta en los días de Navidad idéntico aspecto al que distrajo, por un instante, la rebelde pena, el gris pesimismo del autor de "Don Enrique el Doliente".

He visto los puestos de chucherías, los cerros de peladillas, las tapicerías de frutas, las hileras de cacharros de Talavera, todo dentro de una animación incomparable. El pueblo madrileño sabe divertirse como ninguno de la tierra. Nadie como él para improvisar unas horas de alegría que cubren su dorado paréntesis en el fondo opaco y monótono de la existencia.

Los días de Navidad son en la Villa del Oso un encanto de expansión tumultuosa. Desde dos días antes del 24 —el fatídico número que espantaba a "Fígaro",—la población entera se echa a la calle, se derrama como una inundación, y encauza sus diversas corrientes hacia las plazas principales: la Mayor, la de Canalejas, y se arremolina y encrespa en la Puerta del Sol. Allí, al mediar el día 22, la congestión del tráfico es tal, que con peligrosas dificultades se abren paso lento tranvías, carruajes y "autos", y las personas caminan usando de los codos, como una embarcación de los remos. Es que todo el mundo quiere saber quién fué el pescador de luna que, echando el anzuelo sacó una fortuna. La lotería, la famosa lotería que durante tanto tiempo emborrachó de esperanzas a muchos miles de hombres, acaba de efectuarse, y unas manos inocentes extrajeron de los globos voluminosos las bolitas enguarismadas con que el azar premia a los atrevidos jugadores. Las multitudes se detienen frente a los grandes carteles que señalan los principales números premiados. Batallones de cifras blancas sobre la negrura de los encerados, forman cantidades milenarias y sumas fabulosas, en las que, como general en gran parada, se adelanta el esbelto seis seguido de su estado mayor de ceros hasta completar los millones del *gordo*, verdadero sueño de hadas para los ojos ávidos de atisbar ya que no la millonada algún premio más bajo que corresponda al *vigésimo* que tiembla entre los dedos adquiridos con sacrificios y abandonado con desilusión.

El aire se carga de cálculos aritméticos. La curiosidad toma aspectos de impaciencia. La vista y la atención se fijan en los guarismos como si temiesen no mirarlos bien o alterar su colocación. En este juego del acaso entra el pueblo de Madrid, como en las ferias de las aldeas entran los "paletos" en el "gabinete de las sorpresas", riendo con cierta incontenible nerviosidad.

Y es tan imaginativo y tan gracioso entre los curiosos, entre los calculadores que, lápiz en mano, toman apuntes, a aquellos que de tiempo atrás pensaron en diversos números—imposibilitados por su pobreza, de entrar en una mínima participación—y que van a ver si se realizaron sus ensueños y la suerte los ha protegido con un premio fantástico. Estos son los verdaderos dueños de los castillos en España, de que habla el proloquio francés. El maestro Pérez Galdós los ha descrito vigorosamente en sus fábulas inolvidables.

La Navidad y el Año Nuevo en Madrid

El pueblo madrileño sabe divertirse como ningún otro

A partir de este día veintidós, no se interrumpe la algazara. La excitación del goce se prolonga; y a ello contribuyen los escaparates de las tiendas, las iluminaciones multicolores, los gritos de los mercaderes ambulantes y la alegría de los transeúntes. Las calles que desembocan en la Puerta del Sol, la Montera, Preciados, el Carmen, el Arenal, la Mayor, Carretas, pero principalmente Alcalá y la Carrera de San Jerónimo, arrojan, como bocanadas incesantes, su gentío ruidoso.

Compran los vecinos, pobres y ricos, ya la golosina, ya el juguete, ya los farolillos de colores, cuanto se necesita y está al alcance de las fortunas para pasar la Nochebuena en la intimidad familiar. En las primeras horas de esa noche materialmente no puede darse un solo paso apresurado. La tarde invernal cierra sus párpados grises y los focos y mecheros de gas empiezan a iluminar vagamente la ciudad. Es entonces un deleite de los ojos contemplar, por ejemplo, desde la Puerta de Alcalá, el suave ascenso de la amplia y recta vía, chispeante de fulgores y cargada de muchedumbre.

Las salchicherías y las tiendas de ultramarinos son incitantes templos de gula; detrás de sus cristales, pavos trufados, perdices de irisada pluma que se agrupan con arte en las fuentes, como en cuadros de género; jamones recubiertos por el topacio de las gelatinas, botellas de submarino resplandor de oro y amatista, algo deslumbrante y casi religioso, como los "monumentos" de Jueves Santo en los templos católicos. Las pastelerías son panoramas de Jauja.

Hogares, casinos, círculos, cafés, todo parece exaltarse dentro de la luz y la vocería.

A las nueve va apagándose la fantasmagoría exterior, recogida y absorbida por las casas que esperan con los portales abiertos y los balcones iluminados. Dentro de ellas aguarda la mesa invitadora, la chimenea encendida, y en el saloncito, el árbol de Navidad en torno del cual se agitan las manecitas de los niños. La charla de sobremesa se prolonga hasta muy tarde.

Si el frío no pela, ni cae la nieve, ni el viento lluvioso molesta, las familias suelen salir al café vecino, a terminar, entre los amigos, la velada. Porque aún en fiestas últimas como esta, Madrid gusta de salir de casa y disfrutar de los hechizos callejeros.

De una a cinco de la mañana, ya cerrados los cafés, las tabernas, las cervecerías, quedan los trasnochadores y la gente del bronce, alborotando el silencio con las músicas vacilantes de sus acordeones, guitarras y zambombas. Gime la chirimía castellana, solloza la gaita de Galicia... Algunos mendigos arrastran todavía su miseria a lo largo de los muros torcidos, y algunos chiquillos, tiritando, se obstinan en vocear los periódicos de la noche...

Así termina la Nochebuena madrileña. Y los habitantes de la Villa y Corte vuelven a su vida normal, y esperan, sin impaciencia, la última noche del año para que con regocijo y alboroto iguales, las multitudes llenen la Puerta del Sol, y cada quien se disponga a engullir una por una, y a compás de las doce campanadas del reloj del Ministerio de la Gobernación, las doce uvas simbólicas, augurio feliz del año que comienza.

COMPAÑÍA ITALO-ARGENTINA DE ELECTRICIDAD

651 - CORRIENTES - 659

Para vuestra cocina, preferid siempre un aparato eléctrico, más práctico, más higiénico y más económico que los anticuados sistemas a leña, carbón o gas.

La Compañía tiene abierto durante las horas de oficina un Salón especial con un surtido completo de aparatos eléctricos de uso doméstico, sobre cuya utilización proporciona al público los informes más completos.

TELEFONOS:

U. T. 5940 al 45, 2765, 4225, 4790 al 94 y 5780, Avenida.

C. T. 1254 y 1387, Central.

Pida a su sastre los casimires

BELWARP LIMITADA

Colores firmes contra los efectos del sol y del agua

Animales que viven dentro de otros

Se trata de unas moscas cuyas larvas se desarrolan en el estómago de los animales. Esto ocurre, sobre todo, durante los calurosos días de julio, agosto y septiembre. La parásita mosca ataca generalmente a los caballos que sestean en las praderías Su zumbido es menos sonoro que el del tábano; pero los caballos, que lo conocen bien, manifiestan evidentes signos de inquietud y hasta de espanto cuando lo oyen: piafan, dan resoplidos, cocean, mueven bruscamente la cola e intentan esconder narices y boca entre las altas hierbas. Si están enganchados, su pánico puede ocasionar graves accidentes.

Se llaman tales moscas "estros" o "gastrófilos", y no acometen jamás a los caballos en las cuadras.

No crea el lector que este díptero les excita con picaduras dolorosas, como el tábano. Sólo les acomete para depositar en ellos su postura. He aquí cómo procede. Hablamos de las hembras, naturalmente. Se presentan casi siempre en la parte anterior del animal. Se acercan a él, y, delicadamente, inmóviles durante algún tiempo, depositan sus huevos, uno a uno, ya junto a la boca, ya sobre las piernas. Los huevecillos quedan adheridos a los pelos. La larva aparece algunos días después y trata de meterse debajo de los pelos del caballo, produciéndole viva comezón, que el animal combate lamiéndose. Como estas larvas se hallan provistas de cortas espinas, se fijan sobre la lengua del animal, que las traga al primer movimiento de deglución.

Las larvas descienden por el esófago hasta el estómago, en donde permanecen, particularmente, en el saco izquierdo, donde se adhieren por medio de sus pequeñas mandíbulas. Allí se desarrollan, crecen, alcanzan hasta 20 milímetros de longitud. Y se juntan a veces, frecuentemente, en tan gran cantidad, que forman verdaderos racimos. Al cabo de diez meses, poco más o menos, durante los cuales han vivido como parásitos, se transforman y deslizan hacia el intestino, de donde salen con las deyecciones. En seguida se ocultan, no muy profundamente, y se transforman en crisálida pocas horas después. Un mes más tarde, llegada la época de la eclosión, surgen y vuelan las moscas para comenzar una nueva generación.

Esta curiosa evolución del "estro" del caballo es bien conocida. A pesar de ello, no se ha encontrado nada todavía para combatir estas larvas, que resisten a todos los medicamentos, hasta los más enérgicos. Los caballos invadidos adelgazan y enferman. Los que tienen el pelo obscuro son atacados con preferencia por los "gastrófilos", que se multiplican considerablemente. Cada hembra puede poner de cuatrocientos a quinientos huevos. Además, los lugares calurosos y secos favorecen el desarrolo de estos parásitos.

Resta añadir que los caballos no son las únicas víctimas de este género de "estros". Lo son también los asnos y los mulos. Y se han encontrado larvas en el estómago de otros animales: perros, tejones, hienas, conejos, etc.

Estos insectos viven en todas las latitudes, particularmente en las comarcas tropicales.

Lo que fuman los turcos

Nada mejor que un cigarrillo consuela a un turco en sus momentos de tristeza. El pitillo le compensa la falta de todo. Tiene hambre, se fuma un pitillo. Carece de apetito, enciende otro. Le invade el sueño, acude al tabaco para sostenerse en vela. Se encoleriza, un cigarrillo calma sus nervios. No hay reunión, ni recepción, ni conversación sin esa pequeña cosa alargada, blanca y perfumada.

Un empleado de la Administración de la renta de tabacos, de Constantinopla, se ha tomado la molestia de calcular el número de pitillos que se fuman en aquella ciudad.

Sólo en el mes de julio último se fumaron en la oriental metrópoli 124 millones de cigarrillos. Esta cifra hace cuatro millones por día y 2.750 por minuto. Para una ciudad de seis cientos mil habitantes, hay que convenir que estas cifras son bastante altas. Y hay que considerar que se trata de cifras oficiales, a las cuales habrá que añadir las que representan los cigarrillos de contrabando, que allí, como en todas partes, se consumen en gran cantidad.

EL DRY GIN
de los aristócratas
BOOTH'S
Superior y maduro

El músico y la popularidad

Por RICHARD WAGNER

A veces, cuando estoy solo, cuando vibran en mi pecho las fibras musicales, cuando los sonidos confusos y diversos se agrupan en acordes y siente surgir la idea musical; cuando el entusiasmo me inflama, haciendo latir mis arterias en pulsaciones violentas, y brotar de mis mortales ojos lágrimas divinas, me pregunto: "¿No soy un loco, un verdadero loco, al no vivir siempre así conmigo mismo; al abandonar estas felicidades antiguas y lleno de vanidad producir para un público cuyos juicios y sufragios no podrán compesarme, por muy grandes y unánimes que sean, ni la centésima parte del placer que sienta en la práctica de mi arte rodeado de una absoluta soledad?"

¿Por qué razón los mortales privilegiados, en cuyo corazón arde el fuego de la inspiración divina, abandonan su santuario?

¿Por qué corren anhelantes por las calles llenas de lodo, buscando con inquebrantable tenacidad a esos hombres aburridos y estragados para sacrificarles a vil precio una dicha inefable?

¡Qué esfuerzos, qué lucha, qué agitación para conseguir el momento de hacer este sacrificio! ¡Cuántas maquinaciones, cuánta intriga, para hacer entender al hombre vulgar lo que nunca podrán apreciar su mezquino cerebro ni su alma marchita!

¿Es que, acaso, temen que se interrumpa para siempre la historia de la música? ¿Por eso borran de sus corazones las más hermosas páginas de su propia historia, rompiendo el lazo divino que hubiera ligado de siglo en siglo sus generosos corazones?

Debe de existir, seguramente, un poder oculto e inexplicable, al cual yo mismo estoy sujeto, que nos induce a buscar afanosamente la popularidad, afán que, cuanto más pienso, menos me explico.

¿Es ambición, es deseo de bienestar? Motivos poderosos sin duda alguna, pero a los cuales no sucumbe el verdadero genio y que cualquiera hombre descarta en sus momentos de entusiasmo.

En la vida ordinaria es muy lógico que se ceda ante estos motivos cuando se trata, por ejemplo, de un buen almuerzo, o de un laudatorio artículo de periódico; pero jamás cuando para ello haya necesidad de sacrificar los grandes y puros goces del espíritu. Para los corazones altruístas bien pudiera ser el deseo de dar parte a sus semejantes en sus divinos éxtasis. Desgraciadamente, el artista no conoce el mundo ni lo ve tal cual es. Todos los hombres se le figuran de su propia talla, olvidando que sólo existe una Humanidad a la última moda, con fracs y trajes de seda.

Esta desordenada y funesta ansia de popularidad es tan viva y apremiante, está tan encarnada en el alma del artista, que aun en las horas en que cesó, toda inspiración, todavía le roe el pecho, convirtiéndose entonces en ambición prosaica. ¡Ambición maldita, perniciosa ambición, tú eres la que nos induce a destruir nuestros santuarios llenos de poesía! Tú eres la que nos impulsas a mancillar con impíos adornos, un canto, un puro acorde, a encerrar un pensamiento vigoroso y amplio en un lecho mezquino de imbecilidades.

¡Oh, vosotros, "felices desdichados", los de faz hundida y pálida, los de ojos cansados! Estáis consumidos, rotos, muertos por el soplo abrasador del trabajo, y todo para que el público os aclame, lleno de entusiasmo, ante la cubierta embustera con que presentáis vuestra poesía, disfrazada en un momento de cálculo y reflexión, temerosos, sin duda, de que, mostrada en toda su desnudez, tuviese que huir avergonzada ante la rechifla del vulgo.

—¡Ah, si todos fueseis mis hermanos, mis amigos, os haría una deliciosa proposición, nos comprometeríamos a hacer música por nuestra cuenta, ejerciendo operaciones bursátiles! Seríamos entonces completamente dichosos. Voy a daros un ejemplo. Son las dos: hora propicia para ir a la Bolsa. ¿Que las operaciones salen mal? Pues nada, os dedicáis a escribir "quadrilles", cosa que, afortunadamente, nada tiene que ver con la música.

LA SALIDA

Por MÁXIMO GORKI

Por la calle de la aldea, entre las blancas casitas, con alaridos salvajes muévese una extraña procesión.

Una muchedumbre de gentes del pueblo, apretada y lenta, se adelanta como una gran ola, y delante de ella, al paso, marcha un jamelgo con el pelo erizado, la cabeza baja y el aspecto lamentable. Cuando levanta una de las manos, mueve la cabeza de un modo singular, como si la fuese a hundir en el polvo del camino, y cuando cambia las patas parece que la grupa caiga al suelo con intenciones de no levantarse más.

A guisa de caballo de varas, va uncida a la carreta, fuertemente atada por las manos, una mujercita completamente desnuda, casi una niña. Anda de un modo raro, de lado; su cabeza, coronada por espesa cabellera de un rubio obscuro, está echada hacia atrás, y los ojos dilatados miran a lo lejos con una mirada fija y atontada que nada tiene de humano... Tiene todo el cuerpo cubierto de manchas azules y rojizas, unas redondas y otras largas y estrechas; tiene en el seno izquierdo, que es firme y redondo, una herida, por donde se escapa la sangre formando delgados hilillos... Ha producido una línea roja en el vientre y a lo largo del muslo derecho hasta la rodilla, y en esta rodilla una costra obscura de polvo oculta la sangre. Parece que le han cortado a la pobre mujer una estrecha y larga tira de piel, y que han golpeado durante mucho rato el vientre con un palo, porque ese vientre está monstruosamente hinchado y acardenalado.

Los pies, afilados y pequeños, se afirman con trabajo sobre el polvo, tiene el cuerpo espantosamente retorcido y vacilante, y no se comprende cómo se mantiene aún en pie, pues tiene las piernas completamente acardenaladas, lo mismo que el cuerpo, ni por qué aquella mujer no cae a tierra y no se deja arrastrar por la carreta sobre el suelo polvoriento y tibio.

Va en la carreta, de pie, un mocetón con camisa blanca y gorra de astrakán, de la cual cae, partiendo la frente, un gran mechón de pelo rojo; con una mano guía, lleva en la otra un látigo, y metódicamente pega, tan pronto al jamelgo como a la mujercita, cuyo cuerpo está tan maltrecho que ha perdido ya toda apariencia humana. Los ojos del mocetón están inyectados en sangre y brillan con una expresión de triunfo feroz. Los cabellos hacen resaltar su matiz verdoso. Las mangas de la camisa, arremangadas hasta el codo, dejan al descubierto sus brazos fuertes, musculosos, cubiertos de un vello rojo; tiene la boca entreabierta, y entre sus labios asoman los dientes blancos y afilados que de cuando en cuando dejan escapar roncos gritos:

—¡Arre! ¡Bruja! ¡Arre! ¡Ajá! ¡Ahí te va! ¿Qué os parece, hermanos?

Y detrás de la carreta y de la mujer a ella uncida, la multitud, formando una ola inmensa, se mueve y grita, aúlla, silba, ríe, arrea... Los muchachos corren. A veces alguno de ellos se adelanta y profiere, mirando a la mujer, palabras cínicas. Entonces, una carcajada de la multitud ahoga todos los demás ruidos, incluso el chasquido del látigo...

Las mujeres caminan con el rostro excitado y los ojos brillantes de placer... Los hombres injurian al ser que está de pie en la carreta. Este se vuelve hacia ellos y ríe, abriendo desmesuradamente la boca. Da un latigazo al cuerpo de la mujer. El látigo, largo y delgado, se arrolla en torno del hombro y esconde la punta en el sobaco de la infeliz. Entonces el hombre que ha dado el golpe, tira hacia sí vigorosamente; la mujer lanza un grito agudo y, echándose hacia atrás, cae de espaldas en el polvo... Hombres y mujeres se precipitan hacia ella y la ocultan durante unos instantes con su cuerpo.

El caballo se detiene, pero momentos después anda de nuevo, y la mujer, ensangrentada, vuelve a seguir su marcha hacia adelante con la carreta. Y el lastimoso jamelgo, a cada paso que da, mueve la cabeza hirsuta, como si quisiera decir:

—¡Cuán triste es el destino de los animales! Os obligan a tomar parte en abominaciones indignas.

Y el cielo meridional resplandece, no empañado por la más ligera nube, y desde sus alturas el sol de estío esparce generosamente sus ardientes rayos.

No creáis que esto es una imagen alegórica de la persecución y tormento de un profeta desconocido en su tierra; ¡no! Esto se llama: "La Salida". Así los maridos castigan la infidelidad de sus mujeres. Es un cuadro de género, una costumbre... que he presenciado el 15 de julio de 1891 en la aldea de Kandiborka, gobierno de Kherson.

Un nuevo procedimiento de fotografía escultórica

Un profesional inglés ha ideado recientemente la que denomina su autor fotografía escultórica, que llama extraordinariamente la atención y es objeto de alabanzas que parecen garantizar un pronto auge del nuevo procedimiento, cuyo desarrollo pasamos a explicar en tesis.

Sobre el busto de la persona que va a ser retratada se proyecta, por medio de un intenso foco de luz, una serie de líneas paralelas grabadas en una lámina de cristal, y en seguida se fotografía el busto desde dos distintos lugares. En las negativas aparece la imagen, y señalada en ella la serie de paralelas que, naturalmente, se curvaron al proyectarse sobre las facciones.

Se amplían las placas a un tamaño conveniente, y se colocan estas ampliaciones en una máquina especial de modelado, mediante la cual se practican en un bloque de materia adecuada unos surcos que abre un taladro y que corresponden exactamente a las líneas marcadas en una y otra imágenes del busto fotografiado. Se obtiene así una imagen en relieve o en total volumen, de la cual se obtiene la fotografía definitiva, y de cuya apariencia deriva el calificativo de escultórica, perfectamente justificado.

Las paralelas no suelen ser visibles en los cabellos del modelo; pero a la vista de una tercera fotografía preparatoria, el artífice reproduce a mano la cabellera en el bloque de que se hace precedente mención.

El autor de tan curiosa variante en el adelantado arte de la fotografía ha obtenido por ese procedimiento una del príncipe de Gales y otra de la duquesa de York, y varias más de damas inglesas de elevada alcurnia, con lo que, según apuntamos al comienzo, no tardará seguramente en imponerse la moda de la fotografía escultórica.

Origen del término "caballo de vapor"

Antes de la invención del vapor, las máquinas de las manufacturas inglesas eran casi todas movidas por norias, a las que hacían dar vueltas los caballos.

Conocidas las ventajas del vapor, éste vino a ser el único motor empleado allí donde podía disponerse de una corriente de agua bastante poderosa, y los industriales que lo adoptaron impusieron a los mecánicos la condición expresa de que las nuevas máquinas produjesen el mismo trabajo que el número de caballos enganchados a las norias que se tratase de reemplazar. La fuerza del caballo fué así tomada como cantidad de comparación, y sirvió de unidad en la valuación de la fuerza de las máquinas de vapor. Esta unidad, este "caballo de vapor", como se le llamaba, parece que fué creado, en el siglo XVII, por el capitán Tomás Savery, y su uso se introdujo en toda Europa a medida que fueron extendiéndose los motores de vapor. Pero hay que hacer notar que esta unidad no constituye más que una simple cantidad convencional, la cual es muy superior a su valor nominal.

La naturaleza, productora de energía eléctrica

Continuamente existe en algún punto de la superficie de la Tierra una tormenta eléctrica. El ingeniero jefe de la Compañía de Energía Eléctrica, de Wáshington, ha hecho recientemente un estudio acerca de la cantidad de energía producida por estas tormentas.

Comparándola con la gran fuente de energía eléctrica que constituyen las cataratas del Niágara, resulta que la producida por cualquiera de estas tormentas es muy superior al máximo de lo que puede producir dicha estación generadora.

Las cataratas del Niágara rinden una fuerza de 1.000.000 H P, pero alcanzaría a 6.000.000 H. P. la fuerza que las cataratas pudieran generar si toda su capacidad energética fuera aprovechada.

Respecto a las tormentas, por lo general, en todo momento están descargando unas 1.800, con un mínimo de 300.000 descargas eléctricas por hora, las cuales desarrollan una energía de 1.500.000 H. P.

El propósito de la citada Compañía al hacer estos estudios es el de preparar una producción de luz artificial con destino a usos experimentales y pedagógicos.

El cuero artificial

Entre los artículos de exportación en Alemania ocupa el cuero artificial un puesto propio, porque este producto se exporta a países donde la ganadería está muy adelantada y donde, por consiguiente, abunda el cuero natural. Los mercados principales para el cuero artificial se hallan en los países tropicales y subtropicales, entre los que figuran, en primera línea, Sud América, Egipto, Marruecos, España, pero también acogen el artículo Dinamarca y otros países norteños. El que de los trópicos vengan tantos pedidos de cuero artificial se explica por la circunstancia de que el cuero natural contiene aún pequeñas cantidades de grasa, y ésta atrae las polillas, moscas, mosquitos y otros insectos. Las polillas destruyen muy pronto el cuero y las moscas y mosquitos son una incomodidad para el hombre. En cambio, el cuero artificial contiene drogas desinfectantes que sirven a la vez de insecticidas.

Siempre de nuevo se plantea el problema cuál de las dos clases de cuero es la mejor. A esto hay que responder que de ambas clases hay buenas y malas calidades y que, por consiguiente, no se puede contestar la pregunta rotundamente. Lo importante es que el precio y la durabilidad estén en relación.

El precio del cuero artificial — aunque se trate de las mejores calidades — es mucho más bajo que el del cuero natural. Este último no se puede preparar más que en forma de piezas relativamente pequeñas, pues no toda la piel puede convertirse en cuero, sino algunas partes, como por ejemplo, la cabeza, las extremidades, son inservibles, para este uso. En cambio, no se opone nada a fabricar el cuero artificial en trozos de extraordinario tamaño y sin ninguna pérdida de material.

El buen cuero artificial tiene una resistencia muy grande y una de sus ventajas especiales es que se le puede lavar con agua y jabón y hasta cepillarlo y fregarlo. De manera que manchas y otras suciedades se pueden quitar radicalmente, y el cuero parece siempre flamante.

La fabricación del cuero artificial es un procedimiento químico para el cual se ponen en práctica todas las medidas que ya se han acreditado en el terreno de la industria química. Así, por ejemplo, no se pueden utilizar recetas que a veces conducen a un efecto satisfactorio y en otras ocasiones, por cualquier casualidad, a un resultado negativo. Para la homogeneidad del producto es indispensable que toda la fabricación sea regentada por principios estrictamente científicos.

La materia prima, sea que se trate de tejidos, colores, disolventes o de otra cosa, se somete a un minucioso examen en un laboratorio especial. Para la fabricación se emplea tan sólo aquello que en este análisis resulta intachable.

La base del cuero artificial es un tejido que se recubre con una pasta de colodión, según un procedimiento inventado y practicado por la empresa Ketchendorfer Kunstlederfabrik A-G., en Berlín. El cuero artificial es, por decirlo así, una especie de lana de colodión. El tejido llega primero a una tintorería, donde se le da el tinte deseado; después de ser coloreado se le extiende en una máquina especial para evitar que se encoja, y al mismo tiempo se verifica su desecación por aire caliente. Para acelerar y abaratar este proceso ya se ha quitado antes por presión el exceso de agua que contenía.

Después se extiende sobre el tejido la pasta de colodión, que no es un producto químicamente puro, sino una substancia cuya composición varía según la clase de cuero que se trate de fabricar. La pasta se mezcla con la materia colorante, después se añaden disolventes y glutinantes y sólo ahora está en condiciones de ser aplicada al tejido en una capa de variable espesor. Este procedimiento se verifica con ayuda de máquinas especiales y consiste en una aplicación acompañada de una fuerte presión. Según el fin que se tiene en mira será la capa más o menos gruesa, y se dan casos en que el tejido tiene que pasar diez o más veces por la máquina para que se verifique una íntima unión y soldadura entre él y la masa.

Después se vuelve a quitar el disolvente raspándole de los pedazos de tela, que, después de secados, reciben una aplicación de diferentes dibujos: el cuero artificial, pasa por entre los cilindros de acero calentados, en los que el dibujo está grabado. De esta manera se obtiene en el cuero la impresión del dechado y la llamada granelación. Terminada esta operación pasa la tela a un sitio fuertemente calentado y se seca allí colgada en altos bastidores.

Y con esto ya listo el producto acabado. Pero no sale de la fábrica sino después de otro minucioso examen de sus propiedades. De cada una de las piezas se envían muestras al laboratorio para una inspección escrupulosa. Con ayuda de ciertos procedimientos se averigua la resistencia del cuero.

El cuero artificial sirve para muchos usos. En primer lugar, se le emplea como forro de asientos y muchos ferrocarriles ordinarios y subterráneos ya lo han introducido en lugar del cuero natural. Además de otras ventajas tiene la ya mencionada particularidad de no atraer las polillas. También la industria de muebles y la automovilística emplean grandes cantidades de cuero artificial, no solamente para los asientos sino también para las fundas del radiador, para las capotas, toldos, etcétera. Para esto se emplean los llamados "doblados" que constan de dos tejidos con una capa impermeable interpuesta. Se fabrican de este material: maletas, sombrereras, carpetas, bolsas para señoras, carteras, billeteras, etc. También encuentra un empleo en la encuadernación y hasta se fabrican de él auriculares para los aparatos de radio, porque se los puede lavar y atender así a las exigencias de la higiene.

El cuero artificial es, por consiguiente, un material de aplicación variadísima.

LOS DOS SECRETOS

Por A. Delame

—¿Estás dispuesto, Freddy?

—Estoy dispuesto, John.

Eran dos viejos extraordinariamente pálidos. La llama de una extraña lámpara les alumbraba dando un tinte especial a sus fisonomías. John tenía en sus manos un tubo de acero con una jeringuilla corta. Freddy presentaba un brazo desnudo. En la estancia se percibían infinidad de vasijas, ácidos, esqueletos y redomas; John se adelantó con la jeringuilla...

—Espera—dijo Freddy,—voy a escribir algunas palabras.

Y en una hoja de un libro en que había infinidad de jeroglíficos, escribió:

"Me inoculo a mí mismo la enfermedad del sueño, en aras de la humanidad. Si muero, no se culpe a nadie de mi muerte."

Después de escrito esto, firmó, ofreciendo la espalda a John. Acercó éste la jeringuilla e hizo la inoculación. John dijo:

—En dos días nuestro triunfo será completo.

Freddy se apoyó en la pared y permaneció silencioso. Pronto recorrió su cuerpo un estremecimiento, y dando un profundo suspiro cayó a los pies de John.

John, sorprendido de un efecto tan rápido, tomó en brazos a su compañero y le condujo a una habitación próxima.

—¿Habré aumentado la dosis? Tengo dos días antes de emplear mi suero. Veremos, veremos.

Y se frotó sus manos secas y callosas, y después de contemplar un instante el cuerpo de su amigo, volvió al laboratorio.

Los dos hombres habitaban en el último piso de una casucha mala. El edificio lo formaban tres pisos. Desde las ventanas del último se veían resplandores y sombras extrañas. Los vecinos de aquel barrio estaban alarmados con los ruidos que se sentían, suponiendo que aquella casa era de un nigromántico, y pasaban por allí no sin algún recelo.

De vez en cuando se veía una escuálida sombra. Estas siluetas recordaban la magia negra.

Todas estas sombras extrañas hacían que en el público aumentase el miedo hacia aquella habitación misteriosa, especialmente en las mujeres; y como nadie se atrevía a denunciar sus sospechas personalmente en la comisaría, sobre ésta llovieron los anónimos.

Hubert Flandim, llamado por mal nombre "Puño de Acero", que desvalijaba generalmente las iglesias, pensó que un robo en aquel antro tan temido de las gentes le coronaría de gloria.

John y Freddy no salían nunca sino para adquirir los víveres necesarios. Vivían siempre juntos, extrañándole esto a "Puño de Acero", pues Freddy había sido condenado diez y ocho veces por robo, y no le creía muy consecuente en la amistad. Freddy seguía siempre a John como un perro fiel.

Tres veces había hecho John uso de su suero. Tenía confianza en él mismo y nunca dudó que pasaría nada, hasta que oyó tres golpes dados a la puerta.

Abrió y se encontró en presencia de cuatro agentes y un comisario. Un hombre condecorado les acompañaba.

John les franqueó la puerta sin decir una palabra; dejó que registrasen su alojamiento, y mientras mezclaba unos líquidos no titubeó en sostener una conversación con el médico, que era el señor condecorado. Un agente divisó el cuerpo de Freddy, diciendo:

—¡Hay un cadáver allí! Detengamos al asesino.

John sonrió.

—Señores—dijo,—este es mi laboratorio. Si abandono un instante esta combinación de líquidos, volará todo.

El comisario se estremeció; dijo que daría cuenta, dejando guardada la casa por los agentes.

El médico afirmó que el viejo parecía loco; pero que era mejor aguardar a la mañana siguiente para la detención. En el cuerpo de Freddy no se pudo encontrar señal alguna de violencia. Su muerte parecía natural.

—Tengo todavía seis horas — murmuró.

Y se entusiasmó de nuevo con combinaciones de líquidos en ebullición. Se percibió un ligero ruido como de estarse perforando un muro. Era "Puño de Acero", con otro del oficio, que lograron abrir el agujero y penetrar en la habitación. "Puño de Acero" sacó un cuchillo de su cintura cuando vió al muerto levantarse y dirigirse hacia ellos. Retrocedieron hasta la puerta, tropezando con John que había acudido al ruido, y que al ver a Freddy exclamó:

—¡El triunfo! ¡El triunfo!

En esto se sintieron de nuevo los pasos de los agentes.

—¡En nombre de la ley!

Un olor imposible se esparcía por la habitación.

—¡Salvémonos! ¡Salvémonos que va a estallar!

En la puerta se encontraron con los agentes.

—¡Dejadnos pasar!

Y al no obtener respuesta, añadió John:

—Dos grandes secretos mueren conmigo.

No había terminado aún la frase, cuando una detonación espantosa se sintió, derrumbándose el edificio y sepultando los cadáveres de todos los vecinos.

SELECTA ESCUELA PARTICULAR

Para

La Juventud Española

Cursos completos en las Artes y Ciencias con DIPLOMA Y TITULO

No hay exámenes al ingresar.

Instrucción particular.

Se puede ingresar en cualquier época del año.

Anteriormente, éste Colegio ha sido una Escuela de Enseñanza Official del Gobierno de los Estados Unidos.

Precio de instrucción, Alojamiento y Pension, de $1,200 a $1,800 por año, Moneda Americana.

BUENAS OCUPACIONES para nuestros graduados.

También tenemos Cursos por Correspondencia en el Idioma Español.

THE JOSEPH G. BRANCH INSTITUTE OF ENGINEERING

3917 Grand Boulevard

CHICAGO, ILL.

EL MEJOR CAMINO, por José E. Peire

Composición que obtuvo la flor natural en los Juegos Florales realizados últimamente en La Plata.

Caminos, caminos, caminos...,
todos diferentes
y todos lo mismo...
Cruzan las praderas, cruzan los arroyos
por el puentecillo;
se alejan, se alejan
secos y cansinos;
cruzan por los montes y bajo los árboles
quédanse dormidos.
Los despierta el orto, y siguen la marcha,
siempre peregrinos.
Van por todas partes,
mezclados, perdidos,
como hebras dispersas de un pálido y viejo
carretel de hilo.
Se acercan, se abrazan,
se hablan al oído,
y se van de nuevo,
con sed y con hambre y el zurrón vacío.
Suben la montaña,
caen al abismo,
y a veces se ahogan
por cruzar el río...
En la tierra nacen y en la tierra mueren,
cansados, sumisos.

Penas, ideales,
congojas, alivios,
flores y guijarros,
silencios y trinos,
polvo, polvo y polvo...
Caminos, caminos,
todos diferentes
y todos lo mismo.

¿De quién son las huellas que pisa mi planta?
¿Quién pasó temprano por este camino?
¿Quién cortó las rosas?
¿Quién destrozó el nido?

Atrás queda el eco
de los pasos míos.
El camino andado se borra a los ojos,
pero el viento trae perfumes de olvido:
flores aspiradas
en solaces íntimos.

Todo estará triste; yo estaré contento:
llevo la alegría dentro de mí mismo.
Todo estará triste
pero vibra el hilo

Señor José E. Peire.

suspenso a lo largo
de todo el camino:
¡grata, milagrosa
cuerda de optimismo!

Yo alegro mi senda; yo alabo sus goces
y alabo sus penas, y soy como un hijo
que le da expresiones
de fieles cariños;
le doy mis canciones,
le vuelco en sonidos
el vaso amoroso
del corazón mío;
y el camino siente, palpita, recoge
todo mi inefable, dulce regocijo;
le aparto sus piedras,
y en las horas quietas, de paz, le bendigo
porque dan reposo sus árboles mansos
en suave retiro.

Vamos caminando, como de la mano,
y en ratos de claro y azul idealismo,
nada nos contamos,
nada nos decimos;
me da su silencio,
yo le doy el mío,
y así, caminando como de la mano,
vamos silenciosos frente al infinito.

Bebamos el agua de las claras fuentes;
llenemos de cantos la senda de Cristo;
que el amor nos brinde su miel generosa;
que el dolor nos haga buenos y sencillos;
cuidemos las flores;
alcemos el nido;
y en las tardes mansas llenemos el alma
con azul purísimo
y abramos las alas
blancas del espíritu...
¡Que vuele, que vuele,
pájaro sediento, pájaro cautivo!
Porque el alma tiene
también sus caminos...
Si los astros tienen rutas invisibles,
rutas invisibles tienen los espíritus.

Hermanos viajeros, son muchas las sendas;
todas van y vuelven, todas son lo mismo:
todas son dolientes
para el peregrino;
elijamos una y amémosla siempre;
démosle cantares, que ella dará trinos;
démosle alegrías, que ella dará flores;
démosle sonrisas y ensueños y ritmos
de un amor tan claro, tan tierno como una
sonrisa de niño...
que será entre todos
el mejor camino.

Todos son iguales, todos son iguales;
hagámosle ahora nosotros, distinto;
y dirán los pájaros
y árboles amigos
que en la senda amarga
nos hubieren visto:
Sonreían siempre, calmaban al triste,
partían sus panes entre los mendigos,
cuidaron las flores
y alzaron el nido.

AMULETOS Y TALISMANES

En busca de la buena suerte

El temor dió origen a los dioses. En presencia de los fenómenos naturales—el trueno, el relámpago, las grandes masas de nubes, los ardientes rayos del Sol—experimentaba un explicable sobrecogimiento el hombre primitivo, que veía en todo cuanto le rodeaba la obra de los dioses, ante los cuales temblaba él en su debilidad. Y, apenas concibió la idea de la divinidad, cifró en ella todas sus esperanzas. Mediante sacrificios e impetraciones procuró tenerla propicia y obtener de ella toda clase de beneficios. De innumerables modos ha intentado el hombre alcanzar el favor de los dioses y lograr su protección. Claro está que la esencial forma de culto ha consistido siempre en las ceremonias litúrgicas, en los sacrificios y en la oración.

Pero llegó a concebirse el anhelo de contar con la divina tutela en todos los momentos del día y de la noche; se experimentó el ansia de estar en constante relación con el poder sobrenatural, y para ello se ideó el talismán, que no sólo garantiza a quien lo posee el goce de toda clase de bienes materiales, como la salud, la riqueza y la dilatada vida, sino que, además, le libra de las plagas del hambre, de la sed, de la miseria, y desvía el brazo de los enemigos. Para que un talismán tenga positiva eficacia, no solamente ha de estar fabricado de una determinada materia y poseer una forma particular, sino que es también indispensable adquirirlo en especiales circunstancias. En cuanto al amuleto, es algo distinto. Los peritos en la materia diferencian bien la virtud y los efectos respectivos de amuleto y talismán. Este atrae a los espíritus del bien, mientras que el amuleto aleja a los malos espíritus.

Se encuentran amuletos y talismanes entre todos los pueblos de la tierra. Y es curioso observar que uno y otro objeto de superstición coinciden en su forma primitiva, que consiste simplemente en la expresión escrita del nombre de la divinidad. Este nombre envolvía un mágico poder. Se escribió primeramente en caracteres ordinarios; más tarde, con letras de una forma especial, y, por último, agrupando esos signos de expresión en un orden secreto.

La mayoría de los amuletos y talismanes usados por los orientales contenían máximas del Corán. Los que utilizaban griegos y romanos consistían en pequeñas imágenes de los dioses, artísticamente labradas en piedra. Hubo amuletos astrológicos, de los que se suponía que aumentaban la eficacia de los astros favorables al poseedor del objeto aquel.

Gran importancia se concedió también a las fuerzas secretas atribuídas a las piedras preciosas. Según aquellas teorías, el zafiro proporcionaba la paz del espíritu; la esmeralda era la piedra de la amistad y de la fidelidad; el ópalo, según creencia india, poseía la virtud de hacer permanente la felicidad; la cornalina, o ágata rojiza, preserva de la acción de los venenos; pero si esa piedra es parecida a la piel de hiena trae la discordia a las familias; el jaspe verde esmeralda, con línea transversal en el centro, es favorable al orador; la amatista se consideraba como preservativo contra la borrachera, y a eso debe tal piedra su nombre, procedente del griego; el cristal, atractivo del favor de los dioses; el heliotropo (variedad del ágata) hacía invisible al portador de esa piedra; la hematites, que descubría las asechanzas, hacía ganar los procesos y era remedio contra los males de ojos y de hígado; el coral, que destruía los torbellinos y protegía contra el rayo, y, en fin, el hierro, con el que se trazaban círculos en tierra u otras figuras en el aire, por tres veces, en torno de un niño, para alejar de él todo maleficio.

En lo concerniente a plantas, citaremos la flor del eléboro, de la que se afirmaba que poseía un poder mágico contra toda enfermedad. Los amuletos prehistóricos que se han encontrado son de piedra, arcilla, hueso, cuerno y bronce, y tienen la forma de disco, rueda, martillo, etc. El principal amuleto egipcio era el escarabajo sagrado, emblema del Mundo, y, a veces, del Sol.

Lo mismo la gente inculta que los doctos, y sea cual fuere la raza a que pertenezcan, incurren con más frecuencia de lo que parece en la superstición que denota el uso de talismanes, caso que se registra incluso entre europeos de cultivado espíritu. Pascal llevaba cosidas en el forro del traje inscripciones místicas, a las que creía eficaces contra la duda y los accesos de desesperación que a menudo le asaltaban. Y, actualmente, la tripulación de un dirigible alemán lleva a bordo, como mascota, una talla que representa una grotesca imagen del diablo, lo que hace coincidir a esos hombres con los caldeos, entre cuyos principales amuletos figuraban estatuitas de espíritus maléficos, porque creían que se ahuyentaban a los demonios por medio de su propia imagen, y esas estatuitas solían también colgarse de las ventanas y puertas de las casas.

PAPEL Y TINTA

"Gracia plena", poesías de José Pedroni

De las obras dadas a la publicidad en este año, aún por nuestros poetas consagrados, ninguna, a nuestro criterio, reúne la emoción de este libro, escrito por un poeta joven, casi desconocido en el escenario de nuestras letras.

Ya en su obra anterior reveló sus grandes cualidades, y ahora en este volumen tan hondo y sentido, que marca un paso gigantesco a su anterior, el señor Pedroni se coloca a la vanguardia de nuestros mejores apolonidas.

No queremos abusar de ditirambos ni nos apasionamos, sino somos sinceros al decir que estamos frente a un poeta de una gran sensibilidad, que escribe lo que recogen sus pupilas y embarga a su corazón. Muchos dan sus obras y en ellas nos hablan de selvas y ríos, bosques y montañas, todo por intuición; de ahí la falta de exactitud en las producciones, pero el señor Pedroni, con esa emoción dominante peculiar en él, le habla a su compañera, al hijo que está por llegar, en versos musicales, con metáforas elegantes. Así lo justifican sus poemas "Maternidad", bellísimo y sentido, "Lunario Santo", originales, frescos y espontáneos, y por último, "Palabras al hijo por nacer", de una imaginación ardiente.

Es a nuestro concepto, "Gracia Plena", un libro emocionante, concebido por un verdadero poeta que ama el hogar y es su compañera su mejor complemento.

Damos a continuación unas estrofas bellísimas, en las cuales recoge la emoción de la llegada de dos madres ante el advenimiento de su pequeño:

NOVENA LUNA

Dos cartas iguales escribí en la noche
para dos ausentes: tu madre y la mía.
Las madres salieron de distintos puntos,
y las dos llegaron en el mismo día.
Mi madre, del campo, con su cochecito;
la tuya, de lejos, en veloz carruaje;
una con mantillas que compró en el pueblo
y otra con un gorro que tejió en el viaje.
. . . . . .
Levantóse polvo. Vi en la nube un punto.
Vi en el punto un niño. Vi en el niño un hombre.
La nube de polvo se elevó en el cielo,
y alzando las manos pronuncié tu nombre.

"Cánticos de Raquel", por Raquel Adler

La autora de "Místicas" ofrécenos un nuevo volumen de poesías, donde campea, como en su anterior, esa serenidad que fluye de su alma artista.

Son versos, éstos, que dejan una dulzura en el espíritu del lector. Si bien en algunos se nota algún apresuramiento que destruye la armonía, nosotros que no nos detenemos en la forma y vamos al fondo de las cosas, nos deleitamos con la emoción encerrada en esos moldes sonoros.

De sus versos citaremos "El nido", donde se trasluce el espíritu sensitivo de la autora, que en sus horas de soledad, cuando el dolor arrebata su alegría, dice:

"Hollar los espacios, clavar mis pupilas
"en ti ¡oh astro rey!, deslumbrarte luego,
"y así desafiarte ya que en mí perfilas
"este extraño duelo de espadas de fuego."

"Cánticos de Raquel" es un libro interesante que consagra el nombre de la excelsa escritora.

"Ensayo sobre la teoría del conocimiento", por el Dr. Alfredo Franceschi

El profesor de las Universidades de La Plata y Buenos Aires, Dr. Franceschi, ha dado a la publicidad esta obra que facilita la enseñanza de las teorías del conocimiento.

Ya en su prefacio, dice el autor, "filósofos representativos de nuestros días declaran que el realismo es una doctrina superada, y que, por lo tanto, casi no existe el derecho de creer en él ni siquiera de postularlo como hipótesis legítima. Lejos de opinar así, entendemos que una concepción realista puede ser corroborada mediante el examen de los distintos aspectos del pensamiento."

En la obra estudia con grandes conocimientos el Dr. Franceschi, "El sentido común", "La teoría física según Duhem" y "El movimiento"

Libros de esta índole ofrecen a los estudiosos un gran aporte, porque ellos están trazados con acopios de conocimientos que, desde luego, facilitan la tarea del observador, llevándolo por la senda más fácil y directa, hacia la comprensión.

Felicitamos al señor Franceschi por su valiosa obra, que no dudamos llena un gran vacío para la juventud estudiosa.

F. B. V.

"Airampo", "El Viento Blanco" y "Salta", por Juan Carlos Dávalos

La librería "El Ateneo", de Pedro García, que acaba de obtener dos rotundos éxitos con "Revelaciones íntimas de Rubén Darío", por Soto Hall, y "Leyendas Guaraníes", por Ernesto Morales, volverá a obtenerlas, a buen seguro, con la reedición de las obras del escritor salteño Juan Carlos Dávalos: "Salta y El Viento Blanco" y con la edición de "Airampo", colección de narraciones terruñeras.

Nos ocuparemos de este último, ya que de aquellos, a la época de su aparición, fueron profusa y elogiosamente comentados por la crítica.

He aquí como su propio autor define su nombre de tan agreste sabor indígena: "Se bautiza un libro como se bautiza un hijo, con el nombre que más agrada al progenitor. Yo adopto un nombre indígena para esta compilación, queriendo significar con ello las dos mejores cualidades que adornan, según pienso, a este pobre engendro mío: rusticidad y humildad.

El "airampo" es una linda flor de la cordillera, cuyos rojos pétalos se abren al sol de las cumbres, sobre las pencas espinudas de un pequeño cactus rampante. La tomo como símbolo de una literatura sin pretensiones, una literatura fragmentaria, indígena, elaborada a duras penas y en la que pretendo haber logrado raras veces, mediante un arte incipiente y entre muchas páginas áridas, alguna nota vibrante."

Cinco partes: "La ciudad", "Pueblecitos montañeses", "En las cumbres", "Cuentos", "Opiniones", constituyen el libro; y a fe, que si en unas, "La ciudad" u "Opiniones", se muestra una ágil pluma, avezada a los saltos periodísticos, en otras, "Cuentos", adquiere la robustez que el género requiere. Describe y pinta acabadamente; y si a su precisión agregamos que por los escenarios y tipos exóticos y terruñeros, sus cuentos adquieren un mayor encanto. Estilo sencillo y rico en color, armoniza con el tema rústico y el ambiente típico. Y el interés de la narración, únese a lo pintoresco para concluir por cautivarnos definitivamente.

La leyenda, la costumbre, la originalidad del carácter salteño, han hallado en Juan Carlos Dávalos, su escritor. ¡Ya es decir! El ha venido a hacer con Salta lo que Joaquín V. González, en "Mis montañas", hiciera en La Rioja, a la vez que enseñaba el camino bueno que Ricardo Rojas, "El país de la selva", y otros seguirían después. Juan Carlos Dávalos se cuenta entre estos.

Su libro "Airampo", que Adolfo Bellocq ilustra acertadamente, continúa la obra de su anterior volumen, "Salta", y aún la de su "El Viento Blanco", rimero de leyendas hispano-calchaquíes. Y esta obra armónica señala en su curva serena, la evolución de un vigoroso temperamento artístico. "Airampo", pues, merece el éxito editorial de sus predecesores.

Almanaque "Sol y Tierra"

Como de costumbre, los señores Merello Hermanos y Cía., de Rosario de Santa Fe, acaban de editar el volumen del Almanaque "Sol y Tierra", correspondiente al año 1926.

En un grueso volumen de cerca de cuatrocientas páginas, ilustrado con profusión de grabados, se han acumulado numerosas informaciones, que han de interesar a la generalidad de los lectores, y muy especialmente a los que emplean sus actividades en los negocios de agricultura, ganadería, granja, etc.

También encierra la obra que nos ocupa datos estadísticos, recetarios domésticos, conocimientos útiles, tarifas, tablas de reducción, fórmulas industriales, etc., además de una nutrida y selecta colaboración literaria, que torna amena e instructiva la lectura del volumen de referencia.

"Por gracia de Helicón"

Con motivo de la publicación de su obra, "Por gracia de Helicón", ha recibido nuestro colaborador, Ricardo M. Llanes, entre otras, la carta del doctor Manuel María Oliver, que a continuación transcribimos:

"Buenos Aires, noviembre 29 de 1925

Señor Ricardo M. Llanes.—Presente.—He recibido su tomo de versos titulados "Por gracia de Helicón", que agradezco. Los leí con mucho placer, como quien sorbe un buen vino y con esto verá usted que gusté el zumo que ofrece en ellos. Tiene usted elegancia, emoción y objetividad, tres grados de belleza que combinan y engarzan los joyeles poéticos. Su espíritu es fuerte y su inspiración helénica, dentro de una libre manera de expresar sus estados mentales. Conceptúo de mano maestra su "Autorretrato", toda una agua fuerte, valiente ironía lanzada contra la ridiculez de algunos pseudos poetas, caricaturas lamentables de extinguidas bohemias literarias. Y sin conocerlo ya lo conozco, por su sobria figura dibujada en block:

"Mi porte es sencillo:
"un cuello bien limpio y un traje modesto;
"no llevo corbata voladora, ni uso
"enorme chambergo;
"ni larga melena
"ni ademanes necios."

Todas sus composiciones son correctas; domina usted el lenguaje y se aparta de las corrupciones que lo rebajan y degradan. Su talento creador no requiere del opio del barbarismo, lo que implica que abreva en agua pura.

"Un muerto en la Pensión X" es magnífica. Con este adjetivo expreso mi aplauso rotundo. ¡Así vale la pena sentir penas y delinear almas!

Saludalo cordialmente. — **Manuel María Oliver.**"

EL FOOTBALL EN EL RÍO DE LA PLATA

POR ERNESTO ESCOBAR BAVIO

Antiguo cronista de sports de "La Nación"

En 360 páginas, la historia completa del popular sport en el continente, desde el año 1893, hasta la actualidad.

Adquiera un ejemplar en: Editorial Sports, Bolívar 879; Gath y Chaves, Cangallo y Florida; Jorge G. Brown y Cía., Cangallo 684; Librería Peuser, San Martín y Cangallo; Barbera, Matozzi y Cía., Esmeralda 332; Librería Moen Balder, Florida 431.

Precio del volumen: 3 pesos

Los pedidos del interior deben ser acompañados, además, de 0.30 para el franqueo certificado.

INTERESA SOLO A LAS SOLTERAS

Maruja está de novia

POR

CARLOS C. SANGUINETTI

Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573, Bs. Aires, y en las principales librerías.

Precio $ 2.00

¿Quiere usted pasar unas horas divertidamente sin necesidad de ir al teatro?

LEA

PEDRÍN

BROCHAZOS PORTEÑOS

POR

FÉLIX LIMA

se encuentra en venta en las librerías del centro, en Gath y Chaves, en la administración de FRAY MOCHO, Bolívar, 879, y en todos los quioscos de las estaciones de ferrocarril de la República.

Precio: $ 2.50

OBRAS DE

Carlos Correa Luna

Historia de la Sociedad de Beneficencia
(1823-1852)
$ 3.50

Don Baltasar de Arandia
$ 2.50

LA INICIACION REVOLUCIONARIA. EL CASO DEL DOCTOR AGRELO—UN CASAMIENTO EN 1805—LA VILLA DE LUJAN EN EL SIGLO XVIII—ANTECEDENTES PORTEÑOS DEL CONGRESO DE TUCUMAN.

A $ 1.— el ejemplar

En todas las librerías y en la administración de FRAY MOCHO. Bolívar 879. Buenos Aires.

Dos libros

de

Adolfo Vázquez Gómez

NUEVOS RUMBOS EDUCACIONALES

Con un prólogo del
Doctor ANTONIO SAGARNA
Ministro de Justicia e Instrucción Pública

Precio: $ 2.--

El país del prodigio
(Crónica y comentarios de un viaje a través del Brasil)

Precio: $ 1.50

De venta en Harrod's, Gath & Chaves, en las librerías "del Colegio", "El Ateneo" e "Hispano-Americana" y en los principales establecimientos del ramo.

Editor: **Carlos VÁZQUEZ BARRIO**
FORMOSA 471 BUENOS AIRES

AVIACION

La vuelta al Mediterráneo en 18 horas

A continuación del Concurso de Saint-Raphael, cuyas desgraciadas circunstancias son del dominio público, se ha dicho que la hidroaviación comercial no había entrado, todavía, en una fase práctica, y que los proyectos de enlace por vía aérea entre Francia y el Norte del territorio africano, eran vanas quimeras.

La casa Lioré y Olivier ha dado, a los que tal dicen, un mentís irrecusable, al recorrer, con uno de sus aparatos, la cuenca del Mediterráneo en menos de diez y ocho horas de vuelo.

En la mañana del 14 de Octubre, un hidroavión armado por la Aeronaval salió de los alrededores de Marsella, donde había llegado el día anterior por vía aérea viniendo de su base de Antibes, y llegó, en el mismo día, a Argelia... Algunos minutos de parada en Barcelona, para saludar la tierra española, y, de un salto, cruzó el Mediterráneo para posarse en la capital del Africa del Norte. Salió, de nuevo, de Argel para visitar las grandes ciudades de la provincia de Constantina y Tunecia, Bone, Philippeville, Túnez, Biserta, y, al día siguiente, de un nuevo salto, regresó a Francia, bordeando Cerdeña y Córcega.

He-aquí su horario exacto: Antibes-Berre, 1 hora, 40 minutos; Berre-Barcelona, 2 horas, 20 minutos; Barcelona-Argel, 3 horas, 50 minutos; Argel-Biserta, 4 horas, 10 minutos; Biserta-Ajaccio, 4 horas, 20 minutos; Ajaccio-Antibes, 1 hora, 40 minutos. Esto es, 17 horas, 20 minutos, y un total aproximado de 2.620 kilómetros.

Vamos a decir dos palabras sobre el aparato utilizado en el recorrido:

Se trata de un biplano de 16 metros de envergadura. Su casco, de 12 metros de largo, es del tipo llamado "suave", de formas amortiguadas capaces de resistir los más rudos golpes de mar, especialidad que honra, en Francia, a la Casa Lioré y Olivier. En su cabina, acondicionada para turismo, un aparato formal de telegrafía sin hilos permite estar constantemente en comunicación con la costa, dar noticias suyas y recibir informes sobre el estado atmosférico. Si se viese obligado a amarrar, un mástil telescópico substituiría prontamente al cable antena y el aparato no temería al cesar su vuelo ser juguete de las olas. Por otra parte, es necesario observar que no se trata de un hidroavión especialmente preparado para un "raid", y menos aún para una carrera, condenado a ir buscando los tiempo de calma y aguas tranquilas. Es, sencillamente, un aparato de serie construído por los establecimientos Lioré y Olivier para las necesidades personales del presidente del Consejo de Administración de estos establecimientos y de la Compañía Aeronaval: M. Clement Bayard, el gran constructor de todos conocido.

El motor era un "Lorraine" 450 caballos de vapor, del que no hay nada que añadir, pues todos conocen sus numerosas y hermosas proezas.

El director de la Compañía Aeronaval, M. Flamanc, teniente de la Armada, hacía de comandante a bordo, acompañándole el piloto Macheny y el radiotelegrafista Raoul.

Hay que señalar todavía la amable acogida dispensada a esta expedición del Mediterráneo por el comandante don Pedro Cardona, director de la Escuela de Aeronáutica, que se interesó muchísimo, en unión del comandante Espinosa, por las cualidades marinas del aparato cuando evolucionaba en el puerto de Barcelona.

He aquí, por consiguiente, un aparato construído en 1924, que largo tiempo voló sobre el Sena, luego sobre el Mediterráneo y que ha dado, en tres días, la vuelta a la cuenca del Mediterráneo, amarró ocho veces en distintas bahías, y eso sin apresuramiento, con la velocidad regular de un crucero normal, visitando los puertos, pernoctando tranquilamente amarrado a una boya, como lo haría un yate de recreo. ¡Qué mejor prueba puede darse de la seguridad de la navegación aérea con hidroavión!

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. AMADEO NATALE
Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735—U. T. 7382, Av.

Dr. JUAN E. CARULLA
Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente
enfermedades internas
Méjico 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. VICTOR MORASCHI
OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL OFTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 ½
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. ALBERTO T. BARRAGAN
DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 Sáenz Peña 216
U. T. 38 Mayo 6837

Dr. Á. R. ZAMBRINI
Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y oídos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. JORGE I. DEL PIANO
Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hospital San Roque.
Asistente a la clínica del profesor Sebileau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 — U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. ALEJANDRO PINTO
MÉDICO CIRUJANO
Ex Practicante Interno de los Hospitales San Roque y de Niños de la Capital Federal. — Señoras y Partos.
Bmé. MITRE 1272 Adrogué

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO
Médico oficial del Círculo de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas de 3 a 5 p. m.
Unión Telef., 5728, Juncal

En el país de los navajos

Explorando el "Cañón de la Muerte"

Una estrecha y áspera garganta se extiende desde las lomas de la cordillera de Chuska hasta las inhospitalarias llanuras del noreste de Arizona (EE. UU.) Este desfiladero es el conocido con el nombre de "El cañón de la muerte". A lo largo de sus 25 millas de longitud, álzanse las secas y rojizas murallas naturales, de una altura de 500 y 1.000 pies sobre el tortuoso camino que constituye el fondo del desfiladero.

Los invisibles dedos de incontables siglos han acariciado estas escarpaduras casi verticales y las han moldeado en formas de sublime belleza. Aquí se recorta un arco colosal; allí, en imponente majestad maciza, parece erigirse algo como un templo antiguo...

Tal es el "Cañón de la muerte", el origen de cuyo nombre está unido al recuerdo de nuestros colonizadores.

ORIGEN DE SU NOMBRE

Los indios navajos—considerados como unos de los primeros habitantes de los territorios que hoy constituyen los Estados del sureste de la gran República norteamericana—, los indios navajos, repetimos, y los mejicanos, eran grandes enemigos. Hasta la ocupación de los territorios del suroeste norteamericano por los Estados Unidos—y aun después—, navajos y mejicanos luchaban continuamente unos contra otros.

Hacia el invierno de 1804-05, un núcleo de guerreros navajos guarecieron a sus mujeres e hijos, en unión de unos 40 hombres armados hasta los dientes, en una cueva altísima, donde no podían ser vistos desde el cañón o desfiladero que corría a muchos metros de profundidad, y, jinetes sobre sus indómitos caballos, dispusiéronse a seguir peleando con los mejicanos, sus enemigos de siempre.

Antes de que volvieran a recoger a sus familias, una partida de mejicanos cruzó el cañón clamando venganza. Casualmente, al borde de la alta cueva hallábase asomada una anciana, la cual, sin poder contenerse, insultó ferozmente a los mejicanos. Estos, entonces, acamparon allí mismo, cortando todas las salidas, y enviaron un destacamento para que, dando un gran rodeo, subiera a la cima del cantil fronterizo a aquél en que se hallaba la cueva de los navajos. Desde dicha cima, exterminaron a tiros a los indios, que, por su parte, causaron numerosas bajas entre los mejicanos de la cima frontera y entre los que se hallaban en el fondo del desfiladero.

Ciento y pico de navajos perecieron en la cueva, la cual, aunque visitada y "curioseada" desde hace pocos años por hombres blancos, conserva aún muda evidencia del espantoso drama, como son centenas de señales de los proyectiles, huesos ennegrecidos y trozos de ligamentos nauseabundos.

Y he aquí por qué se llama este desfiladero "El Cañón de la Muerte".

LA HISTORIA NO ESCRITA

Este fué sólo un episodio de la historia del Cañón de la Muerte, una historia no escrita, sino expresada por los testimonios materiales de los distintos pueblos que durante muchos y muchos siglos habitó en sus cuevas enormes.

Substancias alimenticias, piezas de indumentaria, armas, utensilios domésticos y objetos funerarios son como el alfabeto en que está escrita la historia de estos pueblos que no conocieron el arte de escribir. La técnica de los arqueólogos modernos traduce estos objetos en páginas en que se historian esas culturas primitivas.

A fines de 1923, el distinguido arqueólogo americano Mr. H. Morris empezó a estudiar las ruinas prehistóricas del Cañón de la Muerte, por encargo del Museo de Historia Natural, de Nueva York. Un día de Septiembre acampó la expedición frente a la llamada "Cueva de la Momia". Cerca de ella se alza una típica vivienda apoyada contra la roca, gran estructura de mampostería, dividida en ochenta habitaciones. En algunas de sus partes llega a alcanzar una altura de tres pisos.

De la base de esta construcción parte una pequeña vertiente cubierta de basuras y cenizas. En uno de sus extremos el viento ha dejado al descubierto huesos humanos, y fué en aquel punto en donde los exploradores comenzaron sus trabajos de desenterramiento. Hallaron un primer esqueleto en muy mal estado y, junto a él, algunas pipas de piedra.

Ahondando más, bajo una capa de cortezas de cedro, descubrieron el cuerpo de un hombre, momificado por disecación. Cubrían sus pies mocasines de ante, y sus piernas, hasta la rodilla, polainas en espiral de la misma materia. Una ancha banda de ante daba tres vueltas alrededor de la cintura. Uno de sus extremos caía en forma de delantal hasta la mitad de los muslos, mientras que el otro cruzaba diagonalmente el pecho hasta doblarse sobre un hombro.

En la muñeca izquierda "lucía" un brazalete de cáscaras de guisantes, y entre los dedos de la mano derecha yacía un arma arrojadiza. Sobre el pecho un caramillo de madera con incrustaciones de cuentas blancas, una especie de saco con la piel completa de un animal pequeño, conteniendo una pipa y otros objetos para fumar y cierto número de objetos de huesos.

Cubría la cabeza una cesta, y otra servíale a manera de almohada. El cuerpo apareció a los ojos de los exploradores envuelto en una gran manta de cuerda, amarrada con tiras de piel de conejo.

Sin duda, tratábase del cadáver de un jefe de tribu o de cualquier otra personalidad importante, a juzgar por los adornos de que estaba revestido.

Leyendas guaraníes
POR
ERNESTO MORALES

En este libro, el alma de la vieja raza guaraní florece en forma de narraciones llenas de color legendario y emoción dramática.

Obra única en su género, de ella puede decirse que, por primera vez en nuestra literatura, se da vida artística a tradiciones que hasta ahora sólo habían interesado a los eruditos.

PRECIO: $ 2.50
En todas las librerías

COLABORACION ESPONTANEA

Los no vencidos

Eran aproximadamente las once de la noche cuando un hombre atravesaba una calle desierta de los alrededores de Buenos Aires. Parecía muy viejo y no lo era. Llevaba impreso sobre sí el sello inconfundible de los que han luchado y sufrido mucho, en una vida áspera, pródiga en sinsabores. A pesar de llover copiosamente no intentaba defenderse del agua que azotaba sus pobres ropas, ceñidas al cuerpo. Caminaba lentamente, con la pesadez de los que deben llegar forzosamente a un penoso destino. Detúvose frente a una casa de apariencia humilde, delante de cuya entrada se paró indeciso. Por último empujó la puerta, cuyos goznes, al girar, provocaron un chirrido penetrante. Entró rápidamente, temiendo carecer de valor para llegar a la pieza donde su mujer y sus hijos esperaban ansiosamente su llegada.

Atravesó pensativo los dos patios del conventillo; subió por una derruída escalera que gemía ásperamente, y fué a detenerse, acobardado, frente a su pobrísimo hogar.

¡Cómo entrar sin llevar un pedazo de pan a las criaturas y un poco de esperanzas, cuando él no tenía ninguna, a su buena y triste compañera? No; no entraría así, con las manos vacías, chorreando agua, hambriento, lloroso. Pensó que no tenía derecho de cobijarse derrotado y vencido en el hogar que había formado y de cuya existencia era único sostén. Lo agitó el deseo de volver a la calle, a intentar cualquier cosa, a robar, si fuera necesario, para que sus hijos no padecieran.

Descendió lentamente la escalera: estaba resuelto; asaltaría al primer transeúnte que encontrase. Vió un grueso garrote caído en un rincón y haciendo un esfuerzo cargó con él y se lanzó a la calle.

Caminó muchas cuadras, sin rumbo; a su lado pasaron muchas personas, pero él decía: "Más allá, más allá, donde pueda matar si es necesario". Rendido, llegó a una esquina obscura, donde decidió esperar. A los pocos minutos vió venir a un hombre. Su mano nerviosa buscó el garrote que levantó prestamente, con fuerza desconocida. El transeúnte pasó, pero la mano del improvisado criminal habíase detenido en la mitad de su semicírculo, como si una fuerza misteriosa lo detuviese en su afrenta.

Veía un obrero honrado en el nocturno viandante y carecía de valor para arrancar de sus manos el fruto de su trabajo. Esperaría otro, al que nada le hicieran unos pesos, porque él no quería mucho dinero; robaría sólo lo necesario para remediar su mal.

Pronto pasó otro, pero nada hizo, paralizado de terror por el agudo lamento de un pito policial. Y luego pasaron varios más, muchos más, y él continuaba acurrucado, acobardado, sin atreverse a obrar, buscando siempre un pretexto para engañarse a sí mismo; la mucha luz del farol de la esquina, la falta de tiempo para descargar el golpe, o las formas atléticas de las víctimas elegidas.

La lluvia que azotaba inclemente sus mejillas descarnadas lo hizo volver atrás; tenía miedo, se sentía desfallecer, y, vencido, humillado, volvió sobre sus pasos. Entonces se asombró. Había caminado mucho y estaba a sólo una cuadra de su casa, y comprendió que todo había sido una farsa, que no tenía fuerza para luchar, que buscaba instintivamente su hogar humilde, pero único refugio, para sepultar en él su vida inútil, despedazada ya. Entró en su casa, y sosteniéndose apenas sobre la débil barandilla, volvió a subir penosamente la escalera.

Toda la casa ostentaba un aspecto tetral de impureza y miseria. Una carcajada gangosa rompió el silencio y un grito de mujer, comprimido al instante, surgió de la sucia buhardilla de Teodoro, el viejo borracho, zapatero a veces, "quinielero" siempre. Nuestro hombre sintió náuseas, y haciendo un esfuerzo abrió la puerta de su albergue, y entró.

Era el mismo cuadro que esperaba y que lo había acosado durante todo el día, mientras ambulaba por la ciudad en busca de trabajo. En medio de una pieza desmantelada, en uno de cuyos rincones yacían un par de pobres jergones, rodeando una tosca mesilla de ásperas tablas, ella, su compañera de veinte años, velaba en su regazo el sueño de dos niños pálidos. A su lado, su hija, una niña aún, con temple de mujer forjado en el dolor, contaba cuentos fantásticos al más grandecito de sus hermanos, que de pie, en medio de la habitación, horrorizado por duendes y brujos, olvidaba momentáneamente que hacía muchas horas que no probaba un bocado.

Al entrar en la pieza, sintió dolorosamente las miradas ansiosas de su esposa y su hija, y comprendiendo el desesperado interrogante de aquellos ojos angustiosos, dijo:

—Nada.

La niña, pronunciando algunas palabras de desesperación, recostó la cabeza sobre el hombro de su madre. Ésta nada dijo, pero de sus ojos brotaron ardientes lágrimas que corrieron por sus mejillas flácidas, ya hechas al llanto. El padre dejóse caer sobre uno de los jergones y prorrumpió en amargos sollozos. La madre olvidó sus penas, sus desvelos, su hambre, y mirando a sus pequeñuelos, dijo en voz baja:

—Cállate, Juan, puedes despertarlos.

Pero era inútil; ellos habían sentido el ruido de la puerta al abrirse y los pesados pasos de su padre, y volviéndose hacia él, y a pesar de que el mayorcito intentaba callar, dijeron a coro:

—¡Tienes pan, papá! Nosotros tenemos hambre.

—Cuando papito vino, estaba todo cerrado; mañana les traerá mucho pan—dijo la madre, envolviéndolos en sus brazos y tratando de engañarlos.

—Ya nos dijiste lo mismo—dijo uno de ellos ingenuamente.

—Y mañana volverás a decirlo—sentenció otro.

—Cállense—pronunció la hermanita en voz baja, dando a su mirada la expresión del terror.— ¡Sienten!—un rayo formidable había estallado,—son los duendes que buscan a los niños que no duermen para llevarlos a sus cavernas extrañas. Duerman quietitos, para que los duendes se vuelvan solos a sus negras cavernas.

Pero los niños, lejos de serenarse, aterrorizados por la tormenta y azuzados por el hambre, pusiéronse a llorar desconsoladamente.

Nora, que así se llamaba la hermana, sentía terror también. Era un miedo moral que la invadía poco a poco. Perseguida insistentemente, como todas las mujeres de aquel lóbrego arrabal, su entereza mantenía encendida la codicia de los hombres. Hasta su oído atento llegaban, entre los vagos rumores del vendaval, el quejumbroso acento del bandoneón, tocado con maestría en una taberna cercana. Era ahí donde un inmundo traficante esperaba noche a noche.

Sintióse impelida hacia el sacrificio. Tarde o temprano debía caer; ése era el único camino de las mujeres de su clase. En una última rebelión, dirigió una mirada en torno de ella. Su madre sollozaba en silencio, tratando en vano de consolar a los niños; la vió pálida, ojerosa, con frío, con hambre. Su padre, acurrucado en un rincón, tiritaba en medio de las convulsiones de su llanto violento.

Nora no pensó más. Descolgó de un clavo una pañoleta negra y envolviéndose en ella, miróse de paso en un pedazo de espejo, colgado de la pared. Era hermosa y lo sabía. Una triste sonrisa de recóndita satisfacción femenina se dibujó en sus labios.

Sin decir una palabra, con paso tardo, con la vaga esperanza de no llegar nunca, se dirigió a la puerta. Tuvo miedo de ser cobarde y su mano nerviosa buscó anhelante el picaporte y, bajo la presión de sus dedos ágiles, aquel giró rápidamente. Julián, el mayorcito, como dándose cuenta de que algo grave ocurría, acercóse a Nora y se agarró a su vestido, como intentando detenerla. El padre, sobresaltado, preguntó rudamente a su hija:

—¿Dónde vas?

Ella titubeó un instante; luego dijo:

—¡No sé!

El padre comprendió. Miró a su hija que imponíase por amor a ellos tan grande sacrificio. Se acercó a ella. Aquel gesto habíale revelado con infinita aspereza la humillación de su hogar, y con los ojos saltados, el gesto iracundo, las manos crispadas, abofeteó a su hija. Fué un relámpago de desprecio, de venganza, de odio. Ella nada dijo. El padre comprendió que amaba más a su hija; que su mano había castigado, en carne de ella, a los que arrastraban su lujuria en el patio, bajo la lluvia; al tabernero de la esquina; a Teodoro el borracho; al traficante..., y lloró amargamente.

En la madre, que había seguido la escena, muda de espanto, sin poder pronunciar una palabra, dibujóse una leve sonrisa de triunfo, de satisfacción, de gloria.

Los niños, como si conocieran el drama que envolvía su hogar, callaron en su llanto, quedándose dormidos poco a poco.

El padre habíase erguido en tanto, contemplaba henchido de admiración, de gozo y de ternura aquella hija suya que hubiera sacrificado, en homenaje a ellos, sus ilusiones de mujer, su pudor, su vida toda.

Un pedazo de vela alumbraba fugazmente el grupo y reflejaba sobre la pared un rayo de luz, que iluminaba la estampa de una Virgen que parecía sonreír.

Afuera, en tanto, la tormenta continuaba tenaz. El agua azotaba con furia los vidrios rotos de una ventana, que temblaba insistentemente. Al rumor vago de la lluvia y el viento, todos fueron quedándose dormidos.

A la mañana siguiente, cuando un rayo de sol, como un niño inquieto, se trepó a la ventana de la pieza y entró luego a ésta como si quisiera ver y despertar a todos, una nueva esperanza ardía en los ojos de aquellos no vencidos héroes del suburbio.

Carlos GARAT.

Saludo a Villaespesa

Glorioso paladín de la poesía,
heraldo de la lengua castellana,
cantor de la tristeza más humana,
príncipe hidalgo de la melodía.

¡Hasta el sol te saluda en este día
al pisar esta tierra americana;
y sube hasta los cielos un hosanna
de arpegios clamorosos y harmonía!

¡Salud, errante y triste peregrino,
que cruzas por los valles y los mares
en las manos inciertas del Destino!

¡Bienvenido a esta playa venturosa
que espera de tu pluma los cantares
que tienen la fragancia de la rosa!

Luis GARCÍA BLANCO.

La nenita de mi barrio

Hace días que mi barrio está de duelo,
se murió una pequeñita; ¡quién dijera,
que ayer mismo jugueteaba a nuestra vera
y hoy sus padres ya la lloran sin consuelo!

Me parece ver sus ojos color cielo,
en contraste con su negra cabellera.
Era bella, pobrecita; ¡un ángel era:
una rosa no nacida para el suelo!...

Y cayó al primer embate de la parca,
luego guióse en raudo vuelo a otra comarca
donde existe un santo amor espiritual.

Y llevóles un pedazo de la vida
a sus padres, que aunque lloran su partida,
la ven sana en su cariño paternal!...

Ramón A. CORREA.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. 428, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. . „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . . . „ 9.00	Año. . . . „ 11.00	Año. . . „ „ 8.00
N.° suelto. . 20 cts.	N.° suelto. . 25 cts.	
N.° atrasado. 40 „	N.° atrasado. 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande.	cada tomo	$ 12.—	3.70
„ „ „ chico.	„ „	„ 8.—	3.—
Tapas sueltas „ „ grande.	„ „	„ 9.—	2.—
„ „ „ „ chico.	„ „	„ 6.—	1.50

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

"EL DOMADOR DE MUJERES", DE MARCIAL BELASCOAIN SAYOS, EN EL ARGENTINO

La compañía de teatro realista, que actúa en el Argentino, nos ha ofrecido últimamente una nueva producción de ese carácter, esta vez de autor nacional.

Es evidente que se trata de un género tendencioso, en el que, sobre una base de un problema capital de cierto interés e importancia, se bordan episodios contemplados desde un punto de vista extremo y sistemático, procurando sacar airosa una tesis que se sustenta sobre hechos más o menos verídicos, pero siempre polarizados de acuerdo con la intención inicial y el propósito permanente del autor.

Estas circunstancias, que hacen de ese teatro, en casi todos los casos, exposiciones doctrinales y presentación de cuadros en los que, a través de maldades y groserías, se busca un ideal mejor de bondad y de justicia, hacen que lo arbitrario y convencional tenga que aceptarse como procedimiento indispensable para el logro de la finalidad perseguida. Ello sería una mácula imperdonable en obras de otro género, pero en estas a que nos referimos puede tolerarse, en gracia a la necesidad de pintar con vivos colores una realidad que muchas veces es todavía más recargada de tintas de lo que en la escena se nos ofrece.

Sujeta a las características del género, "El domador de mujeres" es una pieza estimable. El autor ha elegido como tema de su labor el problema de la trata de blancas, presentándolo a través de una serie de incidencias crudas y efectistas, pero que adquieren frecuentemente mucho calor humano y cierta vivacidad que las hace altamente emotivas. Es cierto que por momentos la acción languidece y el autor recurre entonces a ciertas exposiciones en forma de polémica, donde parecería que sus convicciones vacilaran en una indecisión peligrosa para la línea general de exposición de su tesis, pero vuelve pronto a tomar vigor el argumento, merced a nuevas escenas bien tratadas. La interpretación, aunque un poco insegura por parte de algunos actores, resultó bastante equilibrada y eficaz. Desde luego se destacaron en sus respectivos papeles, Carmen Méndez y J. Bono, que se desempeñaron con mucho acierto.

MÁS TEMPORADAS VERANIEGAS

Como habíamos expuesto, los cómicos no se atemorizan por la crueldad de esta primavera, que ha matado en flor varias intentonas de temporadas estivales.

He aquí que los actores Olarra y Bohuier, que actuaban con la compañía de la Quiroga, se han armado de fuerzas y han constituído un cuadro que anteanoche debió presentarse en el Ateneo. Lo forman los siguientes elementos: actrices Ana Arneodo, Milagros de la Vega, Consuelo Abad, entre las más destacadas y los señores Bohuier, Olarra, Scarzella, Perelli y Blanco entre los actores.

Se trata de un conjunto en cooperativa artística que actuará bajo el rubro de "Compañía de comedia cómica Olarra- Bohuier".

Para la noche del debut, se anunciaba "El tango en París", de García Velloso.

MUIÑO

El popular actor, divorciado artísticamente de Alippi, sigue actuando con buena suerte en el Buenos Aires. Tiene el apoyo del público y de los autores y desarrolla su nueva temporada con éxito. A la pieza "Gente de ley", que es la que más gustó de las últimas estrenadas, hay que agregar ahora "Cuesta arriba", de Oscar Beltrán y J. Gregorio Chaves, nueva firma teatral que se ha ensayado con fortuna. Por el momento, dado que el estreno se produjo a tiempo de cerrar este número, sólo podemos informar al lector que "Cuesta arriba" fué muy aplaudida. En otra edición la comentaremos con mayor amplitud.

PAONESSA, EN OLAVARRÍA

La compañía "Ciudad de Buenos Aires", que dirige el actor José A. Paonessa, ha debutado en el Luna Park, de Olavarría, representando "Airiños de minha terra", de Novión, que fué aplaudida, como también celebrados los intérpretes.

"EL PAÑUELITO BLANCO", DE ENRIQUE QUEIROLO, EN EL SARMIENTO

Sin contar los innumerables precedentes que en la historia y en la literatura podrían encontrarse para escribir una obra con este título, lo primero que nos sugirió la de Enrique Queirolo fué el popular, aun, que ya un poco "demodé" tango

"El pañuelito blanco
que te ofrecí"...

Otro antecedente bien conocido, como pañuelo que haya pasado a la historia, sería la prenda de esa clase que usaran Ovidio Nasón o la dulce y apasionada Cleopatra, y como pañuelo de influencia emotiva, el que arrastró a Otello a la vengativa tragedia de sus celos. Pero este artículo de bonetería, que tan señalada significación tiene en la época de invierno y en todas las épocas de la historia, no tiene en la obra de Queirolo concomitancia alguna con ningún otro pañuelo conocido. Es un pañuelo original e inédito y hasta de poco uso y con abalorios, puntillas y bordados que demuestran su procedencia femenina.

Con un elemento de tan poca importancia, el autor ha escrito un juguete cómico inspirado en un vodevil francés, tratando de prescindir de las escabrosidades que nunca faltan en las piezas de ese género. Resulta así una versión inocente de una pieza maliciosa, algo como un buen vino con mucha agua o una pecadora vestida de blanco y sosteniendo en su mano impura la impoluta castidad de un ramo de azahar.

No queremos con esto desmerecer "El pañuelito blanco". Dentro de la simplicidad del argumento, que en realidad no daba para mucho más, Queirolo ha escrito una pieza animada y graciosa, que sino despierta la hilaridad, por lo menos entretiene y hace sonreír con el gesto generoso que se tiene para las gracias de los chicos o las travesuras de una chica linda.

La compañía del Sarmiento, que es especial para interpretaciones de obras de este carácter, dió una representación viva y animada que impuso la obra fácilmente. Mencionaremos, en primer término, la labor de las actrices Lemus y Alvarez y la de los actores Ratti y Mario Cullen.

DEBUTANTES EN LA COMEDIA

Al excelente conjunto de números de varietés que actúa con buen éxito en el teatro de la Comedia, ha sido incorporada la pareja de bailes españoles formada por los hermanos Palacios, que han tenido una favorable acogida. El calor reinante, que ha dispersado al público asiduo a las salas de espectáculos, no ha ejercido mayor influencia sobre este teatro, el que, merced a la variedad y calidad de los componentes de su elenco, ofrece interés suficiente como para que una persona de buen gusto permanezca en su asiento despreocupada de la temperatura y entregada por completo a la contemplación del entretenido programa que allí se ofrece todas las noches.

EL MAIPO SIN NOVEDAD

La novedad sería que la hubiera. Este teatro tiene con "Abajo los hombres" y "Me gustan las alegres chicas", dos vetas de esas que se llaman inagotables y que en realidad casi lo son. A juzgar por el interés que despiertan, no es posible pensar que puedan algún día caer del cartel ninguna de estas dos revistas.

RISA PARA RATO

La compañía cómica española de Julio Sanjuán se apuntó un gran éxito con el juguete cómico de Dicenta y Paso (hijos), titulado "Mi tía Javiera", que alcanzó muchas representaciones con bastante público.

Una obra así sólo podía ser dignamente reemplazada por otra que continuara brillantemente sus huellas, y con buen acuerdo se recurrió al repertorio del chispeante Pedro Muñoz Seca que con su colaborador Pedro Pérez Fernández, vienen proveyendo de risa al público hace ya muchos años. La obra elegida se titula "Los sabios". De ella nos ocuparemos ampliamente en el número próximo.

CON CORRIENTE ALTERNADA

Parece que la cosa no da para más, en el Marconi. La gente no está por oír óperas todos los días. Sus oídos se fatigan y su vista padece de frecuentes irritaciones que la obligan a descansos intermitentes. Por eso, la dirección de la empresa ha resuelto que la compañía funcione con corriente alternada, es decir, cuando la fuerza de las circunstancias lo permitan. Es mejor, porque en esa forma descansan actores y público. Tal vez conviniera implantar el sistema durante todo el año, limitando también el número de estrenos, con lo que nada habría que lamentar. Porque lo cierto es que no le falta gente a la compañía De Angelis. Cada representación es presenciada por un buen contingente de espectadores y de esta suerte, con un solo gasto y un solo esfuerzo de los artistas, se obtiene el mismo resultado que con tres funciones mediocres ante escaso público. El maestro De Angelis ha resultado en esto de los números un Pitágoras con música y canto.

CORTESÍAS

En el Smart continúa actuando con éxito la compañía lírica española de Cortés. Al viejo repertorio de zarzuelas hispánicas que vienen ocupando el cartel desde el debuto, habrá que agregar en breve una novedad que contraste con las exhumaciones que sistemáticamente se han realizado en esa sala. Nos referimos al estreno de la opereta titulada "El precio de un beso", cuyos ensayos están ya muy avanzados, esperándose que pronto podrá ser llevada la obra a la escena.

SE ESTRENÓ "TUCUMANCITO", EN EL NACIONAL

De estudiantina clasifica don José Antonio Saldías la pieza en cuatro cuadros del título del epígrafe, recientemente estrenada por la compañía del Nacional. Para el lector avisado en cuestiones de teatro, este estreno es sugestivo, porque el mes de diciembre, es decir, el fin de temporada, no es la época que eligen los profesionales de la literatura escénica, como el señor Saldías, para hacer conocer sus producciones. Y en este caso es tanto más sugestivo, cuanto que la empresa había anunciado que mantendría el cartel con reprises.

"Tucumancito" es una obrita de escasos valores; sobre todo carece en absoluto de originalidad. Las andanzas de estudiantes, la vida de los mismos, sus inquietudes juveniles y todo cuanto puede llevarse al teatro sobre el tema, ha sido explotado en dos obras maestras: "La casa de Troya" y "¡Adiós, juventud!", que son como la matriz de tanta piececita por el estilo que ha visto la luz en nuestra escena.

El señor Saldías, con la suya, no buscó aumentar artísticamente su haber de autor; limitóse a poner ambiente y colorido criollo a los cuatro cuadros en que ha dividido "Tucumancito". Y esto lo ha conseguido, debiendo añadirse que en medio de innumerables lugares comunes, hay tal cual frase feliz, demostrativa de la personalidad del autor. Asunto trillado, muy trillado, escenas de comicidad sana, ligera, toques de sentimentalismo cursi, matizando la alegría estudiantil del medio y alguna nota de mal gusto, como el diálogo de la señora Bozán con el actor Otal, en el tercer cuadro, he ahí la síntesis de "Tucumancito", que el público del Nacional, conforme con algo alegre que le ofrezcan, celebró con su aplauso, llamando a escena al autor.

En la interpretación se destacaron la señora Catá y los actores Cantello, Arrieta y Muttarello.

OTRA VEZ JUAN MOREIRA

Volvió al pago el famoso matrero. La compañía de don Pepe Podestá, instalada en el parque Romano, recientemente inaugurado en la avenida Las Heras, ofrece diariamente al público las hazañas del gaucho bonaerense, que se batía con las partidas policiales. ¡Sí que vamos bien!

Acompañan al veterano don Pepe las actrices: Aurelia Podestá, Elsa Podestá, Jacinta Vázquez, Agustina Rafetto, Dominga Vázquez, Angela Pardo, María Riva, Enriqueta Helguera, Nelly Cossa, Angélica Rafetto, Martha González, Emilia Podestá, María Sola, Emma García.

Señores: Antonio D. Podestá, Aparicio Podestá, Juan Farías, Carlos Betoldi, Conrado Casas, Enrique Bernaudo, Miguel Cossa, Hernando Perelli, Domingo Celotto, Arturo Riva, Saúl P. López, Alfredo Gobbi, Gregorio Rodríguez, Roberto Godofrid, Julio Visone, Eulogio Dávila.

Cantores: señorita Angela Pardo, Alfredo Gobbi, P. Gimont, Servando Rodríguez.

Guitarristas: Gregorio Rivero, Emilio Sla, Salvador Montero, Gabriel Torterolo, Aparicio Podestá.

Acordeonistas: Romeo Giratti y Juan Oldani.

TOMÁS DE BASSI

Ha fallecido el menor de los hermanos De Bassi, músico como toda la familia, que ejerció la dirección de orquesta de varios teatros, entre ellos el San Martín, durante la temporada de la compañía Arata-Simari-Franco.

Sensible suceso, que ha suscitado dolor en la familia teatral porteña, entre cuyos miembros era muy estimado el joven maestro.

EL NUEVO BATACLAN DEL AVENIDA

Para el sábado 19 estaba anunciado el debut de la compañía de revistas organizada por el maestro Ricardo Devalque, pero como es de rigor aplazar los debutos de elencos de este género, podemos suponer que la presentación o se efectuará esta noche... o cualquier día.

He aquí el elenco total, donde, como advertirá el lector, hay bataclaneras bien conocidas:

Tiples y actrices: Lola Prado, Clotilde Rovira, Gracia Erba, Viviana Díaz de Mendoza, Baby Dalton.

Segundas tiples y bailarinas: Manón Briuolo, Clara González, Pilar García, Dora Ceballos, Betty Tyson, Jacqueline Pané Charlot, Aída Belfí, Beba Santos, Sara Soto, Amalia Bonorino, Jane Arie Redé, Elvira Pasquetti, Blanca Pasquetti, Dora González, Eva Quimy, Juri Ross, María Esther Vecino, Flora Arneodo, Susana Ruiz, Cristina Blay, Gila Díaz, Olimpia Loggero, María Julia Blady, Angélica Fernández, Lucy Lemos, Carmen Machado, Margarita Jofre, María Conti, Nieves Ibáñez, Josefina Barroso, Esther Chutrua, Alicia Lauricica, Manuela Molina, Lola Pastor, Asunción Teijeiro, Francisca Lamberti, Ana María Mantilla, Amelia López, Marta Mendieta, Zulema Pedro, Zilia Miranda, Sara Suárez, Amelia Montiri, Berta Merlo, Sofía Smith, Angeles García, Dora Gálvez, María Briuolo, Rosa Catán, Enriqueta López, María Luisa Reyes, Esther Morales, Elvira Zanetti, Josefina García, Estela Wilson, Pilar Ibáñez.

Actores: Enrique Giacobino, Tito Lusiardo, Carlos Belluci, Ernesto Vicente, Vicente Forastieri, Oscar Guevara.

Maestro, director y concertador: Ricardo Devalque; "reggiseur": Armando Rial.

La compañía se presentará con dos estrenos: "¿Dónde vas con mantón de Manila?" y "Metele al ventilador", de los señores Andrés Muñoz y maestro Ricardo Devalque.

APPIANI, EN EL FLORIDA

El conocido parodista Guido Appiani, uno de los artistas más celebrados en el género, se ha presentado en el Florida con una serie de nuevos números que el público aplaudió. Appiani es de los artistas de varietés que más gustan, prolongando mucho tiempo su actuación en todas las salas en que se presenta.

El cartel de este teatro se completa con otros números agradables.

CASINO

Está por terminar la lucha en que están empeñados los representantes de muchas nacionalidades por el título de campeón. Tal circunstancia hace que el público sienta aumentado su interés por conocer el desenlace.

GRAND SPLENDID

En verano no es óbice para que las funciones de esta hermosa sala se vean siempre muy concurridas de público distinguido, que es la característica de los "habitués" de este cine.

En esta semana, los programas ofrecerán películas de gran atracción, tanto por la realización cinematográfica, como por las famosas figuras que en ellas actúan.

CAPITOL

Mucho público selecto acude a este bonito cine, en que se pasan bellas cintas de las mejores marcas. El público tendrá en la corriente semana ocasión de admirar hermosas películas que merecerán sin duda la mejor acogida, pues se trata de producciones ya celebradas en Norte América y Europa.

CORREO TEATRAL

Lector.—En el teatro se considera que las obras de ciertas pretensiones no se estrenan en la estación de verano.

O. S.—¿Oro sellado? ¿Obras Sanitarias? ¿Qué quieren decir esas iniciales? Aclárenos la duda primero y después contestaremos el extenso programa que nos remite.

Azucena.—Precisamente estamos dispuestos a reanudar, como postre de la temporada, la publicación de pequeñas escenas de las grandes obras. Estos bomboncitos literarios recompensarán al lector de buen gusto de los platos mal cocinados que ha tenido que digerir en algunos teatros durante el año que fenece. Tendremos en cuenta su pedido.

Casus belli.—El argumento nos parece más adecuado para una cinta cinematográfica por kilómetros y en series alfabéticas de todos los idiomas, a cien números cada serie. Ese protagonista ideal y simbólico que empieza podando el árbol de la ciencia del bien y del mal en el paraíso bíblico y termina arrojando una bomba de mano en la casa de la suegra, es de un interés desopilante, pero para la buena comprensión de su simbolismo le recomendamos el procedimiento indicado.

H. R. M.—Muchas gracias.

H. I.—No aceptamos iniciales políticas. Cambie de nombre o mándenoslo integramente para saber a qué atenernos. Por lo demás, le advertimos que preferimos el sainete criollo a la tragedia radical.

FOTOGRAFIA ARTISTICA

Un paisaje del Río Primero (Córdoba).

Fot. Trelles.

Un rincón de la quinta del doctor Noel, situada en el Delta del Paraná. — Esta fotografía obtuvo el primer premio en el concurso fotográfico organizado por la Municipalidad de San Fernando.

Fot. I. González.

Talleres Gráficos Cía. Gral. de Fósforos - Buenos Aires
INDUSTRIA ARGENTINA

Por
Conveniencia Propia
debe usted usar en su toilette el exquisito y acreditado
POLVO GRASEOSO LEICHNER
pues no sólo comunicará a su cutis suavidad, delicadeza y frescura, sino que obtendrá gratuitamente una espléndida joya, como las que reproduce el grabado, cada vez que encuentre uno de los cupones que contienen muchas cajas, válidos por alhajas de oro y brillantes.
Pruebe usted la exquisita
AGUA DE COLONIA MENDEL
y comprobará que es la más excelente y de mejor buen gusto que se fabrica dentro y fuera del país. Usándola, favorecerá usted la industria nacional, que se enorgullece de este producto.
PERFUMERÍA MENDEL
En Buenos Aires: calle Guardia Vieja, 4439
En Rosario, Santa Fe: calle Entre Ríos, 864